LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 6 DE SETIEMBRE DE 1886 — NUM. 245

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL GATITO CARIÑOSO

© Biblioteca Nacional de España

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.—El brujo de Alcornocal* (continuación), por don Juan Tomás Salvany.—*El testamento*, por don Juan Martínez.—*Claridades pulpitables* (continuación), por don J. María Sbarbi.—*Viaje á Filipinas* (conclusión), por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—*El gatito cariñoso.—El flautista*, dibujo de J. R. Wehle.—*Inter pocola (entre copa y copa)*, cuadro de Guinea, grabado por Brend'amour.—*Federico Barbarroja pidiendo auxilio al Duque de Baviera para someter á las ciudades lombardas.—Un balcón de Venecia.—Vista de la isla de Phile.—Lorenzo, muchacho bisaya. Rada de Butuán.—Suplemento Artístico: La riva degli Schiavoni*, cuadro de H. Bartels.

NUESTROS GRABADOS

EL GATITO CARIÑOSO

El autor de estas líneas es sumamente aficionado á niños: no tiene nada de particular que le embelese este cuadro. Pero supongamos la persona más recalcitrante en materia de filogenitura. ¿Nada le dice, nada le hace sentir esa niña que, si es un estudio, debe estar hecho á la vista de un ángel? ¿Cabe mayor belleza infantil, más exuberancia de vida, igual candor, actitud más espontánea y afecto peor empleado? Tentados nos sentimos á tener envidia de ese gato, á quien el artista califica de cariñoso, cuando por egoísmo siquiera debería aspirar á ser paloma, tórtola, el animal más inofensivo de la creación.

El mayor mérito de este cuadro es la maestría con que el artista ha evitado caer en uno de los dos extremos propios de los pintores de niños, el excesivo candor ó la excesiva inteligencia: nuestra criatura es candorosa é inteligente; pero no es babieca ni sabia: es una verdadera niña, con rasgos que recuerdan á los querubines de Murillo y que el inmortal sevillano no hubiera renunciado á colocar en torno de sus portentosas *Inmaculadas*.

EL FLAUTISTA, dibujo de J. R. Wehle

No es empresa de que salgan honrosamente todos los artistas la de llamar la atención hacia una sola figura cuando ésta no se halla dominada por alguna de las grandes pasiones que agitan el corazón humano. Parece que la frialdad de un asunto influya en la frialdad del espectador; y sin embargo, nada de esto sucede cuando la deficiencia de lo que diremos argumento, se halla compensada por la fuerza de la ejecución.

Esta circunstancia concurre en el dibujo de Wehle que publicamos. Su autor es bien conocido de nuestros favorecedores, quienes han tenido ocasiones distintas de admirar la corrección de su factura y el estudio profundo que hace del natural. Nuestro *flautista* está perfectamente dominado por el arte; su atención toda se encuentra concentrada en la ejecución de un trozo de música; es lo que se llama poner los cinco sentidos en un ejercicio. Cuando así se dibuja, una sola figura llena un cuadro y este cuadro ocupa un lugar honroso en cualquiera galería.

INTER POCOLA (ENTRE COPA Y COPA), cuadro de Guinea, grabado por Brend'amour

El pueblo romano, tan virgen, tan rudo, tan frugal en los tiempos de Rómulo y de Numa, acabó por una degeneración sensual de que tal vez no ofrezca ejemplo ningún otro pueblo. El refinamiento del placer llegó á ser para él una necesidad. ¡Tal, en consecuencia, le encontraron los bárbaros, cuando Alarico llegó á las puertas de la ciudad que iba á dejar de ser eterna!...

Guinea, en admirable cuadro lleno de luz, de animación, de elegancia y de verdad, ha representado gráficamente una de las costumbres del patriciado romano; la que pudiéramos llamar sobremesa de un magnate opulento.

La provista mesa hállase servida en deliciosa terraza. Al pie de ella se encuentran, hábilmente distribuídos, los amenizadores de la fiesta. A un lado bellas jóvenes tañendo musicales instrumentos; á otro lado los domadores de fieras aguardando su turno para exponer tigres y leones amaestrados, y en el centro la voluptuosa egipcia mostrando simultáneamente sus mal encubiertas formas y sus habilidades en juegos de equilibrio. A todo esto, los comensales, la cabeza ceñida ridículamente de flores, contemplan á los ambulantes artistas con la mirada del más completo fastidio, el fastidio de las personas encenagadas en los más groseros vicios. El cuadro de Guinea es, por todos conceptos, un hermoso lienzo. Pocos como él han dado á comprender, aparte las condiciones de dibujante y colorista, un conocimiento más profundo del asunto tratado. Contemplando esa obra se echa de ver lo que era el fundo romano, cuando dejó de ser lugar de descanso para Cicerón y se convirtió en lugar de licencia para Tibulo.

FEDERICO BARBARROJA pidiendo auxilio al duque de Baviera para someter á las ciudades lombardas

No pudiendo soportar las ciudades de la Alta Italia las continuas vejaciones que, desde su advenimiento al trono imperial, hizo pesar sobre ellas Federico I Barbarroja, determinaron sacudir su yugo, ó cuando menos imponerle ciertas condiciones para reconocer su soberanía, y con tal objeto convinieron en formar una confederación que se conoce en la historia con el nombre de Liga lombarda. Veintidos años de lucha y la pérdida de siete ejércitos costó al emperador su tenacidad en no acceder á las proposiciones de los confederados. El último de aquéllos fué desbaratado en la batalla de Legnano por las tropas de la Liga, á consecuencia de haber negado á Federico su auxilio el duque de Baviera Enrique el León.

Acosado el emperador por el numeroso ejército de los confederados, se replegó sobre Chiavena, desde donde pidió su ayuda á los príncipes alemanes, que se la prometieron. Pero el peligro era inminente: Enrique el León era el único que podía salvar al reducido ejército imperial; invitóle Federico á que se avistase con él en aquella población y le manifestó el extremo á que se veía reducido; pero ni razones ni ruegos pudieron decidirle á que le acompañara, aunque el emperador, á pesar de todo su orgullo, llegó á suplicárselo de rodillas: Enrique regresó á Alemania con sus guerreros, y esta defección costó á Barbarroja la pérdida de la batalla de Legnano, viéndose obligado de sus resultas á aceptar las condiciones que los confederados quisieron imponerle, para no perder la corona de Italia.

UN BALCÓN DE VENECIA

En la colección de curiosidades artísticas con que se ha enriquecido últimamente el Museo de Birmingham figura uno de esos balcones antiguos y verdaderamente monumentales en que los graves senadores de Venecia, con su rico traje, y las aristocráticas damas, radiantes de belleza con sus joyas y pedrerías, dejábanse ver del pueblo durante las procesiones y otras ceremonias en los canales. Ese balcón, del tipo columnar, y que data de 1550, no sólo es curioso por contener todos los detalles de su construcción, sino también por la maravillosa delicadeza con que está trabajado y por la excelencia del dibujo: la obra es digna de Jacobo Sensovino, á quien se atribuye la ejecución. Todos los balustres son aquí figuras terminales muy bien acabadas, que representan sátiros y deidades, todas de diferente dibujo; las cabezas están admirablemente esculpidas, y tal es su expresión, que parecen animadas. Esta magnífica muestra, que con seguridad es una de las más notables y características en su género, proviene de la fachada de un palacio situado en la calle dei Furloni, cerca de la «Comenda di Malta,» en Venecia.

VISTA DE LA ISLA DE PHILE

Antes de penetrar en el dédalo de arrecifes de la primera catarata bañan las tersas aguas del Nilo un archipiélago de verdes islas, una de las cuales es la sagrada Ilak de los egipcios, la célebre Phile, postrer refugio del culto egipcio, á donde fué trasportada desde Abidos la tumba de Osiris. La isla es pequeña, su perímetro no alcanza á un kilómetro, tiene la forma ovalada y contiene templos de Isis reconstruídos después de la conquista del Egipto por Alejandro. Pero lo que realmente llama poderosamente la atención en Phile es el elegante edículo llamado la *cama de Faraón*, que en medio de hermosos grupos de palmeras refleja en las aguas su fina silueta. Es el asunto de arquitectura que más se ha reproducido para la ilustración y la escenografía. No obstante, es este edículo de baja época, del tiempo de Tiberio. Phile es famosa por sus inscripciones bilingües, que tanta luz dieron para descifrar los jeroglíficos; allí se halló la reproducción de la célebre *piedra de Roseta*, en que se hallaban jeroglíficos con su equivalente ó traducción en caracteres demóticos, glorificando la victoria de Ptolomeo V «el Inmortal;» allí estaba también el obelisco en que Champollión descifró el nombre de Cleopatra. En otro tiempo estaba unida la isla de Phile con otra también sagrada, la de Biggeh, por medio de un túnel por bajo el canal del río que las separa.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA RIVA DEGLI SCHIAVONI, cuadro de H. Bartels

La *riva* ó muelle *degli Schiavoni* es el sitio más concurrido por los venecianos; preferencia fácil de explicar, no sólo por ser uno de los puntos en que mejor atracan los buques, sino por descubrirse desde él uno de los panoramas más bellos de la incomparable reina destronada del Adriático. No es de extrañar, por lo tanto, que Bartels haya pintado una vista de Venecia tomada desde dicho muelle, vista que á su fidelidad une la hoy esplendente y peculiar del cielo veneciano.

Notables son las figuras de ese cuadro, pues reproducen exactamente el tipo de las mujeres de ese pueblo entre oriental é italiano, es decir, medio africano y medio europeo, como lo es todo en esa ciudad incomparable, desde su arquitectura hasta sus costumbres. La mujer veneciana es bella de la belleza de la gitana granadina y como ésta viste y peina con singular desaliño. No parece sino que vincula su poder de seducción en el fulgor de su mirada, que unas veces tiene la languidez de Desdémona y otras veces fulgura siniestramente como la de Otelo.

El cuadro de Bartels es una obra que da, como pocas, una idea bastante aproximada del cielo, de la tierra y de las hijas de la ciudad ducal.

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR DON J. TOMÁS SALVANY

(Continuación)

Al acercarse ellos al pueblo, el sol se había hundido en el ocaso y algunos labriegos esparcidos por la campiña regresaban á sus hogares. Aprovechando un momento en que el señor del Soto se adelantó á sus compañeros, Enrique dijo á Rosario:

—¿Cuándo premiará V. tantos tormentos?

—Esta noche..

—¿Así que Ramón se encierre en su desván?

—Hablaremos.

El señor del Soto se detuvo á esperar á los rezagados y los tres entraron en Alcornocal, repartiendo saludos á derecha é izquierda, atravesando toda la calle Mayor por entre dos hileras de corrillos que, sentadas á la puerta de sus viviendas, ya solas, ya acompañadas de sus vecinos, formaban las comadres.

V

Dió el toque de ánimas la campana de la aldea. La luna, en el segundo día de su primer cuarto menguante, no había asomado aún su plateado disco sobre el próximo horizonte. Las calles de Alcornocal estaban desiertas y silenciosas, sin otra luz que la de la blanca reina de la noche, á cuyo cargo corría el alumbrado público, siempre y cuando, no importaba la hora, en el cielo debía presentarse. A intervalos sonaban pisadas en la oscuridad: eran las de algún vecino que iba ó venía del café, dando traspiés, tropezando con las piedras ó hundiéndose en los baches. Algunas ventanas, abiertas y alumbradas, reflejando sobre la pared de enfrente la luz de algún velón junto con las sombras de varias personas y objetos, y dando salida intermitente á voces y carcajadas, revelaban que los alcornocaleños, según Dios les daba á entender, divertían la velada en casa propia ó en la ajena.

De pronto, no sin cierta precaución, abrióse una puerta de la calle Mayor y por ella fueron saliendo uno tras otro, primero Isidro, luego Blas, en seguida otros tres compañeros, todos armados de sendos garrotes en la mano, y aunque no se les veían, de sendos escapularios pendientes del cuello. Con su actitud sigilosa y azorada á un tiempo, parecían los cinco otros tantos diablos, contrarrestando las influencias celestiales y apercibiéndose á caer sobre el alma condenada de algún pecador de alto copete.

Sin decir palabra, los cinco tomaron á lo largo de la calle, llegaron á la plaza, torcieron á mano derecha, pasaron rápidamente por delante de la alumbrada vidriera del café y siguieron por la calle del Alcornoque, hasta el barranco. Allí se agruparon como constituídos en consejo de guerra.

El silencio y la oscuridad reinaban en torno. Todas las ventanas del palacio estaba cerradas menos una, la de un desván, en la cual no sólo se veía luz, sino que salían por ella voces y ruidos extraños, simulando una disputa de poseídos.

—¡Te digo que no!

—¡Te digo que sí!

—Soy un espíritu del Averno.

—Eres un condenado, y tu mujer...

—¡No sigas, te prohibo nombrarla!

—¡Al infierno, pues, con ella!

Imposible describir el efecto que estas frases, ora claras, ora confusas, caídas desde lo alto de la ventana, produjeron en los labriegos. Hechos una piña entre la casa y el barranco, temblándoles las carnes, no se atrevían á resollar.

—¿Os convencéis ahora,—balbuceó Isidro,—de la brujería de D. Ramón?

—Sí,—contestó uno muy quedo,—arriba suenan dos voces.

—La una,—añadió otro,—se oye perfectamente; es la suya, la del brujo.

—En cuanto á la otra, más fuerte y menos clara, ronca, subterránea, no puede negarse, es la del diablo.

—¿Y qué hacemos ahora?

—¿Ahora?—dijo Blas;—es muy sencillo; ahora entra este,—agregó enarbolando el garrote.

—Sí; pero ¿cómo?

—Esperad, yo os lo diré.

—Antes es preciso hacernos cargo de la cosa, saber lo que pasa entre el diablo y el brujo.

—Esperemos á que salga la luna,—observó Isidro.

—¿Para qué?

—Para ver claro, la luna alumbrará la viña de enfrente, y entonces...

—¿Qué hora es?

—Las ocho y media, ya dieron las ánimas.

—No saldrá hasta las nueve, y primero que esté alta...

—Es verdad, no podemos esperar tanto,—afirmó Isidro,—luego, el tiempo urge, y hay que poner remedio á nuestros males; el golondrino de mi mujer, lo juraría, es obra de esos condenados.

—Y yo,—prosiguió Blas,—tengo enfermo el chiquitín.

—Y á mí,—continuó un tercero,—hace tres días que, por más que la ordeño, no me da leche la vaca.

—Yo pondría las manos en el fuego que si no escarmentamos al diablo, nos va á dar á todos mal de ojo.

—Esperad, ¡ya caigo en ello!—profirió repentinamente el más joven de los rústicos.

—¿Quién, tú, Cosme?

—Sí, ahora lo veréis.

El aludido era un mocetón de diez y siete años, alto y delgado, nervioso y fuerte, ágil y vivo como una ardilla.

—¿Veis ese almezo?—dijo.

—Sí, ¿qué te propones?

—Es más alto que la casa del brujo; desde sus ramas puede verse lo que pasa en el desván, no siendo ciego uno. Pues bien, subo, atisbo, os cuento lo que veo, y obramos en consecuencia.

—¡Buena idea! Pero, ¿y si te caes?

—Eso corre de mi cuenta; el almezo es un árbol muy fuerte, y sé por experiencia que sus ramas más delgadas soportan el peso de un hombre como yo.

—¿Y si te ve el brujo?

—No temáis, el follaje me tapará; la luna aun no ha salido, la oscuridad nos favorece.

—Pues manos á la obra.

—Te va á estorbar el garrote.

—Le soltaré, mas por si acaso...

Cosme, uniendo la acción á la palabra, tiró el palo, cogiendo en su lugar dos ó tres guijarros que guardó en su seno.

Durante este diálogo, sostenido en voz muy baja, co suma animación y rapidez, los ruidos y voces extrañas, ilación ni coherencia, no habían cesado en el desván, tremeciendo á nuestros rústicos.

En efecto, á la orilla del barranco, arrancando de vertiente del mismo, se alzaba con gallardía un corpulento almezo de unos cincuenta pies de altura, cuya apiñada copa superaba los jarrones que servían de adorno á la azotea del palacio.

En un decir Jesús, Cosme ciñó lo mejor que pudo con sus largas extremidades el tronco del árbol, y comenzó á trepar por él con la agilidad de un hombre práctico en tal suerte de ejercicios. Durante algunos minutos sólo se oyeron las voces y ruidos del desván, la respiración anhelosa de los labriegos, el rumor del follaje revuelto y el crujido de alguna débil rama próxima á romperse bajo los pies de Cosme.

—¿Estás ya?—preguntó Blas, abarquillando la mano junto á la boca para concentrar lo quedo de su voz.

—Esperad... ahora,—respondió Cosme, haciendo crujir por última vez las ramas.

—¿Qué ves?

—¡Jesús María, cuántas cosas! ¡Y qué raras! Sapos, culebras, dragones y otras alimañas, todos encantados; muchas piedras que deben de ser del infierno, pues parecen quemadas. En un rincón hay un cuerno retorcido, en otro una escoba dentro de un caldero; arrimada á la pared, un alma toda de huesos, como las que sacan en la iglesia el día de difuntos; al lado un murciélago con las alas extendidas. También veo muchas hierbas misteriosas, de esas que, hervidas, sirven para embrujar.

—Y al brujo ¿le ves?

—Sí, está en pie, junto á una mesa muy larga, vestido

© Biblioteca Nacional de España

como el señor cura, sino que la sotana es encarnada; tiene la cabeza descubierta y los pelos erizados; los ojos le brillan como ascuas.

—Y al diablo ¿le ves también?

—No, á ese no; debe de estar en otro rincón, entre un tabique y la pared maestra de la ventana, porque sale de allí un fuego rojizo.

—Mira bien. ¿No le ves el rabo?

—Sí, sí; por allá asoma la punta. Ahora el brujo se acerca á él, hablan los dos. ¿Oís?...

El labriego no se equivocaba:

—¡En breve todo Alcornocal sabrá que existo!—retumbó una voz exótica.

Aquellos rústicos, transidos de pavor, hicieron la señal de la cruz, requiriendo instintivamente los garrotes.

En el mismo instante la luna, que empezaba á elevarse sobre las montañas, pareció arrojar toda su luz sobre el almezo en que se hallaba Cosme.

—¡Bájate, bájate, que te va á ver el brujo,—gritaron sus compañeros.

—Es inútil, parece que me ha visto ya,—respondió el interpelado.

En efecto, fuese instinto, fuese casualidad ó que hubiesen llamado su atención las voces mal contenidas de los campesinos, el brujo, que estaba de espaldas al barranco, volvió la cabeza, miró al almezo situado enfrente de la ventana, y como le pareciese ver en él un bulto á los rayos de la luna, se detuvo suspenso, admirado, inquieto en medio de la habitación.

—¡Qué ojazos me echa!—repuso Cosme.

—¿Cuálo, el brujo ó el diablo?

—El brujo. Ahora se acerca á la ventana, se tira de los pelos, me amenaza con el puño... ¿Sí?..... ¡pues toma, bribón!

Esto diciendo, Cosme sacó un guijarro del pecho, y agarrándose al árbol con una mano, lo arrojó con la otra hacia el desván. Oyóse dentro un ruido temeroso, como de hierro y vidrios hechos añicos, y quedó á oscuras la ventana.

—¿Le has dado?—preguntaron desde abajo.

—No sé; ha apagado la luz. Yo me escurro, aquí va á pasar algo.

En en santiamén Cosme se deslizó desde el almezo al suelo. A breve rato sonaron golpes sordos en el interior del palacio, casi al mismo tiempo, abrióse una ventana del piso principal, colgaron del alfeizar una cuerda, por la cuerda escurrióse una forma blanca que con extraordinaria agilidad saltó no lejos de los rústicos; sobre la forma blanca cayó instantáneamente un bulto negro, y abrazados los dos dieron á correr con la velocidad del rayo. Todo ello al dudoso reflejo de la luna que acababa de ocultarse entre una montaña de nubarrones.

Los labriegos, sin darse cuenta de lo que veían, permanecieron inmóviles un momento.

—¡Ellos son, que no se escapen! – gritó de pronto Blas.

—¡A ellos, matarlos! – añadieron los demás, sin reflexionar lo que decían.

Y diciendo y haciendo, enarbolados los garrotes, se lanzaron como gatos en persecución del doble bulto.

Este, en su huída, retrocedió rápidamente al hallar cortado el terreno por el barranco; en seguida fué á salir por la calle del Alcornoque; pero Cosme y otro rústico, que embargados de un temor supersticioso no osaban acometer, cruzando los palos con objeto de ahuyentarle, le cerraron el paso. Entonces tomó por el lado opuesto con una agilidad verdaderamente diabólica.

—¡A ellos, á ellos! – prorrumpieron Blas y los suyos, descargando garrotazos.

Todo fué inútil: la forma blanca y el bulto negro, hechos un ovillo, rompieron por en medio, corriendo hacia el campo, no sin que les alcanzaran los golpes de Blas é Isidro.

—¡Se nos han escapado! – exclamó el primero.

—Y ahora ¿qué hacemos? – preguntó Cosme.

—Dejadlos, más días hay que longanizas; ya los atraparemos; á cada puerco le llega su San Martín.

Y mohinos y cabizbajos, se fueron todos por donde vinieran.

Media hora después, al tiempo de acostarse, D. Ramón decía á su esposa:

—Pero ¿por qué no abrías, mujer?

—¿Qué quieres que te diga? Estaba medio dormida y no te oí.

—Y ¿por qué echaste la llave?

—Como tú te encierras arriba en el desván, y Enrique sale á caza de cortejos, yo me quedo aquí sola y tengo miedo.

Al mismo tiempo el gomoso, molido y descalabrado, frente á un espejo de su dormitorio, se lavaba con árnica cabeza y posaderas, diciendo para su capote:

—Vaya, no es nada, de buena me he librado; ¡qué brutos son esos palurdos! Si no salto por la ventana, y Rosario no me echa la ropa, nos lucimos.

Y añadió, llevándose una mano á la cabeza:

—Lo peor del caso es que he pescado este coscorrón sin comerlo ni beberlo. ¡Al demonio se le ocurre llamar tan á deshora!

(Continuará)

EL TESTAMENTO

I

—¿No te sirves más sopa, Micaela?

—No, señor; no se me apetece.

—Está muy rica. Eres una gran cocinera.

—Favor que el señor quiere hacerme.

—Vamos, mujer, come.

—Está muy caliente todavía.

—¿A que no sabes el proyecto que traigo entre ceja y ceja?

—¡Qué sé yo! ¡Cualquiera cosa!

—Pues he pensado traspasar la tienda.

—No me parece mal. ¡Ya es hora de que el señor deje de trabajar y piense en darse buena vida!

—Tú lo has dicho. Cuarenta años hace que estoy detrás de un mostrador dale que te pego. ¡Cuarenta años cortando y vendiendo camisas! Anda, llévate la sopa y trae los garbanzos.

—Al momento.

. . . . . .

—Con que, dime, ¿qué te parece mi proyecto?

—Que hace el señor divinamente. El señor es soltero, solo, tiene ya lo suficiente para que nada le falte mientras viva. ¿A qué trabajar más? ¡para que luego venga cualquiera con sus manos lavadas á comérselo!

—Cualquiera no, Micaela. ¡Te voy á revelar un secreto! He hecho testamento.

—¿Y quién le ha metido al señor en esos trotes?

—Nadie; ha sido por inspiración propia. ¡Te dejo por heredera de todo cuanto tengo!

—Dios quiera que el señor viva mil años. ¡Yo no soy codiciosa, ni me llaman los intereses! Teniendo cariño y salud, todo lo demás me es indiferente.

—¡Ay, qué rico está el chorizo, Micaela!

—También es bueno el precio; ¡diez realazos la docena! Y, ¿sabe el sobrino del señor eso del testamento?

—Ni palabra. Por cierto que la tienda se la traspaso á él.

—¿Es el regalo de boda que le hace el señor?

—¿Regalo?... ¡qué si quieres! Buenos están los tiempos para regalos. Se la traspaso mediante escritura y á pagar mil reales cada trimestre hasta cubrir el precio de los géneros y de la anaquelería; con la condición de que el primer plazo que me falte vuelve á mi poder la tienda y pierde el dinero que me tenga entregado.

—Hoy me han dicho en el mercado que el domingo se leerán las primeras amonestaciones.

—El mes que viene se casa. ¡Ya verá lo que es bueno! ¡Cómo se ha de acordar de su tío! Es muy dulce eso de gastar una pesetilla todos los domingos sin saber de dónde viene. ¡En buena se va á meter! ¡Mucho me temo que salga con las manos á la cabeza! Pues lo que hace á mí ¡no le perdono un cuarto de la tienda! Vamos, esta pechuguita de gallina, Micaela.

—Para el señor.

—No me desaires; tengo gusto en que te la comas tú.

—A mí me aprovecha vérsela comer al señor.

—Un bocadito y yo el otro. No, no; en mi mano. ¡Ay, qué pechuga tan rica, Micaela.

II

—¿Qué tal va por esta casa?

—Perfectamente, tío.

—¿Se vende mucho?

—Así, así.

—No se te ve por ninguna parte.

—El trabajo...

—¿Y el pequeño?

—Tan bueno á Dios gracias.

—¡Cuánto trabajo cuesta ganar un duro! ¿verdad, Miguel?

—Mucho, tío, mucho.

—Nunca lo habrás sabido mejor que ahora.

—Siempre lo supe, tío, siempre lo supe. ¿Trae V. el recibito?—Hoy cumple el último plazo del traspaso de la tienda.

—Pues no lo traigo.

—¿Qué milagro es ese? ¡V. tan formal en todas sus cosas! ¿Piensa V. regalarme ese piquillo?

—Y aun darte dinero encima.

—¿De veras? V. está malo, tío.

—Efectivamente, no ando muy católico; ¡siento por todo el cuerpo una gran flojera! no duermo, ni como; la carne la voy perdiendo á puñados y tengo un humor de todos los diablos que no puedo echarlo de mí un instante.

—¿No ha consultado V. á algún médico?

—A D. Cirilo.

—¿Y qué dice?

—Lo que yo me sospechaba; ¡que mi enfermedad es moral y no física! No se cambia así como así tan radicalmente de vida. Echo de menos la faena de la tienda; me paso todo el santo día de Dios pensando en las camisas y en los calzoncillos y tengo ganas de volver á coger las tijeras. Porque, lo que me decía D. Cirilo, el hombre es un animal de costumbres, y, á mi edad, querer cambiar de modo de ser es suicidarse; el hábito es una segunda naturaleza. Además, el trato de los parroquianos es muy distraído, entran y salen, á éste se le ocurre una cosa, á aquél otra, se habla, se murmura... ¡Hasta los disgustos que proporciona la cuenta que no pagan tiene su deleite! Así es que aconsejado por el médico y obedeciendo á mis deseos y naturales inclinaciones, he pensado seriamente en volver á quedarme con la tienda.

—¿Con qué tienda?

—Con la mía.

—¿Su tienda de usted?

—Sí, hombre, con esta. Yo te devuelvo el dinero que tengo recibido y tú te estableces donde quieras.

—Perdone V., tío; eso no puede ser.

—¡Cómo que no puede ser!

—Como que no puede ser.

—Tú dirás por qué.

—Por la sencilla razón de que no me conviene. Este comercio está ya acreditado, y como V. dijo antes, el hombre es un animal de costumbres, y hace más de cuarenta años que el público la tiene de venir á esta casa y no irá á otra aunque lo aspen.

—Es decir, ¿que te niegas?

—Sí, señor, rotundamente.

—Piénsalo bien.

—Lo tengo bien pensado.

—Entonces pondré comercio al lado del tuyo.

—Póngalo usted.

—Te haré la competencia.

—Haga V. lo que quiera.

—Te arruinaré.

—Allá veremos.

III

—¿Y tú qué opinas, Micaela?

—Que lo mejor de todo se lo va á llevar la trampa. El viejo tiene vida para muchos años todavía; no piensa en morirse y á mí se me acaba la paciencia, sobre todo desde que ha puesto esa nueva tienda donde va á perder hasta la cera de los oídos.

—La gente dice que está loco.

—Y dice bien. ¡Al demonio se le ocurre lo que á él se le ha ocurrido! ¡Vender las camisas que le cuestan diez y seis reales á peseta! Y todo por el mismo estilo. Es cierto que ha arruinado á su sobrino, pero lo peor del caso es que el viejo sigue la misma marcha y dentro de un par de meses no le va á quedar ni un clavo de donde ahorcarse. ¡Si aquella tienda parece un jubileo! ¡Qué modo de entrar y salir gente! No hay quien dé abasto á toda ella.

—¿Y para eso he consentido yo que tú?...

—¡A quién se lo cuentas! ¡Pues, si tuvieras tú que hacer carocas á ese viejo asqueroso! ¡No sé cómo no me muero de asco! ¡Bonito porvenir me espera! ¡Sirviendo toda mi vida, hoy á unos, mañana á otros y siempre viendo caras nuevas. Y luego tú no tienes alma para nada; te pudrirán en el matadero como una bestia que eres.

—¿Sabes lo que he pensado?

—Cualquier majadería.

—¿Estás tú cierta de que ese majadero ha hecho testamento á tu favor?

—¡Ya lo creo! como que me he enterado yo misma. ¿Por quién me has tomado á mí? ¿Soy yo tan panoli como tú? Me enteró el escribano y me dijo que si me quería casar con él cuando se muriese el abuelo. ¡Mira tú! ¡yo metida en la curia! ¡antes me tiraba al río de cabeza!

—Pues si es cierto lo del testamento...

—¡Como si no fuera! porque dentro de dos meses no habrá de qué.

—Se morirá el viejo antes.

—¿De risa?

—Pues si no quiere morirse le mataremos.

—¿De un estornudo?

—Como á un cerdo; degollado.

—Mira tú, pues conmigo no cuentes para eso.

—Pues por tí lo hago.

—¡Por mí! pues chico no te molestes.

—Es decir, ¿que no quieres?

—No.

—Pues mira, Micaela, hemos concluído, ¡quédate con tu viejo y compóntelas como puedas. Adiós.

—Oye, tú, ¡no seas bruto! Escucha, hombre, escucha. ¡Tienes un carácter!...

—Las cosas claras: ¡ó lo hacemos entre los dos ó no lo hacemos!

—La verdad es que el viejo merece que le maten. Nos va á dejar sin un cuarto.

—En tí consiste todo.

—Pues si por mí no llueve, agua á Dios. ¡Con tal de no presenciar yo la cosa! Porque tengo el corazón muy tierno y soy muy impresionable y no puedo ver que se haga daño á una mosca.

—No hay necesidad de que tú estés delante. Verás. El domingo por la mañana sales á la compra; yo te espero en la calle con mi cuchilla bajo la chaqueta; tú te vas á la plaza y yo me subo á ver al viejo á quien le diré que necesito hablarle de su sobrino; abre la puerta, entro, vamos á su cuarto y cuando se vaya á sentar caigo sobre él y le hundo la cuchilla en la tetilla; con un mandao hay de sobra y me las guillo cerrando bien la puerta tras de mí. Tú vuelves de la compra, llamas y nadie responde; vuelves á llamar, y nada, no abren. Preguntas á las vecinas si ha salido el amo; sales á la calle, esperas en el portal, vuelves á subir, llamas otra vez, y después de algunas horas empiezas á alarmarte; buscas por aquí, preguntas por acá, ¡nadie ha visto al viejo! ¡qué habrá pasado, Dios mío! Todo el mundo se entera y toma cartas en el asunto y los vecinos con el juez fuerzan la cerradura, entran, ven la cosa, tú empiezas á dar gritos y á llorar. . y asunto concluído. ¿Qué te parece? ¿Está bien tramado?

—No me parece mal.

—Pues hasta el domingo.

—Adiós.

—¡Ah!

—¿Qué?

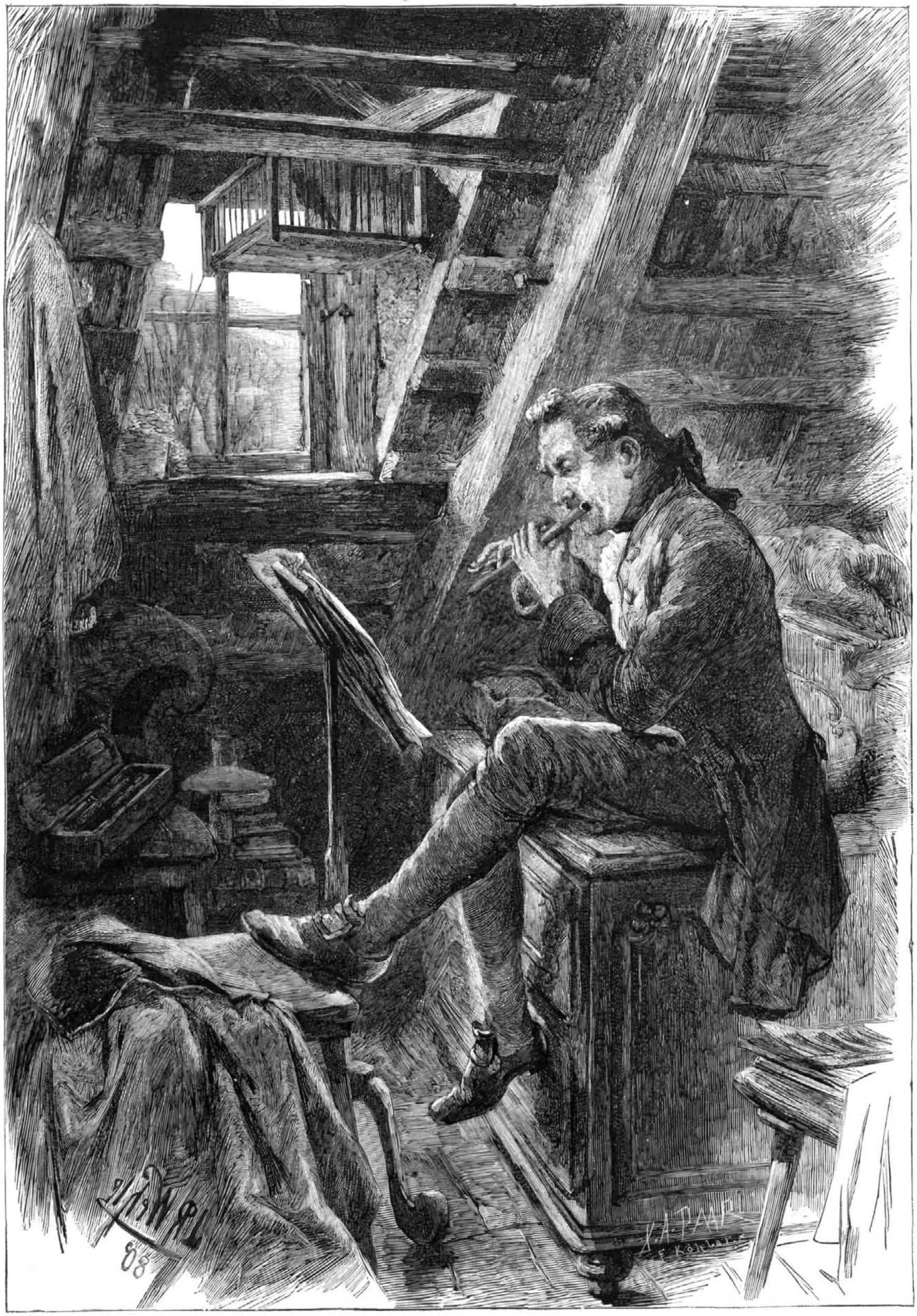
—¿Y nos casaremos?

—Cuando todo se haya pasado.

—Adiós.

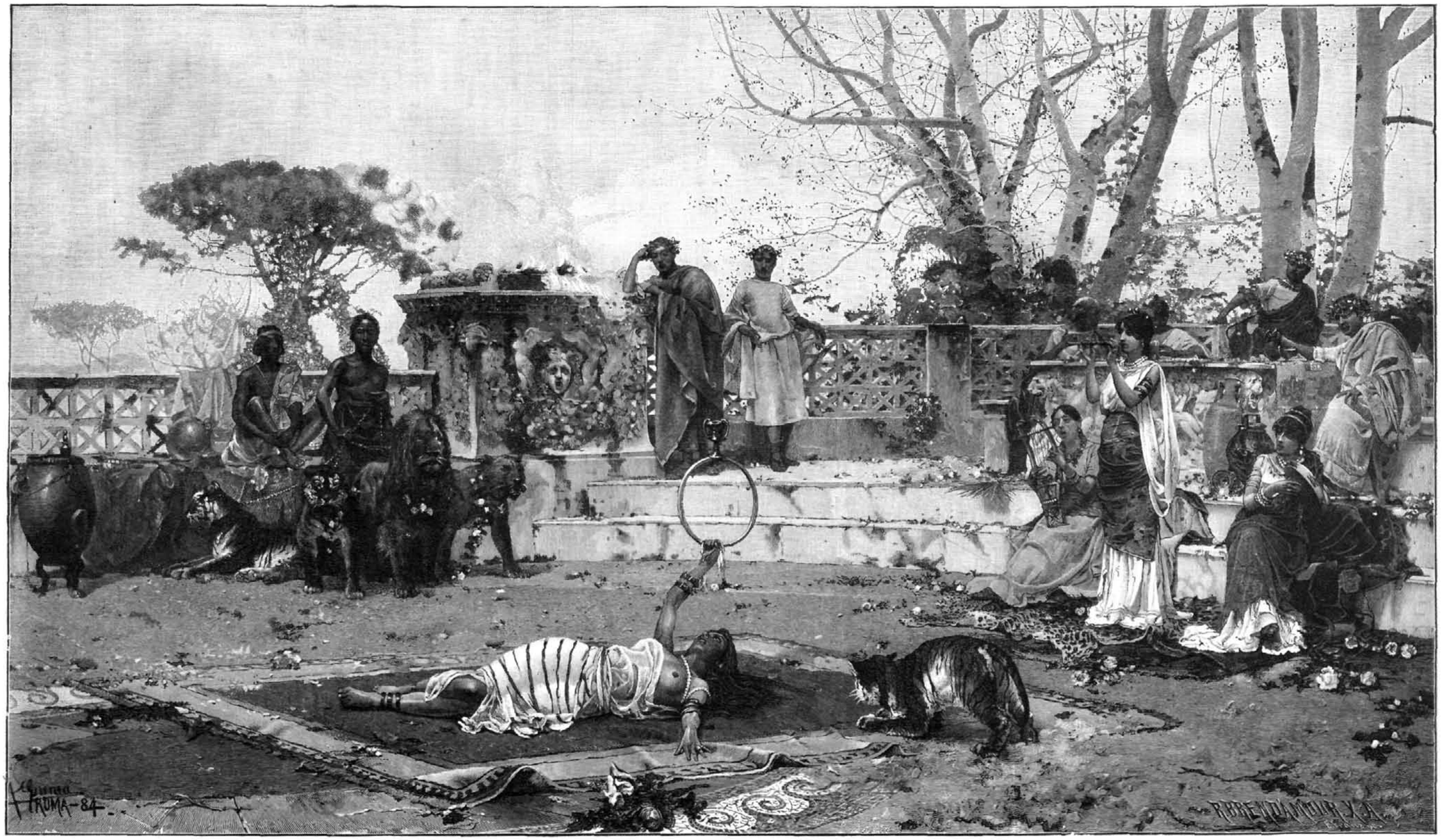
—Abur.

© Biblioteca Nacional de España



EL FLAUTISTA, dibujo de J. R. Wehle

© Biblioteca Nacional de España



INTER POCOLA (ENTRE COPA Y COPA), cuadro de Guinea, grabado por Brend'amour

© Biblioteca Nacional de España

FEDERICO BARBARROJA PIDIENDO AUXILIO AL DUQUE DE BAVIERA PARA SOMETER Á LAS CIUDADES LOMBARDAS

IV

—¿Qué tal los chicos?

—Buenos, D. Cirilo.

—¿Agarró la vacuna en la pequeña?

—Perfectamente.

—Y de noticias ¿qué hay?

—Nada que V. no sepa. Ayer no tuvimos el gusto de verle á V. en la misa de cabo de año que se dijo en San José por el descanso del alma de mi tío que esté en gloria.

—No pude ir y lo sentí mucho. Una primeriza me tuvo toda la noche en vela y no salí de su cuidado hasta las tres de la tarde del día siguiente. Pero en cambio no faltaré mañana á la ejecución de la Micaela y su querido. Tengo ganas de verlos bien ahorcados.

—Dicen que están muy alicaídos.

—El trance no es para menos. A nadie le gusta que le aprieten el pescuezo.

—Pues bien tuvieron alma para asesinar á mi pobre tío.

—No es lo mismo contra el prójimo, que pegar contra nuestro propio pellejo.

—Es verdad, es verdad.

—Las ideas son como las cerezas, que las unas traen consigo las otras. ¿Qué hay de la herencia de tu tío?

—Hace poco estuvo aquí el procurador á decirme que la semana próxima tomaría posesión de todos los bienes.

—Vaya, hombre, me alegro. Aunque la causa que lo ha provocado no es, que digamos, nada halagüeña, recibe mi enhorabuena.

—Tantas gracias, D. Cirilo.

—Me alegraré que prosperes.

—Dios escuche sus palabras de V., que bastante lo necesito.

—Ahora sí que se puede decir no hay mal que por bien no venga.

JUAN MARTÍNEZ

CLARIDADES PULPITABLES

(Continuación)

En *El Averiguador Universal* del 15 de febrero de 1880 (núm. 27, págs. 34-38) dí cuenta de un ruidoso atropello que los áulicos de Fernando VII intentaron cometer en la persona del P. carmelita Fr. José del Salvador, con motivo de la santa libertad y raro desahogo con que desde el púlpito dirigió la palabra al Monarca y á sus cortesanos en el 24 de febrero de 1815, viernes 3.° de cuaresma. Allí remito al lector que desee más amplias instrucciones acerca del particular, limitándome ahora, por lo que á mi propósito hace, á trasladar textualmente las palabras de su discurso que exacerbaron los ánimos de aquel Gobierno, y fueron causa de suscitar aquella sorda persecución contra aquel ilustrado cuanto decidido campeón de la Reforma Carmelitana. Leo, y copio:

« . . . . . .

»Pero, ¿quién será esta mano oculta? ¿Quién será este hombre enemigo que inutiliza las sanísimas intenciones de V. M. y el trabajo de sus colonos? ¡Ah, señor! alerta, que no está lejos quien hace tanto mal. Entre nosotros anda. Es fácil descubrirlo si lo buscamos con cuidado. Ya lo veo. Voy á decir quién es... Pero no... En este lugar no puede nombrarse al pecador... Daré las señas, sin descubrir la persona; esto bastará para nuestro remedio. Oídlo... Hombre enemigo es el que no quiere la paz; el que come y se engruesa con la discordia; el que se recrea mirando á los españoles desunidos y encontrados; el que no se muestra sensible á la sentencia del Salvador, que asegura la desolación del reino dividido en sí; el que desprecia la oración del mismo divino Maestro, que clama al Eterno Padre por que todos seamos una misma cosa por amor, así como lo son el Padre y el Hijo por naturaleza; el que no pondera el celo y empeño especial que el apóstol San Pablo tuvo para clavar esta importantísima verdad en el corazón de los cristianos: este propiamente es un Anticristo; una fiera, que tiene corazón y obras de lo que es, y que debe ser arrojado á las selvas y bosques para que viva con sus semejantes.

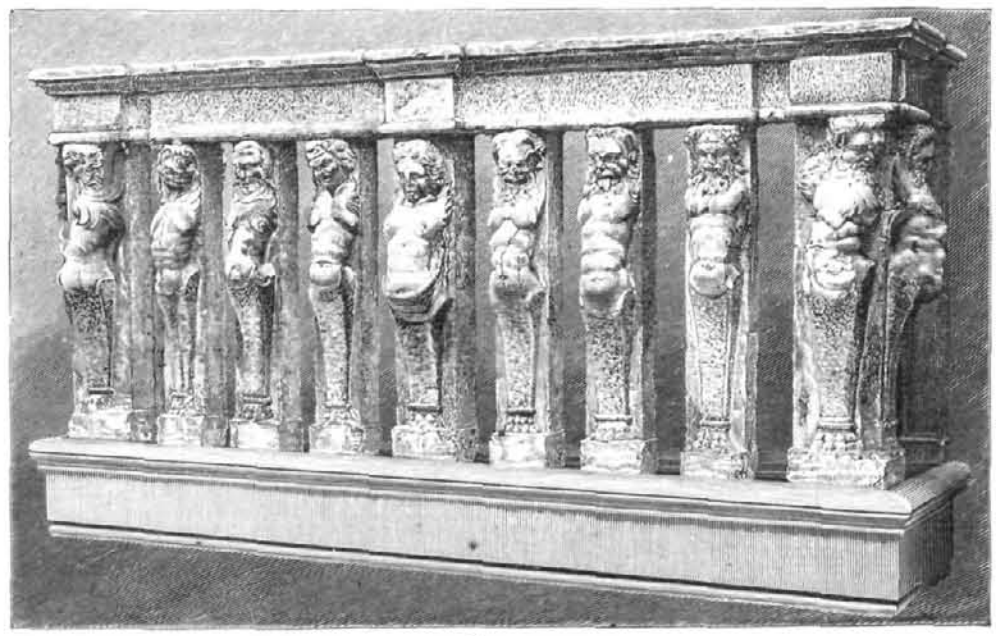
»Hombre enemigo es también, el que gritando á voces *viva Fernando, la Patria y Religión*, se introduce en el Gobierno, trastorna el orden con disimulo, hartando entretanto su furiosa ambición con empleos, rentas y honores á costa de la inocente Nación. Observe V. M. á los que se le presenten, aunque sea con planes y proyectos de economía á favor de la Patria; míreles V. M. á las manos cuando se retiran; y si llevan carne en las uñas, esto es, algún empleíto, etc., etc., no hay que dudar que son los que buscamos, los que nos hacen tanto mal, los que han dado ocasión al nuevo adagio, que repiten hasta los niños por las calles, á saber: *viva Fernando, y vamos robando*. . . . . .
. . . . . »

A mediados del siglo pasado floreció en Francia el abate Poulle, digno émulo de Massillón en la Oratoria sagrada, aunque de pocos conocido hoy (que una cosa es la fama, no pocas veces usurpada, y otra el mérito, casi siempre postergado). Pues bien, en el discurso que pronunció ante la Grandeza de aquella nación, con motivo de la toma de hábito de la Condesa de Rupelmonde, se explica en los términos siguientes, que traduzco con la mayor propiedad que me es posible, con objeto de pintar, y lo hace de mano maestra, las ruindades, intrigas y demás flores que brotan en el campo cortesano. Dice así:

«Al oir esta palabra *corte*, despiértanse en vuestra mente las ideas más halagüeñas, dado que os la figuráis bajo la imagen del deleite, del orgullo y de la molicie, rasgos que caracterizan mejor al mundo en general, que no á la corte en particular; mas ¡ay! á poco que reflexionéis, comprenderéis que no es ella el lugar adonde se ha de ir en busca de los placeres, supuesto que lo que en su recinto sobra es ocasiones con que dar pábulo al aburri-

© Biblioteca Nacional de España

miento. Tampoco se ha de buscar en ella las distinciones, en el bien entendido de que, absorbiendo el esplendor supremo del trono cualquiera otra claridad que viene á ser como prestada, la majestad del soberano atrae á sí las miradas y consideraciones de los circustantes todos, hasta el punto de llegar á confundirse los dioses del siglo con el vulgo servil, que, fuera de aquel sitio, los inciensa, dado que á la puerta deponen toda su ostentación y soberbia para volverlas á tomar á la salida. Pues, ¿y los regalos y comodidades de la vida? Baste decir que los habitantes de esa mansión se estiman felicísimos con acampar bajo tiendas, sin saber qué cosa sea sueño ni descanso; siempre violentos, distraídos siempre, constantemente fuera de sí, impelidos por rápido torbellino, van de acá para allá sin objeto y sin gusto, sin otro desvelo que satisfacer los caprichos del superior. Si no fuera por la ambición y el sórdido interés, las cortes de los reyes serían mucho ménos frecuentadas de lo que son; y como quiera que esas pasiones se excitan con la esperanza de lo pingüe de las recompensas, al propio tiempo que se contemplan mortificados por la presencia del soberano y el ojo avizor de los émulos, de ahí el que lleguen á resultar tan vehementes como simuladas; por manera que, lo que caracteriza á los verdaderos cortesanos, haciendo que dentro de una misma nación exista otra nación distinta de la que componen los demás vasallos, tanto en costumbres cuanto en lenguaje, es esa sed inmoderada de mandar y hacerse rico, junto con la doblez; ese arte fatal, en que son maestros consumados, de ver quién engaña á quién, aparentando ocuparse únicamente en sus mutuas satisfacciones, mientras que en lo que cada uno piensa realmente es en su propia fortuna; de convertir sus defectos en atractivos, prestando á los vicios cierto colorido que los hermosee; de sustituir á la verdad y á los afectos palabras artificiosas y protestas simuladas; de poner por obra los arcanos y astucias de la intriga; de afectar modales complacientes y obsequiosos que sólo respiran candidez y buena fe; de esconder muy adentro los disgustos y sinsabores, que los devoran, gracias á un aspecto constantemente risueño; de disfrazar el odio bajo las apariencias de la urbanidad, dañando en el seno de las tinieblas al propio tiempo que fingen por delante dispensar mercedes. No se les caen de los labios las bendiciones, *ore suo benedicebant*, pero las maldiciones reinan en lo íntimo de su corazón, *corde suo maledicebant*. Al verlos tan atentos, agasajadores y oficiosos, cualquiera se daría á entender que todos ellos juntos componían una sola familia cuyos intereses eran comunes; pero, al penetrar de la parte allá de esa apariencia engañosa, descubriríase muy luego que esos pretensos amigos no son más ni menos que otros tantos envidiosos y rivales, que á lo que aspiran únicamente es á su mutua destrucción; y á no ser porque poseen la infausta habilidad de engañar y seducir, las perfidias é infamias que entretejen su vida serían motivo harto sobrado para que se los abominase cual se merecen.»



UN BALCÓN DE VENECIA

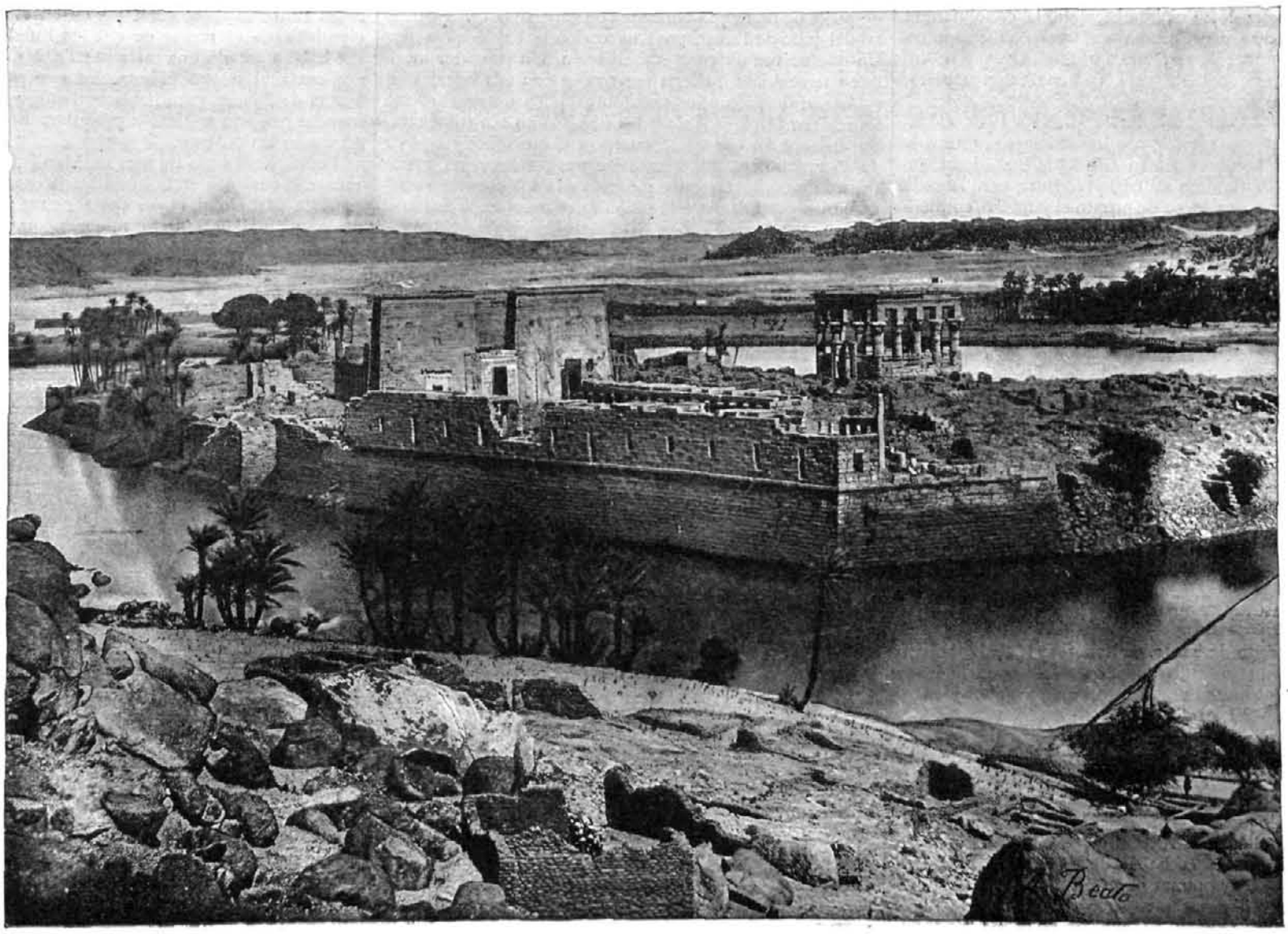
Juro en Dios y en mi ánima que el cuadro anterior está pintado de mano maestra, ó no sé yo dónde tengo la chapucera diestra mía; y creo igualmente que semejantes palabras caerían como una bomba sobre aquel auditorio, compuesto en su casi totalidad de individuos de uno y otro sexo que, haciendo suyas en aquel momento las palabras dirigidas al Salvador por sus Apóstoles en el Cenáculo, no dejarían de preguntarse á sí mismos: «¿Por ventura soy yo, Maestro?»

Y ya que de las miserias de la corte vamos tratando, no estaría de más el sacar á relucir aquí un pasaje del magnífico sermón de Saurin *sobre la vida de los cortesanos*. Pero antes, digamos dos palabras acerca de este orador.

Saurin era protestante, lo que no obsta para que lo que dijo y escribió con arreglo á los fueros de la verdad, estuviera bien dicho y bien escrito: la verdad no es más que una, dígala quien la diga y parta de donde parta; hay más: cuando la verdad emana ó brota de labios de un adversario, parece como que se afianza y consolida su carácter de tal, manifestando por ese hecho el ser tan fuerte su poderío que nadie, absolutamente nadie, podría sustraerse á su omnímodo influjo; semejante al sol, que, al aparecer sobre la haz de la tierra, derrama sus rayos sobre los justos que sobre los injustos. Así es que, tratando el cardenal de la Iglesia Romana Monseñor Maury de acompañar con modelos sus bien dirigidos y digeridos preceptos acerca de la *Elocuencia del púlpito*, no puede menos de hacer una honrosa conmemoración de Saurin, á quien, no sólo concede vigor apostólico, elocuencia, erudición, y otras varias prendas recomendables, sino que presenta como dignas de imitación sus peroraciones, en cuyo género sólo encuentra un orador que le supere (que es el gran Bossuet), y de quien, después de haberlo comparado en ocasiones con Demóstenes, y hasta con el Crisóstomo, concluye diciendo «que el Pastor francés de La Haya es, sin excepción alguna, el hombre más elocuente de que pueden jactarse con fundados motivos los protestantes, porque excede patentemente á todos los predicadores extraños á Francia, é Inglaterra en particular, no tuvo jamás ninguno que se pueda comparar con él.»

Dejo á Maury la responsabilidad de su aserto, y paso á traducir el pasaje que prometí arriba, en el que se verá que no salen aquí mejor parados los cortesanos de lo que salieron antes de boca del abate Poulle, en atención á las *claridades* que desde el púlpito les dirigió igualmente.

«El hombre sensato considerará siempre la corte y los puestos elevados como un peligro para su salvación, pues allí es donde por lo regular se tienden los mayores lazos á la conciencia y se entrega la humanidad más comunmente al imperio de sus pasiones, supuesta la facilidad que en halagarlas encuentra, y cuando se lisonjea ser formada de una materia superior, con mucho, á la de aquellos seres que se arrastran en la clase del vulgo. Por lo menos, allí cada cual se transforma en un reyezuelo despótico, pues, á fin de desquitarse el cortesano de la servidumbre á que lo redujera el monarca, esclaviza él por su parte á aquél á quien tiene por bajo. Allí es donde se fraguan esas intrigas secretas, esas maquinaciones clandestinas, esas tramas sanguinarias, esas conspiraciones criminales, que en último resultado viene á pagar la inocencia... Allí, todos derraman la ponzoña de la adulación, y todos gustan de aspirarla. Allí, se postra la imaginación ante fementidas deidades, recibiendo algunos ídolos indignos esos homenajes supremos que sólo se deben al soberano Dios. Allí, impresiónase el alma con imágenes seductoras, cuya importuna memoria la embarga á veces por completo, cuando lo que desea es nutrirse con la meditación únicamente digna de toda inteligencia inmortal. Allí, zumbando los oídos, como no puede ser



VISTA DE LA ISLA DE PHILE

© Biblioteca Nacional de España

por menos, con el murmullo del mundo en el cual se ha vivido, se dificulta más y más ese recogimiento, ese silencio, esa concentración de pensamientos tan indispensable para entablar el examen de su conciencia y el estudio de su propio corazón. Allí, se siente uno arrastrado, quiera ó no quiera, por el torrente que lo precipita, dado que ciertos ejemplos que se reputan por ilustres autorizan á incurrir en actos los más criminales, llegando hasta conseguir que se vaya perdiendo poco á poco esa delicadeza de conciencia y ese horror al crimen que de tan pujantes barreras servían para contenernos en los límites de la virtud.» etc.

Como se ve, la doctrina recién expuesta no puede ser más moral, práctica, ni verdadera, y la teoría sentada tan sin ambajes ni circunloquios por aquel ministro de la Iglesia disidente, viene á corroborar en esta ocasión la defendida en iguales términos por el ministro de la Iglesia universal, compenetrándose, y auxiliándose mutuamente.

(Concluirá)

JOSÉ MARÍA SBARBI

VIAJE Á FILIPINAS

(Conclusión)

Más lejos veo grutas calcáreas, y en la playa pruebas evidentes del levantamiento, conglomerados de guijarros, arenas, conchas y políperos. Siguen los chubascos.

A las cuatro de la tarde estoy en la desembocadura del río Kinunuan, que se ha desbordado; es imposible pasar; durante toda la noche llueve mucho; y acampamos en la playa ante una hoguera suficiente para asar un búfalo, sin que me sea posible tostar una batata: los pocos víveres hallados en Manay se consumieron al amanecer.

14 febrero. – A las siete de la mañana atravieso el río Kununuan, algo molestado por esta lluvia húmeda y glacial, pues sigue lloviendo á torrentes; á las nueve me detengo dos horas en Mampanón, otro caserío insignificante y lúgubre, para que coma mi gente: abundan las bananas y los camotes. Un indio come en cinco minutos, pero ellos necesitan mucho tiempo para preparar la menor cosa. El capitán de Mampanón me alquila su caballo, rocín de formas angulosas, que apenas alienta; muy pronto me arrepiento de haberlo tomado, pues al cabo de una hora de marcha es preciso tirar de él para que dé un paso; tanto mis muchachos como yo tenemos los pies ensangrentados.

El río Baguán, único que con el Dapnan parece tener alguna importancia en esta costa infernal, está desbordado también; la barra de su desembocadura, muy formidable, se extiende paralelamente á la costa, sin la menor interrupción; semejante obstáculo, elevándose como un muro á pocos cables de la orilla, opónese aún más que el estado del mar á todo tránsito por agua. Mis hombres, agachados y sufriendo la lluvia, tienen ese aspecto de resignada indiferencia de los caballos cosacos del cuadro de Lehreyer. Mando construir una balsa, pero la furiosa corriente arrastra los dos hombres que la concluían; el uno se arroja al agua sin vacilar, y el otro por fuerza, pues la balsa se hunde; les arrojamos unas amarras, y se salvan, mientras que aquélla se hace pedazos en la barra. Otra noche *sub Jove*.

15 febrero. – Continúa la lluvia, pero el río es vadeable, y mi rocín me servirá por lo menos para cruzar la corriente. Los hombres pasan con agua hasta los hombros, yo voy el último en mi triste montura, pero llegado al centro del río, detiénese de pronto el jamelgo, comienza á vacilar y cae conmigo; no me mojo mucho más, pues ya estaba calado hasta los huesos. Encuentro algunos mozos que dan caza al ciervo; exceptuando el hermano de Lorenzo y un mandaya que ví ayer, son los únicos individuos que he hallado fuera de los pueblos desde que salí de Catel. A las diez de la mañana llegó á Lucatán, pequeña ranchería de moros, cuya alegría y animación contrastan con el fúnebre silencio de todos los pueblecillos anteriores. El dato me regala un jabalí que acaba de matar (se ha de tener en cuenta que su religión le prohibe comer la carne de este animal), y me alquila una barca, con la que atravieso la pequeña bahía de Mayo, muy tranquila, porque está preservada de los vientos del nordeste. Paso al pie de los ribazos de Batunán, cuya altura varía de 20 á 60 metros; se componen de pudinga poligénica, y presentan todos los caracteres de un levantamiento reciente.

A la una y media de la tarde salto á tierra en Taganonoc; las montañas, de agudos picos, están cubiertas de bosque, y constituyen una parte del dominio de los Tagacaolos.

En el momento de hacer los honores al jabalí del dato me acomete un violento acceso de fiebre; envío á dos hombres á Mati para buscar un caballo, y no vuelven.

16 febrero. – El camino es fácil; las pendientes del istmo, que termina con la punta de Taucanán son regulares; los arroyos poco profundos, y sin embargo avanzamos muy lentamente, porque mis muchachos están casi tan cansados como yo. El sol brilla hoy, pero sus rayos son demasiado ardientes para nuestra debilidad; á las doce y media llegamos á Mati, pueblo de Bisayas y de moros reducidos, en la bahía de Pujada; aquí hay una rada magnífica, cuya punta sudeste termina en altas montañas del más pintoresco aspecto. Este puerto natural tendrá una importancia de primer orden cuando la civilización se haya apoderado de la parte oriental de Mindanao. El anclaje, que es excelente, está del todo preservado de los vientos del norte y del nordeste por la punta de Taucanán: y la entrada, sin peligros, presenta algunos islotes. Esto será sin duda el centro comercial de la costa, cuando haya un tráfico que por ahora no parece próximo

Viaje á Filipinas. – Lorenzo, muchacho bisaya

Desde Bislig hasta aquí he visto la costa desierta, y he caminado días enteros sin encontrar el menor vestigio humano fuera de los pueblos y de los caseríos. Las agregaciones de mandayas nuevamente convertidos apenas están rodeadas de algunas míseras plantaciones de batatas, de arroz y de *cabo negro* (1), ahogadas por el bosque; y los pueblos de *cristianos viejos* no valen mucho más. Excepto en Caraga, siempre me ha sido muy difícil reunir portadores, y sobre todo mantenerlos. Las escasas provisiones que traían consigo quedaban consumidas por la mañana, y cuando llegaba á un pueblo por la noche, rara vez se podía comprar un poco de arroz; de modo que con frecuencia era preciso contentarse con algunas bananas y batatas. Los recursos del país, sin embargo, son menos exiguos en los meses que siguen á la recolección del arroz.

17 febrero. – Una embarcación de Mati me conduce á Puerto Balete (al sudoeste de la bahía de Pujada), anfractuosidad que se prestaría admirablemente á la construcción de muelles y dochs. Desembarco aquí para franquear la cordillera que se corre paralelamente á la orilla en toda la longitud de Mindanao, desde Surigao al cabo de San Agustín. He franqueado ya por el norte esta cordillera en sentido inverso, para pasar desde las orillas del Simulao á la costa del océano Pacífico. El camino es aquí más fácil; después de escalar una rápida arista que se eleva al noroeste de Puerto Balete, sólo hay que seguir una inmensa cortadura que divide la parte central de la cordillera; aquí recojo muestras de metafira, de cuarzo y de pirita de hierro; la cortadura termina en la orilla oriental del golfo de Davao en Kuavo, donde hay dos casetas, sin que se vea ninguna embarcación. Un pescador moro que vuelve á su ranchería me recoge con mis bagajes en su barca; despido á los portadores, y los muchachos me siguen por la playa. Jamás los he visto en tan triste estado; su ropa se cae de su cuerpo enflaquecido; y á pesar de lo mucho que les agradezco sus servicios, no puedo menos de comparar estos infelices con los conejos vaciados; mas por fortuna está próximo el término de nuestras fatigas.

El pescador moro se detiene en Sumlug: el dato de este caserío es diez veces más rapaz que un judío árabe; y sólo después de una interminable discusión me cede una barca carcomida y dos esclavos enfermos.

18 febrero. – Remonto penosamente por el norte, costeando el golfo; el viento de nordeste, que se convierte en noroeste al pasar por los flancos del Apó, oblígame á detenerme muchas veces. Encuentro acampadas en la playa varias familias de moros procedentes de las orillas del río Hijo (al norte del golfo); han huído de los mandayas, que decididamente tienen el diablo en el cuerpo, puesto que se hacen temer hasta de los moros.

Más lejos encuentro algunos Guiangas que en otro tiempo había visto al pie del Apó; ellos también han debido evitar por la fuga los ataques de vecinos más poderosos.

La incuria de mis remeros y las fatiga de mis muchachos me hacen pasar otro mal rato en el estrecho de Paquiputan, cuyos torbellinos amenazan romper mi deteriorada barca.

22 febrero – A las dos de la tarde llego al fin á Davao, donde tengo el gusto de encontrar á la mayor parte de los amigos de quienes me separé el 2 de noviembre. Su cordial acogida me haria olvidar muy pronto la fatiga del viaje si frecuentes accesos de fiebre no me lo recordaran.

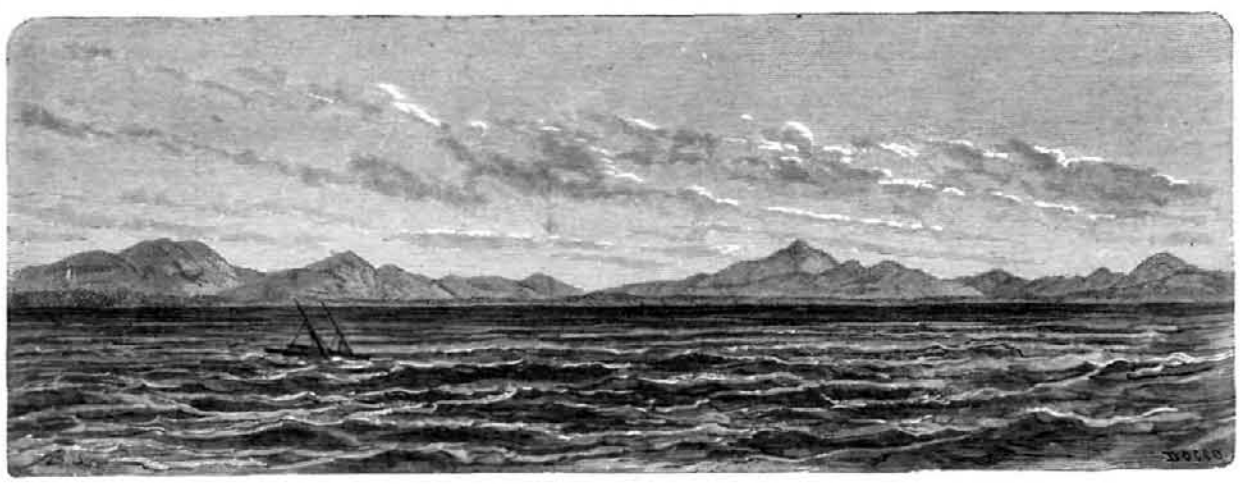
Por lo demás, el tiempo es admirable aquí; desde el 22 de febrero al 13 de marzo apenas ha llovido tres ó cuatro veces, y esto muy ligeramente; la monzón del nordeste, lluviosa para la costa oriental de Mindanao, es la estación seca para el golfo de Davao, preservado contra este viento. Arreglo mis colecciones y hago mis cálculos. Los muchachos, bien alimentados y descansados, desean continuar la marcha, y los dos que me veo obligado á despedir para no arrebatarlos completamente á sus familias, parecen muy tristes; pero les consuelo con una buena gratificación. Nada es tan agradable para los indios como la vida nómada en compañía de un europeo; libre de toda preocupación, olvidan fácilmente sus fatigas, refiriendo por la noche á los daragas maravillados los peligros que corrieron, las acciones heroicas en que han tomado parte; á fuerza de mentir se engañan á sí mismos, y no tardan en considerarse como muy superiores á sus compatriotas.

13 marzo. – Me despido de Davao, donde una larga permanencia me ha permitido apreciar á tantas personas amables, y me embarco á bordo del *Francisco Reyes*, que toca el 15 en Pollok, el 16 en la Isabela de Basilán y el 17 en Zamboanga, el 18 enderezamos el rumbo al norte, á la vista de las altas montañas de *Negros;* y anclamos por la noche en la rada de Ilo-Ilo, al sudeste de la isla de Panay. Ilo-Ilo se eleva á la orilla de un pequeño río, en la extremidad de una inmensa llanura de aluviones; este puerto, situado en la inmediación de provincias populosas y bien cultivadas, es un gran centro comercial, practicándose en gran escala principalmente la exportación de los azúcares en bruto. En la rada, donde hay anclados grandes buques americanos y vapores de todas clases, tengo el sentimiento de no ver nuestro pabellón; en las oficinas de correos, las cajas destinadas á la distribución de la correspondencia tienen los nombres de todos los principales negociantes ingleses, americanos y chinos; pero no veo ni uno solo francés.

El 21 llego á Manila: nuestro excelente cónsul, Mr. Dudemaine, ha marchado, con gran sentimiento de nuestra pequeña colonia; pero su sucesor, Mr. Ernest Crampón, me había dado ya, sin saberlo yo, una prueba de interés: como durante largo tiempo no me fué posible enviar noticias á mi simpático corresponsal en Manila, Mr. Genú, circulaba ya el rumor de que los Infieles de Mindanao me habían jugado una mala pasada. Mr. Crampón pidió audiencia al nuevo gobernador general, D. Fernando Primo de Rivera, para hablarle de mí, y éste tuvo á bien mandar que se practicasen pesquisas: hoy mismo se iban á expedir las órdenes.

Permanezco todo un mes en Manila, esperando inútilmente la curación en la hospitalaria casa de nuestro compatriota Mr. Genú, cuyos cuidados me habrían devuelto seguramente la salud si las fiebres complicadas con anemia no exigieran de todo punto mi regreso á Europa.

En el intervalo de mis accesos paso ratos muy agradables con Mr. Genú y nuestros compatriotas establecidos en Manila, particularmente Mr. Brejard, canciller del consulado de Francia, y Mr. Aussenac, antiguo oficial de caballería; estos señores, personas muy instruídas y sagaces, han vivido en todos los países del mundo; sus recuerdos, y la comparación de las diversas colonias con las Filipinas, comunican á la conversación tanto atractivo como variedad durante las noches que paso en su compañía, y de las que conservaré un grato recuerdo; pero siempre enfermo, me es imposible ir á estudiar los Infieles del norte de Luzón, y me veo obligado á volver á Francia.



Viaje á Filipinas. – Rada de Butuán. Vista tomada á tres millas al norte de la desembocadura del río Agusán

J. MONTANO.

(1) *Caryota onusta.* (Palm.)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

© Biblioteca Nacional de España

LA «RIVA DEGLI SCHIAVONI» EN VENECIA, CUADRO DE HANS BARTELS

© Biblioteca Nacional de España

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 13 DE SETIEMBRE DE 1886 — NUM. 246

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

DOLORES, dibujo de J. M. Marqués

© Biblioteca Nacional de España

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*Biología*, por don J. Vilanova.—*El brujo de Alcornocal* (continuación), por don Juan Tomás Salvany.—*Un modelo de Voltaire*, por don Jaime Martí-Miquel.—*Claridades pulpitables* (conclusión), por don José María Sbarbi.

GRABADOS.—*Dolores*, dibujo de J. M. Marqués.—*Tædium vitæ*, fragmento de un cuadro pintado por E. Neide.—*Danza pírrica*, dibujo de Alma Tadema.—*La canción de Guntram*, dibujo original de C. Gehrts.—*El último empeño*, cuadro de L. Aranda.—*El silencio de la naturaleza*, copias fotográficas de Mr. Wilson.

NUESTROS GRABADOS

DOLORES, dibujo de J. M. Marqués

El autor de este apunte se encuentra en buen camino y de seguro llegará á su término. Joven aún, ha conquistado bravamente el aplauso del público; pero en lugar de dormirse sobre sus laureles, dedícase incansable al estudio de la naturaleza. Trata pictóricamente diversos géneros, y en todos ellos progresa de una manera visible. Quizás produce demasiado: esto depende de la fogosidad juvenil: cuando, por dicha, se tienen pocos años, se hace abuso de fuerzas. Y sin embargo, nadie como el artista debiera reservar las suyas para cuando su imaginación, fortalecida por la observación y el estudio, es capaz de producir esas obras que conducen á la inmortalidad.

TAEDIUM VITAE, fragmento de un cuadro pintado de E. Neide

Más de una vez hemos emitido nuestro parecer contrario á un exagerado realismo en el arte, y por lo mismo no perdonaríamos al pintor E. Neide el tétrico asunto en que se ha inspirado para el cuadro del cual reproducimos un bellísimo fragmento, si no hubiera dado en él pruebas de ser un artista aventajado. El tedio, el hastío de la vida está tan magistralmente expresado en los dos principales personajes de su lienzo, que unidos en estrecho abrazo y atados además uno á otro con fuertes ligaduras, parecen dispuestos á precipitarse á algún abismo para arrancarse una existencia insoportable, que no puede reprimirse un sentimiento de conmiseración á la vez que de horror al contemplarlos. Si este efecto produce un solo fragmento, ¿cuál no producirá el cuadro entero? Fuera de esto, el dibujo es magnífico, la interpretación acabada y el conjunto verdaderamente artístico.

DANZA PÍRRICA, dibujo de Alma Tadema

En la antigua Esparta calificábase con el nombre de *pírrica* cierta danza militar muy en uso entre los jóvenes, los cuales la ejecutaban vestidos con túnicas de color de escarlata y completamente armados. El pintor Alma Tadema, tan aficionado á reproducir en sus cuadros asuntos de la antigüedad griega y romana, de las cuales ha hecho un profundo estudio, ha demostrado una vez más en su *Danza pírrica* su innegable competencia en este género, así como la soltura de su lápiz comparable únicamente con su vigoroso colorido.

LA CANCION DE GUNTRAM, dibujo de Gehrts

Es esta uno de los episodios más interesantes de la epopeya romántica de Kastropp «Enrique de Osterdingen.» Después que el hechicero Klingshor ha cantado la «canción de Lotos» en que el vicio triunfa de la virtud, Enrique entona «la canción de Guntram.» El rey Guntram, enamorado de una ondina, la lleva á su palacio, – á pesar de anunciarle ella que en vez de amor sólo puede llevarle la ruina, – y la presenta á los magnates del reino como esposa y futura reina. Sin hacer caso del descontento del pueblo, ni de las amonestaciones del obispo Benno, y á pesar de que la Virgen de la catedral gira sobre su altar y de que su anillo salta de su dedo roto en mil pedazos, la ondina pasa á ser esposa del rey. Sólo lo fué un día, sin embargo, pues á la primera noche Benno, al frente de sus adeptos asalta el castillo que fué sepulcro de la infortunada pareja.

¿Qué decir del artista encargado de reproducir las escenas más culminantes de la leyenda que en nuestro grabado están continuadas? Sólo podremos exclamar: ¡Feliz el poeta que logra en vida encontrar para sus creaciones un Homero del lápiz como es Carlos Gehrts!

EL ÚLTIMO EMPEÑO, cuadro de L. Aranda

Lleno de sentimiento, admirable de verdad, estudiado con inteligencia y ejecutado con cariño, el cuadro de Aranda que hoy publicamos es una nueva prueba de la justicia con que se le ha distinguido dondequiera que haya expuesto sus lienzos. El que tenemos á la vista, cuadro de género, es una concepción feliz, avalorada por un sin número de detalles ejecutados con verdadera maestría.

En el despacho de un notario, tan bien entendido que no parece sino que el artista haya sido pasante en la profesión de dar fe, una desvalida anciana y un joven necesitado de dinero, empeñan el último resto de su hacienda. ¡Cuánta tristeza y cuánta resignación en el semblante y en la actitud de esa mujer! ¡Qué pobreza tan noblemente soportada la del mancebo! ¡Cuánta naturalidad en la actitud del notario autorizante y cómo se destaca entre esos pobres de caudal y de espíritu la figura y el traje del prestamista!... ¡Qué bien entendido agrupamiento! ¡Cuánta armonía en la composición toda! ¡Cuán bien calculado es el efecto del conjunto y con qué esmero se hallan tratados los detalles!... Parece este cuadro escena de comedia de Moratín ó de novela de Galdós; mas para pintar con éxito asuntos tales, se necesita estar en artes á la altura de aquéllos en letras.

EL SILENCIO DE LA NATURALEZA, copias fotográficas del natural por Mr. Wilson

El aspecto de un país cubierto de nieve es lo que más vivamente despierta la idea del silencio y del sueño, no de la muerte, sino de la transfiguración. ¿Quién no ha reconocido que ningún pintor pudo expresar nunca la pureza, la fantasía, el sentimentalismo de semejante conjunto, tan delicado y tan sublime como imagen del reposo? En los paisajes de invierno del pintor, casi siempre hay alguna cosa que nos recuerde el interés humano, que nos dé la idea del calor y de la comodidad, como por ejemplo, el sol brillante entre enrojecidas nubes, ó el fuego de una hoguera lejana; y he aquí por qué rara vez encontramos en las obras del artista un conjunto que exprese en absoluto el frío, el silencio, la desolación y la nieve sin su elemento contrario, el fuego. Sin embargo, estos son los atributos inmutables.

Por medio de la fotografía se han representado muy bien ciertos efectos del paisaje de invierno, como se verá en los admirables trabajos de Mr. Wilson, de Aberdeen, algunos de los cuales reproducimos en nuestros grabados. Esas fotografías son particularmente notables por la suavidad del tono, y porque producen la verdadera impresión de la luz difusa que resulta de las superficies cubiertas de nieve. No llama menos la atención en dichos trabajos la admirable naturalidad con que se representan los árboles, cuyas ramas se inclinan bajo el peso de aquélla.

Nuestras ilustraciones representan algunos paisajes bajo el aspecto más familiar que ofrecen á la vista durante los fríos de invierno. En la primera, cuyo título es «Abandonada,» vemos la carreta solitaria en medio del campo, verdadera imagen de la tristeza y la desolación; en la segunda y tercera, que el autor titula «Ciego es el día,» se representa perfectamente el efecto de la nieve, que ha formado una espesa capa en todo el camino, cubriendo árboles y plantas; y la tercera reproduce muy bien el aspecto que el invierno comunica á los campos. Aquí no hay luces, ni hogueras ni accesorio alguno que modifique el conjunto; aquí todo es frío y helado; el cielo, de color de plomo, comunica á todos los objetos un tinte melancólico; la naturaleza parece entregada al eterno reposo de la muerte, y ningún ser animado viene á desvanecer la ilusión. He aquí las verdaderas condiciones para representar un paisaje de invierno con los efectos de la nieve, y estas condiciones se han llenado admirablemente en las fotografías á que se refiere la presente descripción, de las cuales son una copia exacta nuestras ilustraciones.

BIOLOGIA

Entre los múltiples y variados aspectos bajo los cuales puede considerarse la ciencia de la vida, que es lo que significa en puridad la palabra que encabeza este artículo, sin disputa alguna merece especial predilección aquel que se relaciona con el origen y ulteriores desenvolvimientos de los reinos vegetal y animal que hermosearon la superficie del planeta, y continúan siendo el encanto de la humana especie, única al parecer, por no servirnos de un lenguaje sobrado absoluto poco frecuente entre los naturalistas, capaz de gozar de sus bellezas y sorprendentes armonías.

Y tanto más importa fijar la atención en este concepto de la Biología, que en cierto modo pudiera llamarse terrestre, cuanto que sobre comprender en los vastos dominios de su competencia la Antropología, ó sea la historia física, intelectual y moral del hombre considerado en la totalidad de su especie, todo cuanto acerca del génesis de la vida allá en remotísimas edades lleguemos á descifrar, si no en el cómo, por lo menos en el cuándo y en el orden de aparición de sus primeros representantes, ha de servirnos grandemente para quilatar ciertas doctrinas que acerca de la vida se han inventado; y si á esta noción, ya de suyo bien importante, se agrega el conocimiento de los ulteriores desarrollos y del ritmo á que los seres obedecieron en todos tiempos en la sucesiva aparición en el mundo, no es dudoso llegar á concebir la lisonjera esperanza de que por dichos senderos tanto como por los de la experimentación en el laboratorio, ha de llegar un día la humanidad á resolver satisfactoriamente los problemas más trascendentes que la noción de la vida entraña.

Por de pronto en cuanto al origen de los seres orgánicos puede asegurarse que no fué ni había medios hábiles de que fuera coetáneo del globo que había de sustentarles; oponíase á ello la elevada temperatura que reinaba á la sazón y por luengos siglos en la superficie terrestre, y á más, la falta de un agente, el agua, cuya misión es tal, que no se concibe sin ella la vida tal como hoy la vemos. Las investigaciones geológicas han confirmado de la manera más evidente esta aseveración hecha á priori, ya que fundados en ellas los hombres de ciencia señalan un cierto horizonte más abajo del cual la estructura geognóstica terrestre hállase representada por rocas cristalinas formando masas inmensas, en cuyo seno ni el examen macroscópico, ni el más delicado estudio microscópico ha podido hasta el presente descubrir el más ligero rastro ó vestigio de ser orgánico vegetal ni animal. La presencia de estos seres profundamente alterados por la mineralización que experimentaron se revela por primera vez en los materiales de sedimento primitivos, tan metamorfoseados en su aspecto y hasta en su naturaleza íntima como aquéllos, ostentándose bajo el aspecto de rocas que por concurrir en ellas la estructura propia de los materiales formados en el seno de las aguas y la cristalina de los productos eruptivos, hanse llamado por el insigne geólogo belga Sr. Omalius cristalofílicas, expresión bastante más propia y exacta, atendida su etimología de dos raíces griegas *christallon* y *philos*, que la empleada por la mayor parte de nuestros ingenieros de minas, la cual consta de un sustantivo, estrato, y de un adjetivo, cristalino, puesto que las designan con la denominación de estrato cristalinas, formando un solo nombre por tan singular y anómala manera.

Figuran entre estos materiales metamórficos el gneis, especie de granito abortado, puesto que le falta el cuarzo, las pizarras todas arcillosas, cloríticas, micáceas, etc., algunos conglomerados y calizas cristalinas de aspecto marmóreo, y con frecuencia anfibólico y serpentínico, circunstancia que las hace muy estimables como piedra de construcción monumental.

Ahora bien; en estos productos alterados de la primera sedimentación es donde aparece por decirlo así la aurora de la vida, la vegetal positivamente en el interior de un canto errático de gneis, encontrado en la Brianza (antigua Lombardía) por uno de los hermanos Sismonda, distinguidos naturalistas piamonteses; la animal no de un modo tan evidente, en una masa de caliza serpentínica del terreno llamado laurentino por hallarse enclavado en la cuenca del río San Lorenzo en la América del Norte.

Para ver la primera planta sólo se necesita tener ojos en la cara y visitar el Museo de Turín donde me la enseñó D. Angelo Sismonda, su descubridor, allá por los años 53, ó el Gabinete de Historia Natural de Madrid, en cuyas colecciones paleontológicas de mi cátedra figura una copia fotográfica regalada por aquél que examinan y admiran los alumnos cuando durante el curso se aborda la magna cuestión del origen de la vida en el globo, pudiendo hasta el menos avisado advertir que pertenece al grupo de las equisetáceas ó colas de caballo, siendo tan ostensibles sus caracteres, que el insigne Brongniart pronto echó de ver que era una especie nueva, razón que le movió á dedicársela al sabio profesor de Geología de Turín, llamándola *Equisetum Sismonda*. – La cosa es algo más problemática por lo que al reino animal se refiere, puesto que el famoso *Eozoon Canadense*, frase que traducida al lenguaje vulgar significa aurora de la vida del Canadá, presentado por primera vez en la exposición universal celebrada en 1867 en París, y regalado más tarde al Jardín de Plantas, en cuyas grandiosas galerías de Cuvier figura, después de tanto como en pro y en contra de su naturaleza orgánica se ha escrito, discutido y hablado, desde su primera exhibición, la inmensa mayoría de los geólogos y paleontólogos se inclinan á considerarlo más que como foraminífero, grupo de seres de organización muy inferior, como una roca serpentínica cuya estructura reproduce á veces todo el aspecto celular de la organización. Aun recuerdo lo que contestó el insigne Lapparent, profesor de Geología en la universidad católica de París, cuando en la visita que hice á sus preciosas y bien ordenadas colecciones hube de preguntarle dónde ó en qué grupo de fósiles colocaba al Eozoon, á lo cual llevándome al compartimento de las rocas serpentínicas, respondió: aquí, este es su verdadero sitio. Dejando para ocasión más oportuna discutir este tema, por ahora cumple manifestar que desde el momento en que el acuerdo tocante á la naturaleza de un objeto deja de ser unánime, entre los que por sus especiales circunstancias se hallan en condiciones de resolver el asunto, lo prudente y discreto es aplazar la cuestión para cuando se hayan recabado mayores esclarecimientos, y no pretender sobre tan deleznable base erigir un sistema ó teoría que allane el áspero sendero de la ciencia, pues en vez de obtener el resultado apetecido, el día en que por virtud de nuevas investigaciones se resuelve la cuestión en sentido contrario, toda la balumba del edificio se viene abajo con no poco descrédito de los patrocinadores de la idea. Tal es lo que sucedió hace poco con lo que inconsideradamente se creía el origen de la vida, esto es, con el Eozoon por lo que á los tiempos antiguos se refiere, y con el no menos fantástico Batibio, expresión que significa vida de las profundidades, con referencia á la época actual. Esto último es tan curioso, que siquiera nos desviemos momentáneamente de nuestro propósito, merece la pena de darlo á conocer. Pretendíase haber encontrado allá en los abismos del océano, una cosa parecida, por decirlo así, al substratum de la vida, especie de nebulosa vital, de la que andando el tiempo, y mediante la influencia de las leyes de la trasmisión hereditaria de la selección y adaptación, había de ir apareciendo todo el reino vegetal y animal por lento y secular desenvolvimiento de la materia protística. Fundábanse todas estas generosas y casi pueriles ilusiones en el hallazgo hecho por medio de la sonda en las capas más profundas del océano de una sustancia de aspecto gelatinoso é informe, dotada de ciertos movimientos que al parecer indicaban hallarse dotada de la excitación que se considera en la materia protoplasmática como la señal más clara y evidente de la vida rudimentaria, bastando esto para que los evolucionistas partidarios de la doctrina de Darwin creyeran ya resuelta la cuestión, y procediendo un poco á la ligera, dejándose llevar de las exigencias siempre inmoderadas de todo sistema, no sólo creyeron en la naturaleza orgánica y organizable del Batibio, sino que el insigne anatómico inglés Huxley le dió nombre químico y específico, dedicándosela al correligionario alemán Haekel, *Batybius Haekeli*. No tardó, empero, en demostrar el más sencillo examen microscópico y químico que el famoso comienzo de la vida actual aun ostentaba muchos menos títulos que el Eozoon para figurar entre los seres orgánicos, puesto que no era más que yeso ó sulfato hidratado de cal, diluído en el espíritu de vino en el que se conservaban los objetos recogidos por los expedicionarios del buque inglés *Challenger*. Evidenciado el fracaso, el mismo Huxley tuvo la noble franqueza de confesarlo en el discurso pronunciado en una de las asambleas que anualmente celebra la Asociación británica para el progreso de las ciencias, haciéndolo de la manera delicada é ingeniosa que corresponde á un hombre de talento, como sin género alguno de duda hay que declarar que lo es.

No representan, pues, el comienzo de la vida primera ni la aurora de la actual el Eozoon y el Batibio, teniendo que recurrir á otros datos para formar claro y cabal concepto del complejo asunto. Tocante al comienzo de los organismos en el globo, queriendo partir de hechos positivos é incontrovertibles, debemos recordar lo que queda ya señalado respecto de aquel canto de gneis, con el Equiseto ensalzado por el Sr. Sismonda, y la presencia en muchas rocas antiguas de sedimentos metamórficos de grafito y de sustancias bituminosas de procedencia vegetal, y si se quiere tambien del diamante, como última reducción orgánica, en la cual desaparecieron los restantes elementos componentes de las plantas primeras, quedando tan sólo el carbono puro, como el más fijo de todos y cristalizado, circunstancia esta que lo distingue del grafito. A todas estas sustancias, en las cuales lo único que puede saberse es que proceden de organismos vegetales, pero sin poder determinar á qué grupo de plantas corresponden por efecto de las profundas alteraciones que experimentaron puestas bajo las condiciones á ello más favorabres, hay que agregar las llamadas Eophyton que signi-

© Biblioteca Nacional de España

TÆDIUM VITÆ, fragmento de un cuadro pintado por E. Neide

fica aurora vegetal, Oldhamias-Fucus, etc., que arman, valiéndonos de una frase de minero, en pizarras cristalinas pertenecientes al terreno ó sistema cámbrico, verdadero comienzo, según el orden cronológico, de la serie de materiales sedimentarios.

Respecto al reino animal hállase en dicho horizonte geológico representado por restos de algunos pocos moluscos, tales como singula prima y antigua singulilla Davisi, Theca gregaria y otros pocos, un Nereites y varios crustáceos del extraño grupo de los Trilobites un poco más arriba. De modo que el dato positivo que esto nos suministra es adquirir el convencimiento de que el reino vegetal precedió al animal, como así debía en realidad suceder, primero por la misión á sus individuos confiada, de transformar allá en lo recóndito de su organismo, sin saber cómo ni por qué se verifica, la materia mineral en orgánica, y después porque en rigor los animales, desprovistos de tan singular y recóndita facultad, necesitan encontrar ya realizado lo que en cierto modo pudiera calificarse de milagro incomprensible, para encargarse luego y á su vez, de dar nuevas y más complicadas formas á la celda, á la fibra y al vaso vegetal.

Podrá ser todo esto claro y si se quiere evidente desde el momento en que así lo atestigua la observación de un lado y la experimentación en el gabinete ó laboratorio de otro; pero ¿se sabe algo tocante al modo cómo se formó la primera planta? ¿podrá el hombre averiguar algún día y conocer la esencia de tan misteriosas operaciones naturales? yo creo firmemente que nó; por lo menos se sabe hoy que la síntesis química á pesar de los sorprendentes progresos en estos últimos años realizados no ha podido obtener hasta el presente el menor indicio de protoplasma y menos aún de célula orgánica, y eso que la análisis ha revelado de la manera más evidente la composición no sólo cualitativa, sino también cuantitativa, de todos los elementos componentes del organismo así vegetal como animal.

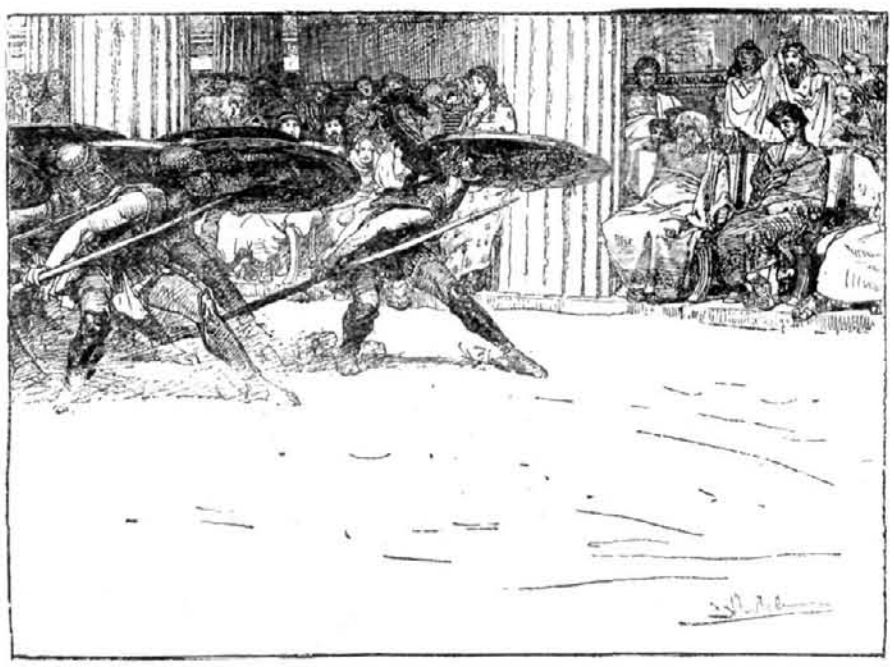
Algunos naturalistas y especialmente los afiliados á la doctrina de Darwin salen del paso admitiendo sin prueba alguna en su apoyo la generación espontánea ó la autogonía como quiere Haekel; mas como quiera que los más recientes estudios y experimentos de Pasteur, Tyndal y tantos otros rechazan semejante procedimiento de transformación de la materia mineral en organizada, por haber demostrado la experiencia la necesidad de que intervengan para ello los gérmenes, se conforman con lo que sería hasta insensato y absurdo rechazar, pero añaden que esto es tan sólo para explicar la vida de hoy, pero que para darse cuenta de cómo se originó en remotísimas edades el gran misterio, hay que admitir por fuerza la generación equívoca, prefiriendo caer en esta flagrante contradicción, á reconocer y admitir en todo esto la mano omnipotente del Creador. Y es que como dice Burmeister en una obra cuyo título está en completo desacuerdo con la doctrina admitida, pues la llama La Creación, prescindiendo del Hacedor supremo para explicar el origen de la materia, la cual es en su sentir eterna, no tiene necesidad de esta rueda intermedia para comprender cómo la materia mineral revistió formas y textura de seres vivos y para esto se paga de la frase generación espontánea ó autogonía, creyendo ó haciéndose la ilusión de que con esta frase todo el mundo queda ó debe quedar no sólo convencido sino también lo suficientemente ilustrado para poder decir *eureka*, ya sé cómo se salva la gran dificultad.

Bien mirado el asunto, yo no sé real y verdaderamente qué referencia exista entre este dogmatismo que se invoca é impone á nombre de la ciencia, y el que á título ó como artículo de fe nos manda creer que *in principio creavit Deus cœlum et terram*, y que cuando la ocasión fué oportuna, este mismo Dios dispuso que aparecieran primero las plantas, luego los animales, y por último el hombre, como digno coronamiento de la grandiosa y admirable obra de la Creación. Lo cierto es que de ambos modos nos quedamos á oscuras en cuanto á la esencia del procedimiento que dió vida al primer organismo; pero hay la ventaja de parte del creyente que con ello hace un acto de humildad reconociendo gustoso y por espontánea confesión la existencia de quien todo lo conoce, lo sabe y lo puede, sin que por ello sea más confusa la idea que se forma del misterio, pues la verdad es que la frase generación equívoca, espontánea ó autogonía no lo explica mejor.

En este particular el único que en mi concepto ha discurrido un medio ingenioso y al parecer racional para explicar lo inexplicable es el Sr. Lecoq de feliz memoria, quien tratando de la materia orgánica ú organizable que arrojan muchas aguas minerales en una obra por muchos conceptos estimable y digna de estudiarse (1), emite la opinión de que aquélla hubo de ser en un principio la verdadera creadora de la vida en el globo. Hé aquí ahora la manera como discurre el insigne geólogo auvernense: las aguas minerales se forman en lo que él llama zona de reacción química terrestre, en otros tiempos más próxima que hoy á la superficie, por virtud de la afinidad que el oxígeno tiene por el hidrógeno uniéndose en las proporciones conocidas, verificándose allí también en las profundidades de la costra sólida la combinación de aquellos dos cuerpos simples con el carbono y nitrógeno originando la materia organizable que adquiere formas propias de determinados seres orgánicos cuando arrastrada con y por el agua en el manantial recibe la benéfica influencia de la luz y del calor. Como en todas estas operaciones no hay al parecer comunicación con el mundo exterior de los agentes que determinan tan singulares y extraños hechos, sino cuando aparece la materia sulfurina, olesina, como diría el doctor Arnús, etc., podría real y verdaderamente creerse, como así lo creía Lecoq, que todo se formaba allá en lo más recóndito de la costra sólida del planeta, sin intervención de otras fuerzas más que las representadas por la afinidad química, pudiendo en cierto modo considerarlo como expresión genuina de la autogonía ó de la generación espontánea.

Forzoso es reconocer que la explicación es ingeniosa, revelando en el autor insigne, con cuya amistad me honraba muy mucho, conocimientos químicos y geológicos nada comunes, evidenciados en la mencionada y en muchas otras obras que dió á luz; y que si fueran susceptibles de demostración los datos en que aquélla se apoya, no habría más remedio que admitir la doctrina como genuina expresión de la verdad. Pero es el caso que por satisfactoria que sea la idea de la zona química terrestre y la formación directa del agua en su seno, al pretender averiguar qué habrá en todo ello de real y verdadero, nos encontramos en la más absoluta necesidad de declarar que nada sabemos que sea á la doctrina favorable; al paso que en cuanto á la procedencia positiva del agua por filtración desde el exterior, para originar manantiales allí donde las condiciones son propicias, lo que nadie ignora es que constituye un hecho incuestionable, así como la termalidad se relaciona con la inclinación de las capas que las aguas atraviesan en su marcha descendente y el carácter mineral de los manantiales se halla estrechamente enlazado con la composición de los materiales atravesados. Podrán quizás á las veces presentarse todas estas circunstancias de estructura geológica y de naturaleza mineral de los materiales recorridos por las aguas algo problemáticas ó dudosas, pero en la inmensa mayoría de los casos las relaciones entre la termalidad y la mineralización de las aguas de un lado, y la orografía ó estratigrafía y la composición del terreno de otro, son de tal manera estrechas, que han servido de fundamento racional para idear la teoría que más satisfactoriamente lo explica todo.

En este caso y sin necesidad de desechar en absoluto la ingeniosa doctrina de Lecoq por lo que á la formación directa de parte del agua que sale del interior del globo se refiere, pues podrá ser cierta, en cuanto á que deba aplicarse el propio criterio á la aparición de la materia organizable que llevan consigo los manantiales minerales y en especial los sulfurosos, no encuentro que sea lógico como consecuencia ineludible lo uno de lo otro; antes por el contrario, aun admitiendo de plano lo primero, ¿no podrían las aguas encontrar ya formada en su trayecto de abajo arriba ó por lo menos los materiales ó gérmenes que contribuyan á su formación haciendo tan sólo en este caso el agua de agente conductor? Por otra parte, la filtración y circulación subterránea de las aguas procedentes de la superficie es tan evidente, que en ambas operaciones se funda de un modo lógico y racional, la teoría y también la práctica de los diversos modos de alumbrar aguas, y entre todos ellos el que se vale de la sonda artesiana (2). Este hecho no podía ciertamente pasar desapercibido á la clara inteligencia de Lecoq, quien reconoce como base de la teoría de los manantiales la filtración y circulación subterránea del agua; pero preocupado sin duda alguna con la idea de la zona de reacción química terrestre, de que en puridad era y fué inventor, establece la diferencia, en mi concepto á todas luces arbitraria, entre los manantiales comunes que atribuye á las aguas que proceden de fuera, y los manantiales minerales, sean ó no termales, cuyo génesis va á buscar en las reacciones químicas que se verifican en el interior de la costra sólida, á mayor ó menor profundidad, según el tiempo que nos separa de la época en que vivimos. Tampoco por tan bello cuanto ingenioso medio encuentra explicación plausible la generación espontánea; lo cual hace que con respecto al origen de la vida en la tierra, por lo que á la esencia del hombre se refiere, estemos hoy á la misma altura en que se encontraban los primeros inventores de la idea allá en remotísimas edades, y en la que se encuentran todos aquellos que parten de la realidad inexplicada é inexplicable del hecho, como principal fundamento de la teoría evolutiva y transformista. Pero los representantes de las primeras manifestaciones orgánicas desaparecieron de la escena del mundo, quedando sepultados en el seno de los estratos terrestres más antiguos,

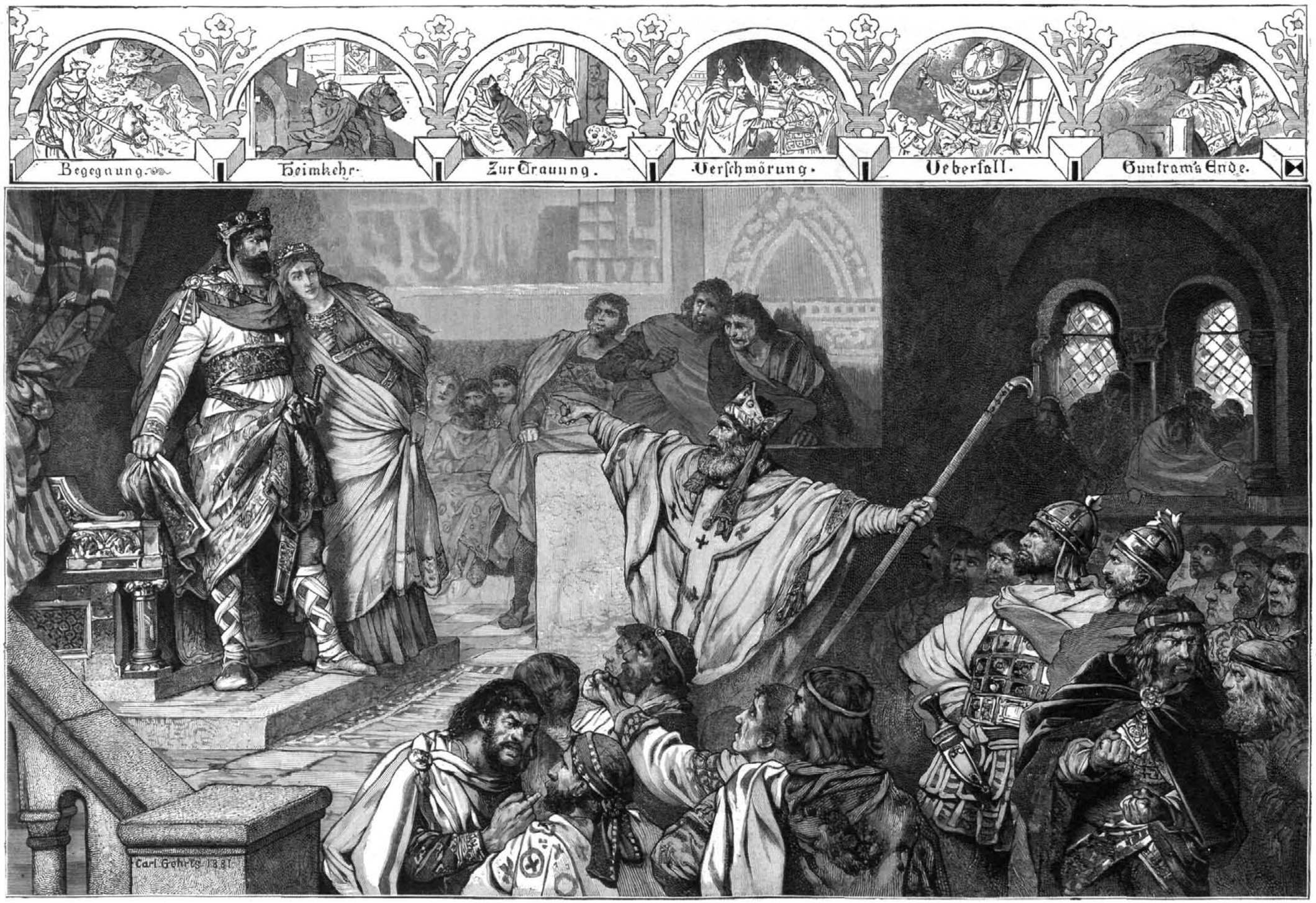


DANZA PÍRRICA, dibujo de Alma Tadema

(1) Les eaux minérales dans leurs rapports avec la Géologie.

(2) Consúltese para mayores esclarecimientos mi obra titulada «Teoría y práctica de pozos artesianos.»

© Biblioteca Nacional de España



LA CANCIÓN DE GUNTRAM, dibujo original de C. Gehrts

© Biblioteca Nacional de España

EL ÚLTIMO EMPEÑO, cuadro de L. Aranda

© Biblioteca Nacional de España

donde con el transcurso del tiempo convirtiéronse en fósiles ó sea en lo que respetables autoridades científicas llamaron medallas de la creación, para ser reemplazados por otros, los cuales á su vez sufrieron la misma suerte, sintetizando en una indeterminada serie de apariciones y desapariciones orgánicas la encantadora historia del planeta. Ahora bien; dado lo cierto y positivo del hecho, la ciencia ¿nos suministra hoy bastantes y evidentes datos para esclarecer el cuándo y el cómo se hicieron de modo lento ó brusco estas renovaciones de las faunas y floras que en distintas épocas hermosearon la superficie del planeta que habitamos?

Por fortuna la Geología y la Paleontología se hallan hoy en disposición de contestar á la mitad del problema, puesto que indudablemente saben y enseñan los hombres que las cultivan cuál fué el orden de aparición y de desaparición de los diferentes tipos vegetales y animales, circunstancia que sirve de criterio para determinar la sucesión de los acontecimientos orgánicos é inorgánicos que caracterizan la historia terrestre. La dificultad hoy por hoy insuperable consiste en llegar á conocer cómo hanse realizado tales y tan sorprendentes fenómenos. Está puesto fuera de toda duda por virtud de recientes descubrimientos, que la humana fué la última especie que apareció en el globo, cuyos despojos existen entre los materiales cuaternarios; que antes figuraron los restantes mamíferos, cuyos restos comienzan á encontrarse en el terreno que los geólogos llaman Trias ó triásico en sus niveles superiores y caracterizan sobre todo el sistema terciario inferior, medio y superior; que las aves son tal vez contemporáneas de los mamíferos; que los anfibios y reptiles hicieron su primera aparición en el terreno carbónico y quizás en el devónico, y por último, que entre los vertebrados los peces, que son los más inferiores, precedieron sin duda alguna á los restantes, ya que con frecuencia se encuentran fósiles hacia el promedio del terreno silúrico, uno de los más antiguos depósitos de sedimento.

Respecto de los animales que por carecer de vértebras se llaman invertebrados, el orden de aparición de sus diferentes tipos protozoos, foraminíferos, radiolarios, equinodermos, moluscos y articulados, no se ostenta con la aparente regularidad que acaba de señalarse para los vertebrados, circunstancia que concuerda perfectamente con la dificultad de establecer una verdadera y razonada jerarquía entre ellos, advirtiéndose tantas anomalías aun dentro de cada tipo en la presentación de las diferentes clases, órdenes, familias y demás divisiones de inferior categoría, que aun considerado el asunto en sus grandes delineamientos es harto comprometido aventurar opinión alguna que esté fundada en hechos positivos y bien observados y que no tengan en su contra otros de tanta ó de mayor valía. Un solo ejemplo sacado del tipo molusco, el más importante quizás, bajo el punto de vista de la característica de los terrenos, en razón á su propia abundancia, servirá de confirmación á cuanto acaba de indicarse. Comienza á encontrarse los restos de moluscos, esto es, las conchas, en los niveles más bajos de las formaciones de sedimentos llamadas arcaicas, precediendo á foraminíferos, á equinodermos y á otros tipos que les son inferiores; y hacen su primera aparición, según queda dicho, por los géneros singula y singulilla, como representantes de la clase más inferior entre los moluscos verdaderos, ó sea, la de los braquiopodos. Ahora bien; según el orden de complicación orgánica, debía haberse presentado inmediatamente después la clase de los acéfalos ó lamelibranquios, seguida de los gastrópodos, para completar la serie de las divisiones del tipo los llamados cefalópodos, seres de organización tan superior, que muchos autores los desmembran de los restantes moluscos para colocarlos por encima de los articulados; y sin embargo la cosa no se realizó de esta manera normal y regular como exigía la doctrina de la descendencia, sino que muy pronto, es decir, en los niveles medios del terreno silúrico que es el que sigue al arcaico, preséntanse tantos y tan variados representantes de los cefalópodos, que puede asegurarse haber alcanzado allí el máximo desarrollo, anteponiéndose por supuesto al predominio de gastrópodos y acéfalos que sólo se realiza en los tiempos actuales.

A más de estas aparentes anomalías, el tipo molusco ofrece en el curso de su desenvolvimiento muchos hechos de todo punto inexplicables, cualquiera que sea la teoría que para ello se invente; tal es entre otros, la súbita é inesperada aparición hacia los tiempos medios representados por el terreno cretáceo, del grupo extraño y casi pudiera decirse inarmónico con los restantes moluscos, llamado de los sudistas, el cual aparece sin precedente y desaparece al final de dicho terreno, sin dejar lazo alguno de descendencia con los que le siguen.

Pero prescindiendo de detalles de todo punto inexplicables, y volviendo al asunto principal, debemos declarar muy alto, que merced á los progresos por la historia de la tierra realizados, hánse llegado á formular ciertos principios generales calificados de leyes paleontológicas y mejor aún biológicas, en las cuales se condensa ó sintetiza el saber moderno acerca de la marcha y vicisitudes que experimentaron los seres orgánicos desde que hicieron su primera aparición en la haz de la tierra. En este linaje de disquisiciones, consecuencia natural y legítima del incalculable arsenal que hoy conservan los Museos privados y públicos, lo que desde cincuenta años á esta parte se ha progresado es verdaderamente asombroso, y sin embargo, tocante á la filiación de las especies, á la manera especial cómo se sucedieron unos organismos á otros, estamos hoy por hoy tan á oscuras como respecto al origen misterioso de la vida en el globo. De todos los problemas encomendados á la Paleontología, como la rama más importante de la Biología, existe uno fatalmente condenado, según dice el belga Briart, á no recibir jamás solución plausible, por cuanto hay que renunciar á comprender los misterios de la vida, el más maravilloso cuanto incomprensible de los fenómenos en sentir de Laporta. Y no se crea que esta idea sea moderna, pues los sacerdotes egipcios ya esculpieron en el frontispicio del templo de Isis, personificación de la naturaleza, la siguiente inscripción: «yo soy todo lo que es, todo lo que fué y todo lo que será, pero nadie ha descorrido ó levantado el velo que me cubre.»

No es ciertamente lisonjera la declaración de que en el particular estemos á la misma altura que los hombres que sintetizaban el saber egipcio; verdad es que en muchos otros asuntos no menos trascendentales ocurre lo propio, como por ejemplo, en lo referente al famoso apotegma del templo de Delfos, pues á pesar del tiempo trascurrido, todavía el hombre no ha llegado á cumplir el *nosce te ipsum*, deseo y nobilísima aspiración de la clásica antigüedad, de la que tantos beneficios podría recabar el hombre de hoy preparando el bienestar á las generaciones venideras.

J. VILANOVA.

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR DON JUAN TOMÁS Y SALVANY

(Continuación)

VI.

Al día siguiente, la noticia de lo sucedido la víspera se esparció por todo Alcornocal. Conforme ocurrir suele en tales casos, el suceso, alterado, tergiversado, comentado y referido hasta la saciedad, tomó proporciones gigantescas, alarmantes. Según unos, D. Ramón se hallaba poseído del espíritu maligno y no había quien parara en el palacio; según otros, el primito era un embajador de Satanás, que traía revuelto á todo el pueblo; no faltó quien hubiese visto á toda una legión de diablos saltar de las ventanas traseras de la casa maldita y perderse con infernal estruendo en el fondo del barranco, ni tampoco quien asegurara haber divisado á media noche un escuadrón de brujas montadas en escobas cabalgando en los rayos de la luna. Isidro y sus compañeros contaban á quien lo quería oir que habían presenciado las diabólicas artes del brujo en el desván, que luego éste y el diablo habíanse escurrido juntos por la ventana, evaporándose por ensalmo entre los garrotes con que intentaban aquellos zurrarles la badana. Una tempestad de truenos y granizo, sobrevenida en la misma noche del suceso con gran detrimento de la cosecha, fué achacada por muchos al vengativo influjo de las potencias infernales. Los más creían á puño cerrado estas patrañas; algunos, muy pocos, las negaban rotundamente; estos, sin rechazarlas, las oían con gran reserva; aquellos, al oirlas, se encogían de hombros sin decir malo ni bueno, ni dar á entender lo que opinaban.

Cuando por la tarde los habitantes del palacio salieron á dar el paseo acostumbrado, de los labriegos unos se los comían con los ojos, otros se apartaban instintivamente, sin que ninguno se atreviera á dirigirles la palabra. Durante la noche, medio Alcornocal acudió á la orilla del barranco, ansioso de oir aquellas voces y ruidos extraños, y de presenciar las escenas diabólicas que de aquel paraje se narraban; mas las ventanas permanecieron cerradas, inalterable silencio reinó en torno y la pública curiosidad tuvo que contentarse con un examen minucioso y comentado del almezo, mudo actor y testigo incorruptible de tamañas brujerías. Al propio tiempo unos fuegos errabundos recorrían en todas direcciones las próximas montañas: eran Blas y sus amigos que con teas encendidas, armados de palos, horcas y rastrillos, batían el monte en busca del diablo, semejando ellos mismos otros tantos ejemplares del espíritu maligno á quien buscaban.

Entre tanto, Rosario, sobrecogida aún del susto recibido la víspera, habíase encerrado sola en su habitación, rechazando con energía las reiteradas instancias del gomoso, quien vagaba por las afueras del pueblo, escamado, confuso y dado, en efecto, á todos los diablos. En cuanto á D. Ramón, como hubiese tomado el partido de ir á jugar al tresillo en casa del médico, donde se reunía la plana mayor de Alcornocal, estaba dando un codillo al alcalde en aquel momento.

– ¡Diantre! – profirió la autoridad local; – ¿será cierto lo que cuentan?

– Y ¿qué es ello? – preguntó el señor de Soto.

– ¡Cómo! ¿Lo ignora V.?

– Sí, á fe mía.

– Pues dicen nada menos que es V. brujo.

D. Ramón se sonrió como quien siente lisonjeada su vanidad.

– Cuentan, – terció el maestro de escuela, – que esta noche última ha vomitado V. brujas y demonios por aquellas ventanas.

– Y que V., – añadió el boticario dirigiéndose al albéitar, – está componiendo una sátira contra nuestros sencillos aldeanos.

– ¡Líbreme Dios! – contestó pavoneándose el interpelado, – capaces serían, si tal hiciera, de llevar sus caballerías á mi colega de Peñalta.

– Lo que yo entiendo, – dijo el médico, – es que me veré obligado á someter á un método curativo á medio Alcornocal: están de remate, por lo visto.

– D. Ramón, – repuso el alcalde, – á no ser nuestra antigua amistad y mi respeto á la Constitución vigente, y á que á mí por un oído me entran y por otro me salen ciertas cosas, hoy hubiera V. visto invadida su casa por mi autoridad.

– ¿Con qué motivo, D. Juan?

– Una comisión de alcornocaleños se ha presentado esta mañana en la casa consistorial, con la pretensión de hacerme practicar un registro en el palacio, bajo el pretexto peregrino de que tiene V. pacto con el diablo.

– Esa sí que fué diablura, – observó el maestro de escuela.

– Dicen que todas las noches se encierra V. en un desván donde no entra nadie, ni aun D.ª Rosario, ni don Enrique, el bravo matador de aquella fiera.

– ¿Qué contesta V. á tales acusaciones?

– ¿Tiene V. verdaderamente pacto con el diablo?

– Algo hay de eso, algo hay de eso, – respondió don Ramón.

Todos afectaron tomar á chanza esta contestación, temiendo pasar por zafios si la tomaban en serio; alguno, no obstante, quedó perplejo.

– ¿Quieren Vds. dar otra vuelta? – propuso el doctor.

– Yo no juego con brujos, – contestó el alcalde, riendo.

– Se acabaron las puestas, mejor será dejarlo, – concluyó el albéitar.

– Como Vds. quieran, – dijo D. Ramón, embolsando sus ganancias.

La conversación giró alrededor de duendes, brujas y diablos; se refirieron mil cuentos de aparecidos, á cual más chuscos, en los que siempre el fantasma resultaba un ser grotesco é inofensivo. El mismo D. Ramón refirió uno, cuyo héroe fuera él en un pueblo de la Mancha; habló con tanta naturalidad, hizo tantas y tan oportunas observaciones sobre la tendencia supersticiosa del vulgo, que á ninguno de los presentes le ocurrió dar crédito á las patrañas que en Alcornocal se comentaban.

Al disolverse la reunión, Blas y sus compañeros, con teas, palos, horcas y rastrillos, regresaban de la batida, desalentados y mohinos. Al verlos en tal disposición, se les habían juntado la mayor parte de los labriegos.

– ¿Qué habeis hallado? – les preguntaban, ávidos de curiosidad.

– ¡Nada, nada! – respondieron ellos, – el diablo se ha burlado de nosotros.

Cuando después de haber atravesado la plaza, llegaron á la esquina de la calle Mayor, donde habitaba el médico, los tertulios de este bajaban la escalera. Apenas hubieron llegado al zaguan y puesto el pie en la calle, un labriego vió el primero á D. Ramón detrás del albéitar, entre el boticario y el maestro de escuela.

– ¡Ahí viene, compañeros, ahí viene! – gritó.

– ¿Quién? – preguntaron todos.

– El diablo, es decir, el brujo; donde está el uno no debe andar lejos el otro. ¡Miradlos, allí están!

Una enorme piña de cabezas obstruyó la puerta por donde iban á salir á la calle D. Ramón y sus amigos; un centenar de ojos salvajes, amenazadores, se clavaron en ellos; sobre los ojos alzóse un bosque de palos, horcas y rastrillos.

– ¡El es, ellos son, matarlos! – rugieron otras tantas voces.

Aquella piña humana tomó una actitud tan amenazadora, que los aludidos, faltos de valor para afrontarla, retrocedieron asustados, y subiendo á saltos la escalera, entraron bruscamente en casa del médico. Y aun así lo hubieran pasado mal, perseguidos de cerca por Blas y los suyos, si el alcalde, haciendo de tripas corazón, no se hubiera detenido en lo alto de la escalera y gritado ostentando la vara:

– ¡Atrás! ¡El primero que dé un paso experimentará todo el rigor de la ley que represento!

Aquellos furiosos se detuvieron, sin retroceder, codeándose, cabeceando, agitándose tumultuosamente y cuchicheando como verdaderos poseídos.

– ¡El señor alcalde es compinche del demonio! – decían como energúmenos.

– Lo han embrujado.

– ¿Cómo había de ser si no?

– Pues ¡muera también el señor alcalde!

– ¡Y el maestro de escuela!

– ¡Y el boticario!

– ¡Y el médico y el albéitar!

– ¡Todos son brujos!

– ¡A ellos, y salgan todos por la ventana!

(Continuará)

UN ADEPTO DE VOLTAIRE

I

El año de 1830 corría para unos, y para otros íbase deslizando lentamente. Reinaba la Majestad de Fernando VII, y era la época feliz en que España estaba todavía en el limbo, en que los religiosos dormian tranquilamente en sus conventos y los voluntarios realistas en sus cuarteles, cuando la política yacía en calma, por más que en el lejano horizonte se diseñasen vagamente los nubarrones de la guerra civil, la administración estaba encauzada, y la prensa trabajaba poco, como conviene en un país meridional.

© Biblioteca Nacional de España

No obstante, había conatos escénicos y literarios. Algunos aficionados á la poesía recitaban los versos de Arriaza; en el teatro del Príncipe se puso en escena una tragedia titulada «Blanca de Moncasín,» tan conmovedora que

Lloraban de dolor hasta las mulas
De los coches que estaban á la puerta.

Don Lucas Alemán y Aguado publicaba sus folletos satíricos y *costeaba la edición*, el poeta Rabadán era condecorado en Filfa por el Emperador de Rusia y se traducían algunas tragedias francesas tan concienzudamente como se deduce del siguiente diálogo:

PERRO ¡Dichoso el que consigue,
querida Hermione bella,
la dicha de miraros
tan hermosa...
HERMIONE Señor, tened la lengua,
yo sé que siempre á Perro
le he parecido fea;
si es que buscáis á Andrómaca
se equivocó sin duda vuestra Alteza.

Habíase suprimido el tribunal de la Inquisición, pero como todavía se creía en Dios, en el Rey, en el diablo, en los íncubos y en los súcubos, aun se exorcizaba en las iglesias, especialmente á las manolas en cuyos cuerpos se metía el demonio con una frecuencia satánica ¡Las manolas! ¡Ah! comprendo la predilección del príncipe de las tinieblas! Desgraciadamente ya no existe tan respetable y encantadora clase de mujeres; el sombrero gabacho, las monteras murcianas y los velos de ilusión, han sustituido á aquellas mantillas con franja de velludo; en lugar de la corta y pomposa falda, se ven por todas partes faldas largas y escurridas, y en vez de admirar el zapatito español con las provocativas *galgas*, nos encontramos con epicenos zapatos rusos.

¡Dichosos tiempos en que había manolas!

II

En aquella época, la Universidad existente hoy en Madrid, estaba establecida en la ciudad de Toledo, y en ella cursaba leyes un joven estudiante llamado Damián, hijo de un rico covachuelista, no de las gradas de San Felipe, sino del ministerio de Estado. Tenía Damián veintidos años, buena figura, carácter alegre y despejo nada común. Era *sprit fort*, cosa rara en aquellos tiempos, en que los enciclopedistas apenas habían podido trasponer el Pirineo; no obstante, nuestro joven leía á hurtadillas el *Contrato Social* de Rousseau y el *Cándido* de Voltaire, sus dos libros predilectos.

Romántico y escéptico quizá presentía á Víctor Hugo y á Suñer y Capdevila; así es que se mofaba de todo lo más sagrado que había entonces. Decía, por ejemplo, que la catedral de Toledo era un palomar lleno de monos; San Juan de los Reyes, un presidio real y póstumo, en el que no faltaban ni aun las cadenas, y Santa María la Blanca, un buen local para establecer una cantina de arrieros. Pero *magüer* incrédulo y refractario á toda idea de vasallaje, el joven estudiante habíase rendido al imperio del amor, y amaba con buen fin á la hija de un *indiano*, el cual, hecha la fortuna en Indias, había venido á establecerse en Toledo su ciudad natal.

Don Celedonio el indiano, y el padre de Damián, eran antiguos amigos y habían convenido en que sus dos respectivos vástagos se unirían en lazo matrimonial, no bien el estudiante hubiese acabado su carrera.

Todos los días, después de salir de clase, Damián hacía una breve visita á su adorada y por la noche asistía á la tertulia del indiano, tertulia sin pretensiones, en la que sólo se reunían algunos vecinos del barrio.

III

Una noche en la tertulia de D. Celedonio se habló mucho del Alma en Pena, especie de fantasma nocturno que vagaba entre las tinieblas, haciendo cosas inauditas; porque en aquel tiempo se creía más en las almas en pena que ahora en la infalibilidad del Papa. Un vecino de la Plaza del Ayuntamiento, una madrugada, había visto un espectro blanco y gigantesco, repicar furiosamente las campanas de la Catedral. Un labrador que volvía del campo á la hora del crepúsculo vespertino, vió también una sombra negra y pigmea, trepando por la fachada de San Juan de los Reyes, haciendo sonar las cadenas en ella colgadas; y finalmente, y esto es lo más grave, hallándose reunido el Cabildo en la Capilla del Condestable, vióse cruzar una especie de meteoro que apagó instantáneamente todos los cirios que ardían en el templo.

Unos sostenían que el alma en pena iba envuelta en un inmenso sudario blanco, otros afirmaban que se aparecía bajo la forma de un enano gris; pero todos convenían en que el fantasma arrastraba una larga y sonora cadena.

Se decía que era el alma de un presidiario inocente, muerto en presidio; el espíritu de uno de aquellos realistas furibundos que, abolida la Constitución, pedían á voz y en grito: *¡Las cadenas!*

IV

Damián el estudiante, como *sprit fort*, se burlaba de todas estas cosas, y una noche en que, según he dicho, se había hablado en la tertulia del indiano del alma en pena, dadas las diez, el escéptico joven salió de la casa de su futuro papá político y encaminóse hacia la suya, lamentándose en sus adentros del deplorable estado intelectual de España.

ABANDONADA, reproducción fotográfica del natural por M. Wilson.

DESPUÉS DE LA NEVADA, reproducción fotográfica del natural por M. Wilson.

Toledo es la ciudad de los callejones; en aquella época no había alumbrado público, y á hora tan avanzada los habitantes de la ciudad imperial hallábanse recogidos en sus viviendas.

Caminaba, pues, Damián, entre la soledad y entre la sombra subiendo por la calle de la Catedral. Al trasponer una callejuela, oyó un ruido extraño, semejante al producido por una cadena arrastrando.

Paróse sorprendido, miró hacia atrás; pero en lo que alcanzaba la vista, nada vió.

El ruido había cesado.

El joven supuso que algún labrador en el zaguán de su casa, estaría arreglando los útiles de la labor; y siguió tranquilamente su camino.

V

No bien hubo andado un corto trecho, el ruido metálico volvió á sonar.

Detúvose el estudiante, y todo quedó en silencio.

Aquello era algo incomprensible.

La noche, noche de noviembre, estaba oscura y fría. Damián que iba envuelto en su capa, llevaba un bastón de estoque y una pistola en el bolsillo; no temía á los muertos, pero recelaba de los vivos.

Anduvo unos cuantos pasos, y el ruido volvió á producirse. Retrocedió hasta la esquina de una calle que había dejado atrás, y entonces oyó el ruido del metal arrastrando que se alejaba por la mencionada calle.

Y lo más extraño era que no se veía ni el menor bulto, no se oía el más ligero rumor de pisadas.

Damián se animó á sí propio. Era valiente, despreocupado, no bebía más que agua, la noche anterior había dormido perfectamente; no podía, pues, achacar á lucubraciones de la imaginación aquel extraño incidente. Creer en la existencia del alma en pena era como pensar en las Batuecas; pero indudablemente alguno le seguía.

Entonces pensó en D. Remigio, un boticario andaluz tertuliano de D. Celedonio, y supuso que aquél le estaba dando una broma.

—Si es así,—pensó el joven,—cara le va á costar.

Y desembozándose y amartillando la pistola, entróse apresuradamente por la calle, pero... ¡oh, asombro! el ruido continuaba sonando, no ya en el suelo, sino en lo alto, chocando con las tejas de los edificios.

Cesaba á intervalos y volvía á producirse, unas veces delante y otras detrás del joven estudiante.

Este comenzaba á preocuparse seriamente, porque no podía admitir la suposición de que un boticario viejo y rechoncho trepase hasta los tejados de las casas.

Sin querer, pensaba en el alma en pena que subía á la torre de la Catedral y á la fachada de San Juan de los Reyes, arrastrando una larga y sonora cadena.

Inquieto, excitados sus nervios, parándose á trechos y mirando hacia los tejados, dispuesto á descerrajar un tiro al primer bulto que se presentara, Damián continuó andando, oyendo siempre el extraño ruido, unas veces en lo alto y otras sobre el empedrado de las calles.

Aquello era demasiado aun para un joven escéptico.

VI

Llegó á su casa sudando aunque hacía bastante frío. Llevaba una doble llave que le daba acceso hasta su habitación.

Abrió la puerta de la calle, mirando por última vez hacia todos lados, y subió á su cuarto en un estado de excitación difícil de expresar.

Todos dormían en la casa. Damián tomó un velón que encendido le dejaban, se cercioró de que el balcón de su cuarto que daba á un patio estaba cerrado, y desnudándose lentamente, se acostó.

No podía conciliar el sueño. Su extraña aventura bullía en su imaginación.

Trascurrió un rato; el joven iba tranquilizándose poco

© Biblioteca Nacional de España

á poco, cuando de repente volvió á oir el ruido perseguidor, que parecía sonar en el balcón de su cuarto.

Prestó oído atento incorporándose en la cama y entonces ¡oh, prodigio! percibió un rumor como de manos que golpeaban los cristales y gritos estridentes y agudos. Damián, con un postrer esfuerzo de voluntad, dominó su espanto, tomó su pistola y abrió el balcón.

En el balcón no había nadie.

Entonces volvió á cerrarle y se tendió en su cama exclamando:

—¡Será verdad! ¡Hay otras cosas superiores á la naturaleza humana! ¡Voltaire y yo seremos un par de animales!

VII

Al día siguiente se levantó muy temprano, quemó en el hogar de la cocina el *Contrato Social* de Rousseau y el *Cándido* de Voltaire; y en vez de ir á la clase, encaminóse á la Catedral, en la que durante un buen rato, trató de recordar las oraciones que de niño habíale enseñado su madre.

Después fué á hacer su visita matinal á su prometida.

Esta, que le recibió en el zaguán de su casa, estaba muy preocupada.

—¿Qué tienes? —preguntóla Damián.

—Un disgusto. Oscar se escapó anoche sin duda al salir la tertulia.

—¿Oscar, el mono?

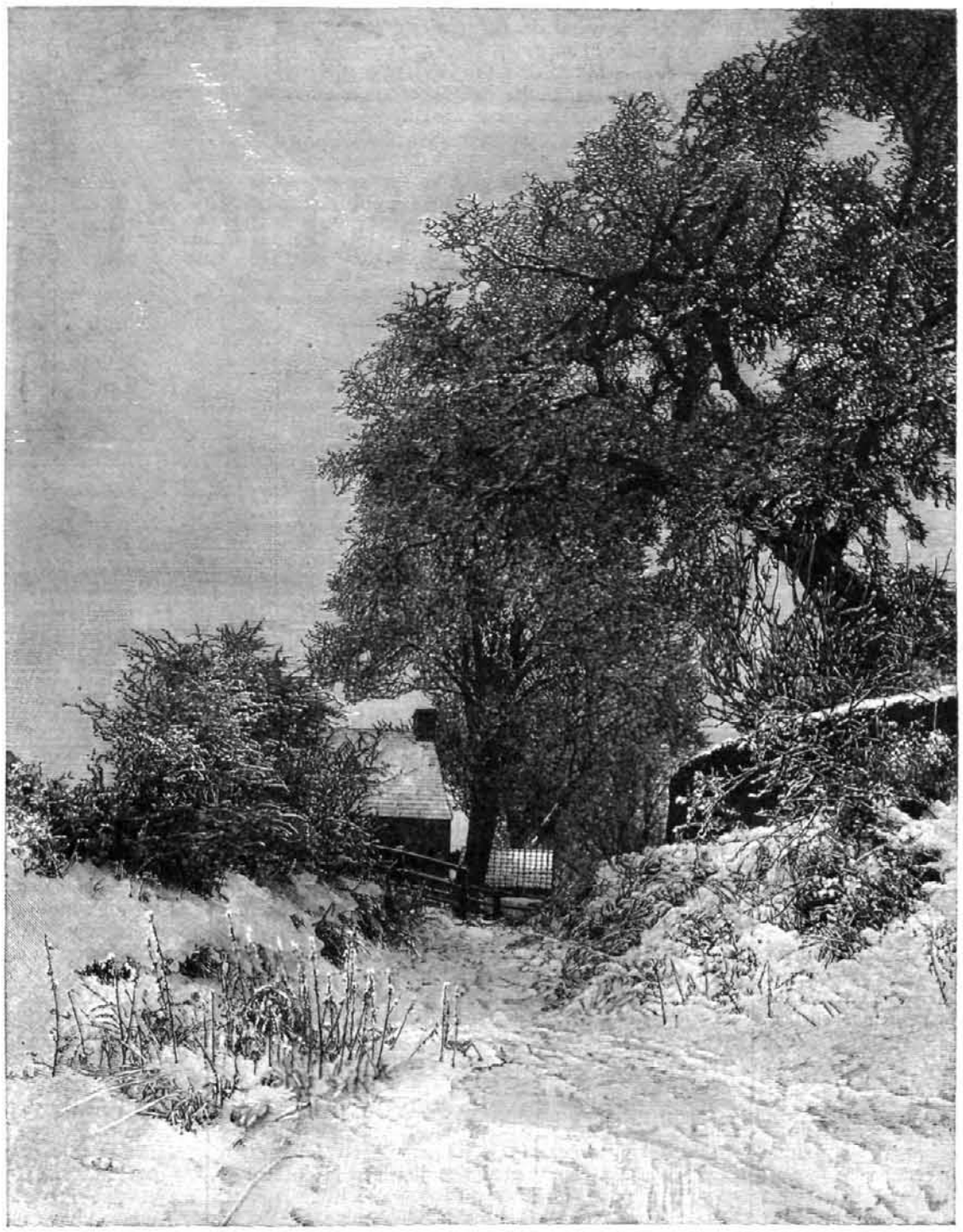
—Sí, y no parece. Papá lo siente mucho.

Damián dejóse caer sobre una silla.

Todo estaba explicado; el alma en pena era el mono de D. Celedonio.

Porque D. Celedonio, como todo indiano que se respeta, tenía un mico y un papagayo.

JAIME MARTÍ-MIQUEL



EL SILENCIO DE LA NATURALEZA, reproducción fotográfica del natural por M. Wilson.

CLARIDADES PULPITABLES

(Conclusión)

Conocida es en general la actitud manifestada por el P. Isla en su invectiva contra los malos predicadores, al escribir su *Fray Gerundio de Campazas:* ¡lástima, que él mismo no hubiera podido sustraerse siempre en sus sermones al pernicioso influjo de los aires tan pestilentes que corrían por aquel entonces en las regiones de la Oratoria sagrada de España, y aún de otros países! Con sobrada razón, pues, aunque sea triste confesarlo, decía Fléchier que se divertía leyendo á la mayor parte de los predicadores italianos y españoles de su época, á los que llamaba *sus bufones*. Sea como quiera, en todos los países del mundo ha padecido eclipses este ramo tan importante de la Literatura; y si bien no hay nación alguna que puede jactarse de ostentar tantos y tan buenos modelos de Oratoria sagrada como Francia, tampoco deja de presentarnos algunos ejemplos, aunque en menor número, dignos, cuando menos, de conmiseración, ya que se trata de asunto tan respetable para poder excitar á risa. Pero volvamos al P. Isla.

El año de 1737 predicó este ilustre jesuíta en Santiago de Galicia varias pláticas acerca del 7.° mandamiento de la ley de Dios, y en la 7.ª de ellas dijo, entre otras *claridades*, las siguientes, aludiendo á que «los consentidores, esto es, los electores, los apresenteros, los vocales, los examinadores, y cualesquiera otras personas cuya aprobación, cuyo voto, ó cuyo consentimiento sea necesario para alguna elección ó nombramiento, quedan obligados á la restitución de los daños que ocasionare el indigno á quien promueven, y de los que resultaren al benemérito que excluyen, con tal que con su consentimiento, aprobación ó voto hayan sido causa de esta elección:»

»... fué muy discreto y muy justificado el cargo que hizo á Don Pedro, rey de Castilla, un cortesano. Alcanzaba éste al Rey en gran cantidad de maravedises por una administración que había tenido. Mandáronle presentar las cuentas, y en ellas había esta partida: *Item, me debe el Rey 30.000 maravedís, que injustamente me llevó el Alcalde de Medina.* Tildaron los Contadores Reales esta partida, y añadieron al margen esta nota: *Si el Alcalde lo hurtó, el Alcalde lo pague.* Pero el cortesano la corrigió de esta manera: *Si el Alcalde lo hurtó, páguelo el Rey, que le hizo alcalde.*»

Si de cuantos desafueros, injusticias y tropelías como cometen muchos elegidos se hiciera responsables en su día á todos y cada uno de los electores, menos votos, y aun botas, andarían de mano en mano por esos mundos de Dios. Esto no lo dijo el P. Isla; pero lo digo yo. Lo que sí siguió diciendo algunos párrafos después aquel ilustre literato, es lo que copio á continuación, en donde se verá un cuadro bastante bien trazado de lo que es el *Adulador.*

«Aduladores (dice) son todos aquellos que, precisados á dar su voto, á decir su parecer ó su dictamen, no atienden á Dios y á la conciencia, sino precisamente al gusto y la inclinación, ó al interés del que los consulta. Aduladores son los que no hablan con toda *claridad* y con todo desengaño, á los príncipes, en los gabinetes, á los jueces, en los tribunales, á los auditorios, desde los púlpitos, y á las conciencias, en los confesonarios. Aduladores son y perniciosísimos aduladores, los que truecan los nombres á las cosas, dando el título de virtudes á los que son perniciosísimos vicios, los que á la prodigalidad llaman bizarría, á la avaricia, gobierno, á la ambición, generosidad, á la torpeza, cortesanía, á la obstinación, constancia y fortaleza... Aduladores son los que al atrevido le llaman valiente, al vengativo, puntoso, al enredador (ó, como vosotros decís, al *argallador)* (1), ingenioso, al ladrón, sagaz, al caviloso, prudente. Adulador es, en fin, el amigo que, precisado de la verdad, ó de la caridad, disculpa á su amigo de lo que justamente le notan; adulador, el padre que disimula á la mujer ó á los hijos lo que justamente los censuran; adulador, el confesor que con toda claridad no desengaña al penitente de lo que con razón le murmuran, y de lo que absolutamente le conviene.»

Más conforme estoy yo con las anteriores palabras de Isla, que con las que dirigió en Francia al rey el célebre predicador Mascarón cuando le dijo un día desde el púlpito: «Señor, si el respeto que os tengo no me permite decir la verdad sino encubierta, preciso es que con vuestra discreción supláis el arrojo que me falta.» Pero ¿á qué semejante cobardía? á qué exponerse á tener que pronunciar en el gran día de la rendición de cuentas aquello de Isaías: «¡Ay de mí, porque callé! Y si el decir las verdades *claras*, desnudas y sin circunloquios, es género de ilícito comercio en el de la sociedad, supuesto el amargor que en sí llevan, ¿qué paraje es el que queda donde puedan decirse?...

Por lo que á nuestra lengua atañe, y por si alguien tuviera reparos en decir *claridades* desde ese lugar sagrado, cese desde luego la perniciosa creencia á que haya podido dar lugar el Diccionario de la Academia con su errónea definición, como hicimos ver á nuestros lectores en un principio; no confundamos lo que es *claridad* con lo que es *fresca*, y mucho menos con lo que es *desvergüenza;* en suma, conste que, siendo *claridad* sinónimo riguroso de *verdad*, en la acepción que fundadamente le reconoce nuestra Academia á este último término cuando dice que es «expresión *clara*, sin rebozo ni lisonja, con que á uno se le corrige ó reprende, y que se usa frecuentemente en plural,» debe desaparecer desde luego, del vocablo que nos ocupa, toda nota desfavorable ó injuriosa en cierta manera.

Y antes de acabar, permítaseme que dé la última brochada á este tosco cuadro.

Si bien no debemos confundir lo que es *claridad* con lo que es *fresca*, y mucho menos con lo que es *desvergüenza*, tampoco debemos confundirla con lo que podríamos llamar *inconveniencia*, por cuanto no sería *conveniente* ó *decente* el tratar ciertos asuntos, ó el tratarlos de cierta manera menos respetuosa, aun cuando intrínsecamente buenos, en la cátedra del Espíritu Santo. Dos ejemplos me saldrán fiadores del principio que acabo de sentar.

En una obra que se imprimió en Alcalá de Henares el año de 1592, cuyo título es *Lugares comunes*, etc., *de grande utilidad para todos los estados, especial para Predicadores, Curas y Prelados*, su autor Fr. Francisco Ortiz Luzio, predicador de la Provincia de Castilla, de la Observancia de San Francisco, se lee al folio 172 lo si guiente:

«Antiguamente los sacó de Egipto (á los hombres), y los llevó al desierto, y los sentó á su mesa, y les dió manjar de ángeles; y fué tal el gusto que allí recibieron, que cuando la Escritura quería dar á entender un consuelo grande, decía que había de ser el del desierto, donde les dió el maná... en desierto donde no había molinos, ni qué moler, ni agua. Y, qué consuelo hubo allí? No lo recibió el pueblo jamás como entonces, que tuvo agua de la piedra, dulce como almíbar, y pan celestial que sabía á todo lo que deseaban. Tenía un hombre deseo de comer guindas de Egipto, que deseaba, y perdices, y sabíale á guindas y á perdices, y decía: ¿Qué es esto que sabe á perdiz, y no es perdiz? Y dijo Moisés que era pan de ángeles; porque los justos como Moisés saben bien los dones de Dios. ¡Oh! que es pan del cielo, hecho á la condición del cielo, una representación del cielo, y de lo que los ángeles comen. ¿Qué cosa es cielo? Que allí tenéis todo lo que deseáis. ¿Sois amigo de comer un pavo? Pues ese gusto ternéis, viendo á Dios, y más perfecto. Ese es cielo, y no hay más cielo; y por eso dice que tenía todo deleite en sí mismo,» etc.

Veamos el otro ejemplo.

En cierto discurso predicado en las Honras de Cervantes pocos años há, y que anda en letras de molde, se dijo á vueltas de otras cuantas inocentadas, que «Todavía anda en manos de los literatos un célebre poema de gran mérito en la versificación y en su artificio, en el cual una mujer medio casta y medio disipada anda por los aires en su hipogrifo, y un hombre enloquecido arranca pinos de cien años cual si fueran espárragos, y los parte con su hoja de acero cual si fueran requesón.» La trivialidad de estos dos términos de comparación no puede menos de causar náuseas á cualquier persona que tenga el paladar un si es no es delicado en achaque de gusto literario.

No veríamos el fin á estos apuntes, si fuéramos á traer aquí á colación cuantos pasajes de este género tenemos á la vista, incluso uno de San Vicente Ferrer sobre el débito conyugal que se lee en su sermón del Bautista, y en el cual resalta el realismo más puro en todo su esplendor: ignoro si la candidez ó buena fe que al pueblo se le atribuye en aquella época podría soportar *claridades* tan desnudas en el púlpito; lo que sí sé es, que la malicia de hoy no permite que se pronuncien en tan sagrado lugar.

JOSÉ MARÍA SBARBI

(1) Como el orador dirigía la palabra á gallegos, emplea aquí un término propio del dialecto de éstos para ser mejor comprendido.

Cuveiro Piñol define al *argallador* por los términos siguientes: «El que habla mucho y sin tino, mintiendo á diestro y siniestro.»

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

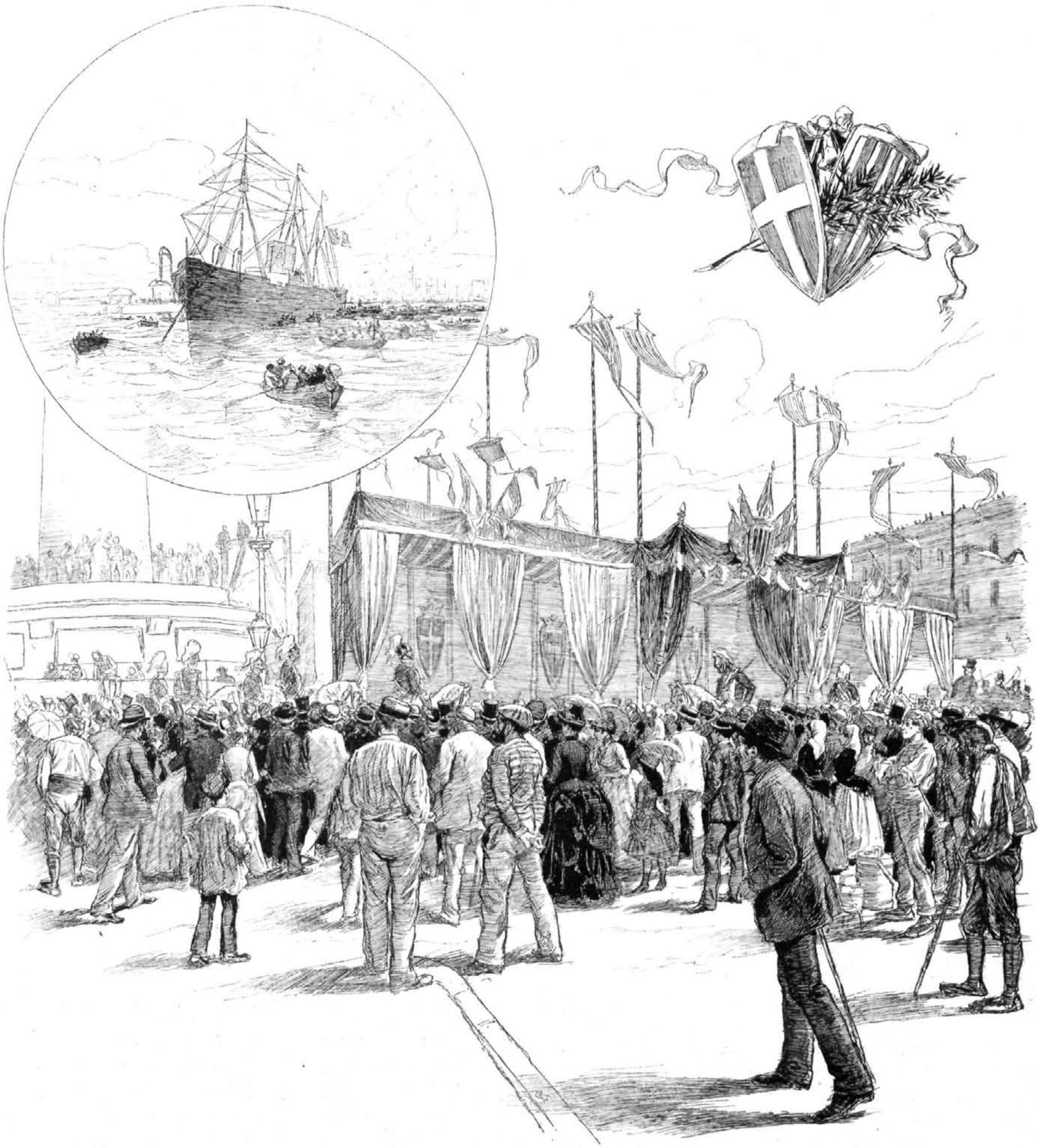
© Biblioteca Nacional de España

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 20 DE SETIEMBRE DE 1886 — NUM. 247

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LOS PERIODISTAS ITALIANOS EN BARCELONA



EL VAPOR «NORD-AMÉRICA» EN EL PUERTO DE BARCELONA

Recepción al saltar en tierra, en el pabellón levantado junto al desembarcadero de la Paz, dibujo de J. L. Pellicer

© Biblioteca Nacional de España

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*Los periodistas italianos en Barcelona.*—*El brujo de Alcornocal* (continuación), por don Juan Tomás Salvany.—*Las medallas de la creación*, por don Juan Vilanova.—*El dogal de piedra*, por don Luis Carrillo.—*Un invento prodigioso*, por el Doctor Hispanus.

GRABADOS.—*Recepción al saltar en tierra, en el pabellón levantado junto al desembarcadero de la Paz*, dibujo de J. L. Pellicer.—*Estudiantes de geología*, dibujo de Percy Tarrant.—*La fiesta de las flores en Venecia*, cuadro de A. Opolli.—*Expedición á Vallvidrera*, dibujo de J. L. Pellicer.—*En el café del Circo ecuestre*, dibujo de J. L. Pellicer.—*Suplemento Artístico: El banquete de Herodes*, cuadro de P. Rubens.

NUESTROS GRABADOS

ESTUDIANTES DE GEOLOGÍA, dibujo de Percy Tarrant

A cuantos examinen este intencionado dibujo, les propondríamos este sencillo problema: Dado el sitio, la serenidad de la atmósfera, las frescas brisas que del mar soplan, la soledad, y la diferencia de sexo de ambos estudiantes, ¿qué resultará al fin del curso? Nosotros creemos que en vez de un conocimiento profundo de la estructura de las rocas, de la composición del terreno, y de las diferentes capas de la corteza terrestre, nuestros dos estudiantes lo habrán trabado con la vicaría, y que en vez de examinarse de una asignatura, se habrán examinado de doctrina cristiana, y recibido la bendición nupcial, como remate y fin de sus excursiones científicas.

LA FIESTA DE LAS FLORES EN VENECIA, cuadro de A. Opolli

Esta obra de arte no puede apreciarse debidamente por medio del grabado, que nunca podrá reproducir dos cosas características en Venecia, la luz de su cielo y el color de sus palacios. La fiesta de las flores es una costumbre poética, galante, propia de un pueblo que, embriagado por los aromas del Lido, perdió su antigua virilidad y arrió la bandera de la República ante Napoleón primero y ante los austriacos más tarde. No hay, pues, que criticar el asunto: flores y Venecia son dos cosas que casan perfectamente.

No nos parece tan acertada la época en que se supone la escena: los trajes de últimos del pasado siglo y principios del presente, llamados vulgarmente casacones, no armonizan con el carácter especial de la arquitectura veneciana, que en todo y por todo recuerda la Edad Media. Por de contado que en Venecia se ha vestido como en el resto de Europa y que la escena pintada por Opolli lo mismo pudo haber tenido lugar á fines del siglo XVIII que á fines del siglo XV; mas á pesar de todo, los figurones del cuadro desentonan de la decoración, y pudiendo el artista escoger la época hubiera sido preferible elegir otra más remota, otra en que la poesía de la localidad y la de la fiesta descrita no hubieran puesto tan de relieve lo horrible de esos trajes, casi tan horribles como los trajes al uso del día. Conste, por lo tanto, que de este cuadro nos quedamos con las piedras y prestamos las figuras á quien las apropíe más á la idea que tenemos formada de Venecia y de los venecianos.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

BANQUETE DE HERODES, cuadro de P. Rubens

Este cuadro forma parte de la rica colección de cuadros que Hermann Linden posee en Nueva York. Es una de las obras más notables de Rubens, tanto por su carácter dramático como por la armonía del colorido. La figura de más efecto es la de Herodes que sombrío, lívido y horrorizado, estrujando con la mano izquierda convulsivamente el mantel, contempla inmóvil la cabeza de San Juan Bautista que su hija Salomé le presenta en una fuente con la mayor tranquilidad y hasta manifestándose sorprendida de la impresión que causa á su padre la vista del sangriento despojo. La colocación profundamente estudiada, correcta y armoniosa, de todas las figuras y grupos revela el genio y la experiencia de Rubens, cuyo sello peculiar se ve impreso en cada pincelada del cuadro en el cual no trabajó, sin duda alguna, ninguno de sus discípulos. Es de presumir que el gran maestro pintó este lienzo poco después de su casamiento, en 1630, con su segunda esposa, la bella Elena Fourment, puesto que la cabeza de Herodías, esposa de Herodes, es su retrato, del propio modo que la de este último es el retrato del mismo Rubens, vestido á la moda española de su tiempo. Entre los comensales vemos los retratos de Pablo Veronese, á la izquierda, y á su lado al Tiziano; sigue luego mirando á los dos, Miguel Angel señalando con el dedo á Rubens ó sea á Herodes. En medio de todo el grupo de comensales está Rafael con la barba corta como lo representa el grabado de Bonasone. Su vecino inmediato es Palma el Vecchio con la cabeza y barba blancas, ostentando la cadena de oro sobre su capa con valona de piel, conforme está representado en casi todos los retratos más antiguos. Completa el grupo de pintores célebres el Vasari, el biógrafo de los maestros italianos. Toda la parte central, la izquierda, el primer término y el fondo del cuadro son de estilo italiano puro, mientras la parte derecha lleva tanto en su composición como en el colorido todos los rasgos característicos de la escuela flamenca.

Respecto de la historia de esta obra, añadiremos que poco después de haber salido de manos del maestro pasó á formar parte de la colección de Milich en Nuremberg, una de las mejores de aquella época. En 1675, es decir, treinta y cinco años después de la muerte de Rubens, figura ya entre los lienzos «escogidos» de la galería de Sybrecht de Amsterdam. De allí pasó á Inglaterra á la colección de una de las familias más opulentas de aquel país, donde adquirió grandísima fama. Un descendiente de esta familia cuya fortuna había menguado mucho, se embarcó con el cuadro para los Estados Unidos de América, donde le compró por 100,000 pesos una compañía formada expresamente para enseñarlo en todas las ciudades de la Unión. Concluída esta excursión, pasó el lienzo á ser propiedad de uno de los individuos de esta sociedad, del cual lo adquirió Hermann Linden.

LOS PERIODISTAS ITALIANOS EN BARCELONA

La índole especial de nuestro periódico no nos ha permitido ocuparnos con la debida oportunidad de la llegada á nuestra capital, á fines del pasado agosto, de una numerosa comisión de representantes de la prensa italiana, sobre cuya breve estancia en ella han dado los necesarios detalles los periódicos diarios de Barcelona.

Pero merced á ese mismo carácter, propio de las publicaciones ilustradas, podemos hoy representar en las páginas de la nuestra algunos de los episodios que han marcado la visita de tan simpáticos huéspedes; y el experto lápiz de nuestro director artístico, el conocido pintor y dibujante Sr. Pellicer, da en el presente número á los abonados de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA una idea de algunos de los festejos que en Barcelona se han improvisado para obsequiarles.

Teniéndose noticia con muy contados días de anticipación de la visita que los periodistas de Italia se proponían hacernos, galantemente invitados al efecto por el marqués Durazzo, que puso á su disposición el magnífico vapor trasatlántico *Nord-América* del que es armador, el Ayuntamiento, la colonia italiana, la Junta directiva de la Exposición universal, el Fomento del Trabajo nacional y diez y siete representantes de otros tantos periódicos diarios ó semanales de Barcelona organizaron una serie de obsequios, á fin de recibir con la cortesía y cordialidad propias de este suelo, á tan distinguidos viajeros.

Llegado el jueves 26 de agosto el buque que los conducía, encaminóse al desembarcadero de la Paz en elegantes carretelas una numerosa comitiva encargada de darles la bienvenida; y apeándose cuantos la componían en un vistoso pabellón levantado en pocas horas junto al monumento de Colón, pasó inmediatamente á bordo una comisión de representantes de la colonia italiana y de la prensa periódica.

Desde el momento en que esta comisión puso el pie en las lujosas cámaras del *Nord-América*, estableciose entre ella y los recién llegados una corriente de sincera simpatía que fué creciendo en intensidad hasta convertirse, durante los breves días que junto á nosotros han pasado los periodistas italianos, en fraternal cariño, tan franco y tan leal como dignos de él se han mostrado en palabras y acciones los ilustrados huéspedes que nos han honrado con su visita, y que en número de sesenta y dos, representaban otros tantos periódicos de casi todas las provincias de Italia.

Una vez desembarcados, á los entusiastas gritos de ¡Viva Italia! ¡Viva España! lanzados por los circunstantes y por los recién llegados, el Excmo. Sr. Alcalde de Barcelona les dió la bienvenida, en nombre de la ciudad que representa, en el susodicho pabellón, contestándole el diputado-periodista Sr. Felice Cavallotti, en un improvisado discurso que, á pesar de su brevedad, demostró desde luego las innegables cualidades, no sólo de discreto orador, sino de inspirado poeta de que el Sr. Cavallotti está dotado.

Terminada esta corta ceremonia, tanto los recién llegados como las comisiones que habían acudido á recibirlos tomaron asiento en las mismas carretelas, dando un largo paseo por los principales puntos de la ciudad hasta dejar á los primeros en la fonda de las Cuatro Naciones, en donde se han hospedado.

Por la noche la colonia italiana celebró en su obsequio un suntuoso banquete, en los salones del Fomento del Trabajo nacional, galantemente cedidos á este fin por su Junta directiva y adornados é iluminados con tanto gusto como profusión; en cuyo banquete se inició la serie de brindis continuada en los celebrados en los siguientes días y en los que todos los oradores, así italianos como españoles, han emitido bellísimos y oportunos conceptos, entusiastas frases de fraternidad entre Italia y España, expresiones de cordial y no estudiada galantería, y fervientes votos de paz y bienandanza para entrambas naciones, unidas por tantos y tan estrechos vínculos históricos, de afinidad y de raza.

Al siguiente día tuvo lugar la inauguración del pabellón destinado á la prensa en los terrenos de la futura Exposición universal, inauguración que la Junta directiva de la misma había tenido la galantería de aplazar para aquel día con objeto de que á ella asistiesen los representantes de la prensa de ambas naciones; y no contenta dicha Junta con esto, los invitó á participar de un delicado banquete, en el que reinó la misma cordialidad que en el del día anterior, pasando inmediatamente los convidados á visitar los edificios en construcción y luego á recorrer los jardines del inmediato Parque, los cuales, así como su soberbia y monumental cascada, fueron objeto de lisonjeras alabanzas por parte de nuestros amables huéspedes.

Al otro día, fué nuestro municipio el digno anfitrión de éstos. Sólo los muchos elementos con que Barcelona cuenta para improvisar en pocas horas cualquier festejo que no desmerezca de su proverbial esplendidez, unidos á la inteligencia y práctica de los encargados de realizarlo, pudieron convertir en brevísimo espacio de tiempo el espacioso Salón de Ciento de la Casa Consistorial en sorprendente jardín que no compararemos con los famosos de las *Mil y una noches* por lo vulgar del símil, pero que dejó admirados á cuantos tuvieron ocasión de contemplarlo, mereciendo generales plácemes la pericia, el buen gusto y el arte con que el hábil jardinero Sr. Oliva adornó dicho salón. En aquel anchuroso recinto los periodistas italianos así como varias comisiones del Ayuntamiento, del Fomento del Trabajo nacional, de la colonia italiana presidida por el Sr. Cónsul de Italia, de la Junta de la Exposición y de la prensa barcelonesa, participaron del escogido *lunch* con que nuestro municipio obsequió á los primeros, mientras, oculto entre el frondoso ramaje del *parterre* situado en el fondo del salón, un cuarteto ejecutaba con consumada maestría diferentes piezas musicales.

Es de advertir que antes de pasar los convidados al salón de Ciento, la banda de música del municipio acompañada de 200 coristas pertenecientes á cuatro sociedades corales que ostentaban sus ricos y vistosos pendones, dió en honor de los periodistas italianos una serenata, en la que se ejecutaron entre otras piezas el bélico rigodón titulado *Los nets dels almugávers* y el himno *Gloria á España*, ambos del malogrado Clavé.

Las marciales notas del popular rigodón, una de cuyas partes fué acompañada del obligado estampido de numerosos petardos; los majestuosos compases del himno; la bien entendida combinación de los acordes de los instrumentos y de las voces humanas; la iluminación eléctrica de la espaciosa plaza de la Constitución, en donde tenía lugar el concierto, unida á la de las luces de bengala que en un momento dado brillaron con profusión en todos los ámbitos de aquella; la compacta masa de personas que en número de 15 á 20,000 se apiñaban en torno de los ejecutantes, y por fin la animación que allí reinaba, todo esto causó tal impresión y tan grande entusiasmo en los periodistas italianos que agitando sus pañuelos prorrumpieron desde el balcón principal de las Casas Consistoriales en calurosos gritos de ¡Viva España! gritos que fueron contestados con los de ¡Viva Italia! lanzados por los millares de personas que ocupaban la plaza, y que á su vez agitaban sus pañuelos ó sombreros, produciendo todo este conjunto un efecto de tan imperecedero recuerdo como imposible de comprender sino presenciándolo.

La jira campestre con que los periodistas españoles brindaron á sus colegas de Italia se celebró al día siguiente. A las diez de la mañana partieron los expedicionarios en diez y siete breaks tirados cada uno por tres caballos en dirección de las pintorescas alturas de Vallvidrera. Al pasar por delante del Circo ecuestre, se apearon todos para aceptar el galante refresco con que obsequiaban á sus compatriotas los obreros italianos que, en su modesta esfera, quisieron ofrecerles una muestra de cariñosa simpatía, tan digna de ser acogida en gracia de la buena voluntad que la inspiraba, y de los laboriosos y honrados individuos que la ofrecían, como si fuese el festín más opíparo. En el grabado de la última página ha representado el Sr. Pellicer el momento en que el diputado Cavallotti, presidente de la comisión de la prensa italiana, dirige á sus compatriotas su elocuente palabra, dándoles gracias por su delicado obsequio, y exhortándoles á que continúen siempre, como hasta aquí, representando dignamente á su patria en país extraño y á que estrechen más, si cabe, los vínculos que con los españoles los unen.

Emprendida de nuevo la marcha, empezóse el ascenso á la inmediata montaña hasta llegar á la plaza Mayor de Vallvidrera, arrostrando el polvo del camino y los cálidos rayos de un sol canicular con ese buen humor y esa jovialidad propios de los hijos de los países meridionales, y más especialmente de cuantos al periodismo consagran sus tareas. Otro de nuestros grabados representa esta expedición. Ya en dicha plaza, se dejaron los carruajes para emprender animosamente á pie la subida hasta la cumbre del monte Tibidabo, desde la cual contemplaron nuestros huéspedes un bellísimo y dilatado panorama, cuya vista les dejó gratamente impresionados, con tanto mayor motivo, cuanto que á muchos de ellos les recordaba el que ofrece la risueña bahía de Nápoles.

Después de permanecer algún tiempo embebidos los expedicionarios en dicha contemplación, mientras algunos de ellos, entre otros los Sres. Pascarella y Vasallo, tomaban apuntes y sacaban croquis desde tan ameno observatorio, se procedió al regreso, bajándose en los mismos carruajes hasta el Manicomio de Nueva Belén, donde, merced á la bondadosa acogida de su director el ilustrado doctor Giné, los periodistas españoles tenían preparado el banquete ofrecido á sus colegas italianos y en cuya lista de platos ó *menú* figuraban con buen acierto algunos propios del país. Libres allí los comensales de la grave, aunque no ceremoniosa, etiqueta semi-oficial que en los anteriores banquetes había debido reinar, se manifestaron más expansivos, las ocurrencias fueron más chistosas, los brindis más numerosos y si se quiere más elocuentes, como inspirados por una cordialidad que se manifestaba sin rebozo, sincera, franca y comunicativa.

El sol empezaba ya á trasponer el horizonte, cuando los comensales se alejaron casi con pesar de un sitio donde tan breves horas de ameno solaz habían pasado, y regresaron á Barcelona recorriendo á su vuelta los principales puntos de la ciudad.

Aunque estas han sido, por decirlo así, las principales etapas de los periodistas italianos en nuestra capital, y á las cuales se refieren los grabados á que estas líneas sirven de descripción, han visitado también durante su corta estancia varios de nuestros principales establecimientos industriales acompañados por una comisión del Fomento del Trabajo nacional, los teatros de verano que en la actualidad hay abiertos y en todos los cuales se dieron funciones á ellos dedicadas y algunos edificios públicos ó de corporaciones, entre estos el elegante Casino mercantil.

Obligados á pasar á Madrid, aceptando la cortés invitación que les dirigió la Asociación de escritores y artistas de la corte, los periodistas italianos partieron el lunes 30, conducidos en lujosos carruajes á la estación del ferrocarril por las mismas comisiones que los habían recibido á su llegada. La despedida fué, más que amistosa, fraternal; los abrazos y apretones de manos dados con verdadera efusión, y las protestas de afecto tan sinceras como entusiastas por una y otra parte.

Nosotros aprovechamos esta ocasión para enviar un nuevo saludo á los representantes de la prensa italiana, de cuyo rápido paso por nuestra ciudad conservaremos grato recuerdo.

© Biblioteca Nacional de España

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR DON JUAN TOMÁS Y SALVANY

(Continuación)

Estas voces, corriendo de boca en boca y de grupo en grupo, como la llama de un incendio, llegaron hasta el centro de la plaza, donde, atraído por la ocurrencia, se había reunido todo el pueblo.

De pronto abrióse una ventana de la casa amenazada y asomó por ella la cabeza del alcalde delante de la de D. Ramón y la del médico.

– Alcornocaleños, ¿qué queréis? – gritó el primero. – Soy yo quien os hablo, la suprema autoridad de Alcornocal pronta á haceros justicia.

– ¡Queremos vernos libres del demonio, queremos la cabeza del brujo D. Ramón!

– D. Ramón no es brujo, el demonio no está ya en Alcornocal, lo sabemos de buena tinta, el mismo D. Ramón nos lo ha probado.

– Nos engañáis, esa tinta es de un tintero del infierno. Todos estáis embrujados.

– Preguntádselo al señor cura.

En aquel instante habíase abierto la ventana central del edificio contiguo á la iglesia, mostrando la venerable cabeza del cura párroco, atraído él también por el tumulto. Era un hombre encanecido en el servicio de Dios, de escasas luces intelectuales, mas de corazón sensible y probada buena fe.

– Hijos míos, – predicó, – no permita Dios que el diablo venga á Alcornocal; y si viniera, yo lo expulsaría. Retiraos, pues, á vuestras casas y dormid tranquilos. Dios nuestro Señor y la Vírgen Santísima, su bendita madre, nos librarán del espíritu maligno.

– El espíritu ha venido, – gritaron muchas voces, – está en el cuerpo de D. Ramón y queremos escarmentarle.

– A mí me mata las gallinas.

– A mí me escurre las ubres de la vaca.

– A mí me pone enfermo el chiquitín.

– A mi mujer la atormenta con golondrinos.

– A todos nos ha dado mal de ojo.

– ¡También el señor cura está embrujado! ¡Eso clama al cielo! – prorrumpieron los más furiosos.

– El brujo tiene la culpa... ¡Muera el brujo!

– Y el señor alcalde, que le protege.

– Y el médico, que en su casa los alberga.

– ¡Fuego, fuego á la casa del médico! ¡Perezcan todos abrasados como seres infernales que son!

Y aquellos infelices, poseídos del demonio de la ira, enarbolando sus armas rústicas, agitando en el aire las teas encendidas, con el intento de pegarle fuego, se arremolinaron contra la puerta de la calle que el alcalde tuviera poco antes la precaución de cerrar.

Ni las voces conciliadoras de este último, ni las exhortaciones evangélicas del padre cura eran escuchadas, ni siquiera oídas en medio del tumulto. La cuestión del brujo era ya una cuestión de orden público, para dominar la cual no contaba con fuerzas el alcalde, pues los dos guardias rurales y demás dependientes de su autoridad, sobre no saberse de ellos á qué lado se inclinarían, eran muy pocos en número para hacer frente á aquella legión de fornidos aldeanos, hijos de la ignorancia, presa de la superstición y embargados por el coraje. Casi todos los vecinos de Alcornocal se hallaban en la plaza, y los que no, asomados á las ventanas que caían á la misma, unían sus clamores á los de la multitud, dispuestos á secundarla. En el balcón abierto sobre la gran puerta del palacio, veíase á Rosario acompañada del gomoso, á quienes la alarma sacara de sus respectivas habitaciones, pálida y temblorosa ella, indignado él y balbuciendo injurias contra aquel puñado de patanes, brutos y palurdos.

Los momentos eran preciosos; el tiempo volaba y urgía en grado sumo tomar un partido eficaz que sosegara el alboroto. Ya D. Ramón, resuelto á todo, se resignaba á franquear al pueblo la entrada en el palacio para probar que en él no residía diablo alguno, ó con objeto de que los alborotadores buscasen libremente al espíritu maligno, tomando de él cruda venganza; ya el padre cura, alarmado y vacilante, sin perjuicio de averiguar más tarde cuanto pudiera haber de cierto en el asunto, se decidía á utilizar la comunicación entre su casa y la iglesia, saliendo repentinamente á la plaza por el pórtico de la segunda, llevando la Sagrada Forma, rodeado de todo el aparato litúrgico de que disponía, á ver si de tal suerte lograba contener la exaltación de los amotinados.

De súbito el albéitar, hombre de cierto ingenio, bien que de mediana cultura, profirió dirigiéndose á sus ya atribulados compañeros:

– Esperad, tengo una idea. Dejadme libre la ventana. Usted, D. Ramón, es preciso que me secunde.

– Estoy dispuesto á ello, – respondió el interesado.

Todos entraron en la habitación, excepto el albéitar que, asomándose, gritó con todos sus pulmones:

– Amigos míos, oidme, y luego haced lo que queráis.

Los amotinados se detuvieron un instante, apartando sus teas de la puerta amenazada.

– No os engañáis, – continuó el albéitar, – el diablo ha estado en Alcornocal, metido en el cuerpo de D. Ramón; hay más, cargó con él, quiso llevárselo al infierno y ambos saltaron por la ventana. Pero tú, Blas; tú, Cosme; vosotros todos, con vuestro valor y vuestra fe cristiana, matasteis al diablo á palos, siendo gratos á los ojos de Dios, prestando un gran servicio á D. Ramón, al pueblo entero, pues á todos nos librasteis del espíritu maligno. El mismo D. Ramón acaba de confesármelo; hemos jugado al tresillo con él y damos fe de que ni su alma ni su cuerpo están endemoniados. ¿Lo dudáis? El en persona va á decíroslo; él, con su propia boca, va á daros las gracias por el inmenso favor que le habéis hecho.

– Queremos verlo; ¡que salga, que salga! – aulló la muchedumbre.

– Ahora le toca á V., – añadió el albéitar por lo bajo, tirando de la ropa al señor de Soto hacia el alféizar de la ventana. – ¡Aquí le tenéis! – concluyó en alta voz.

El interesado se asomó entonces, gritando:

– Sí, amigos míos, cuanto acaba de deciros el albéitar es la pura verdad. ¿Cómo hallar al espíritu maligno si está muerto? Muerto, sí, gracias á vuestra devoción y á vuestro esfuerzo, muerto él y libre yo; mi admiración y mi gratitud hacia vosotros serán eternas. Yo, D. Ramón del Soto, no el enemigo, soy quien os dirijo la palabra, libre de toda brujería. Mirad, oíd y convenceos.

Y el señor de Soto, haciendo repetidas veces la señal de la cruz, comenzó á recitar una oración. No pudo concluir: las atropelladas voces de aquellos sencillos aldeanos le interrumpieron, exclamando:

– Basta, basta, creemos.

– No ha mentido, vedle, se santigua, reza y no le pasa nada.

– Está libre, libre como nosotros mismos.

– ¡Viva D. Ramón!

– ¡Viva el albéitar!

– A dormir, á dormir, la noche avanza.

– ¡Mueran como ese todos los diablos!

– Amén.

Hubo en la plaza una explosión de júbilo; todo Alcornocal respiró en aquel instante, como renaciendo á nueva vida. Ya los amotinados empezaban á disolverse, cuando Blas, dándose una palmada en la frente, dijo de pronto:

– Esperad, nos han engañado; el diablo no puede morir; y si nosotros le matamos, ¿dónde está su cadáver?

Al oir este argumento, aquellos rústicos se miraron como idiotas. Acto continuo suscitóse entre ellos una acalorada discusión acerca de si podía ó no morir el espíritu maligno.

– Vamos á preguntárselo al señor cura, – dijo uno.

Pero el señor cura, quien tal vez adivinó lo que ocurría, en la imposibilidad de resolver una cuestión tan ardua, había escurrido el bulto cerrando la ventana.

Entonces D. Ramón y sus compañeros, quienes felicitaban todos al albéitar por el feliz resultado de su ingeniosa estratagema, vieron de nuevo avanzar hacia ellos, más furioso que nunca, aquel nublado.

– ¿Qué queréis ahora? ¿No estáis convencidos? – se atrevió á preguntar el señor de Soto.

– Sí que lo estamos, pero queremos ver el cadáver del diablo.

– Está en el barranco, – terció oportunamente el albéitar.

– No hay tal, le hemos registrado esta noche, – contestaron.

– Esperad, esperad, – repuso el alcalde, – yo lo mandé recoger y quemarlo esta mañana.

– ¡Mentira, mentira, nos engañan!

– Acabemos de una vez.

– ¡A ellos!

– ¡Fuego!

– ¡Mueran!

El tumulto llevaba trazas de reproducirse con todas sus funestas consecuencias. El médico, hombre estudioso y experto, que había viajado casi tanto como D. Ramón, sintió repentinamente hervir en su cerebro una idea luminosa, que daba quince y falta á la del albéitar.

– Compañeros, – gritó, – no os enfadéis: mis amigos acaban de deciros la verdad, sino que no la saben toda: los dependientes del señor alcalde, encargados de quemar el diabólico cadáver, llenos de miedo, no atreviéndose con él, me lo han traído para que lo quemara yo. Felizmente no lo he quemado aún y puedo entregároslo.

– ¡Venga, venga!

– Esperad.

D. Ramón y sus amigos se miraron atónitos. El médico, que había desaparecido, volvió á salir con un gran bulto al hombro.

– ¿Pedís el cadáver del diablo?

– ¡Sí, sí!

– Pues aquí lo tenéis.

Y arrojó por la ventana la disección de un enorme orangután, fruto de uno de sus viajes.

Inútil fuera describir el jubiloso tumulto que reinó en la plaza. El médico y sus compañeros viéronse colmados hasta la saciedad de hurras y de vítores; el orangután fué apaleado, pinchado, rajado, agarrotado, arrastrado por todo Alcornocal, entre un huracán de voces y silbidos, al resplandor rojizo de las teas, hasta despeñarlo en el fondo del barranco, hecho una masa informe y espantable, que si no era la forma del espíritu maligno, podía muy bien pasar por ella.

Al tiempo de despedir á sus tertulios, el médico, exhalando un gran suspiro, dijo al señor de Soto:

– Los secretos de V. me cuestan la perla de mi colección zoológica.

– Muchas gracias, amigo, yo le resarciré cumplidamente, – respondió D. Ramón, estrechándole la mano.

VII

Aquella misma noche, antes de recogerse, los habitantes del palacio hicieron objeto de agudos dichos y sazonadas burlas el mismo suceso que poco antes los pusiera en grave aprieto. El gomoso puso de zafios, brutos y patanes á aquellos sencillos aldeanos, que no había por donde cogerlos, añadiendo que si una vez le habían encontrado en Alcornocal, otra vez quería mejor verse entre horteras que abandonar por tales rusticidades lo más *chic* y lo más *pschut* de su *crème* y de su *hig life*. Estas palabras las pronunció fijando una mirada de reconvención sobre Rosario, la cual se puso colorada hasta lo blanco de los ojos.

Apenas el petimetre se hubo retirado á su aposento, la dama no pudo menos de preguntar á D. Ramón:

– Ya que en él no nos permites la entrada, ¿puede saberse al menos qué te haces en el desván para lograr fama de brujo y mover en Alcornocal tales alarmas?

– Esposa mía, nada me preguntes, si has de evitarme el dolor de desairarte. En breve lo sabrás; hoy por hoy, cierto pacto me impone el silencio más absoluto.

– ¡Un pacto, dices! ¿Y con quién?

– Conmigo mismo.

Rosario miró primero á su marido con extrañeza, preguntándose si, con efecto, aquel hombre tendría metido el diablo en el cuerpo, y luego acabó por encogerse de hombros, achacando al carácter extravagante de D. Ramón tales palabras. Este último, en tanto, se había quedado pensativo, como dándole vueltas á una idea sugerida por la pregunta de su mujer.

– Rosario, – dijo de pronto, – á mi vez tengo curiosidad de saber algo acerca de lo cual acaso tú pudieras informarme.

– Te escucho, – respondió ella, no sin sobresalto.

– Que el diablo cargue de veras conmigo, si entendí la causa principal del alboroto de esta noche. Que gozaba opinión de brujo entre esas buenas gentes lo sabía, y no extrañándolo, los compadecía cordialmente. No obstante, ellos hablaron de haber yo saltado anoche por la ventana del desván en hombros del espíritu maligno, al cual esos palurdos dieron muerte á palos. ¿Entiendes tú este batiborrillo?

– ¡Yo! ni jota.

– Lo mismo me pasa á mí. Sin embargo... Voy á contarte lo que en el desván me ocurrió anoche, á ver si entre los dos desenredamos la madeja. Estaba yo clasificando las hierbas recogidas ayer tarde y soldando con el soplete una moneda antigua, cuando acerté á mirar al campo. Acababa de salir la luna, á cuya luz ví á uno de esos zotes en lo alto del almezo que crece frente á la ventana, el cual parecía devorarme con los ojos. Maravillado de la aparición en semejante sitio y á tal hora, á mi vez me le quedé mirando. ¿Qué hace entonces el palurdo? Saca un guijarro, no sé de dónde, y me lo arroja con tal furia, que por poco me descalabra. Y yo ¿qué hago? Mato la luz de un soplo; bajo corriendo á tu... á nuestra habitación, la encuentro cerrada por dentro, llamo con golpes redoblados hasta que tú respondes y me abres.

(Continuará)

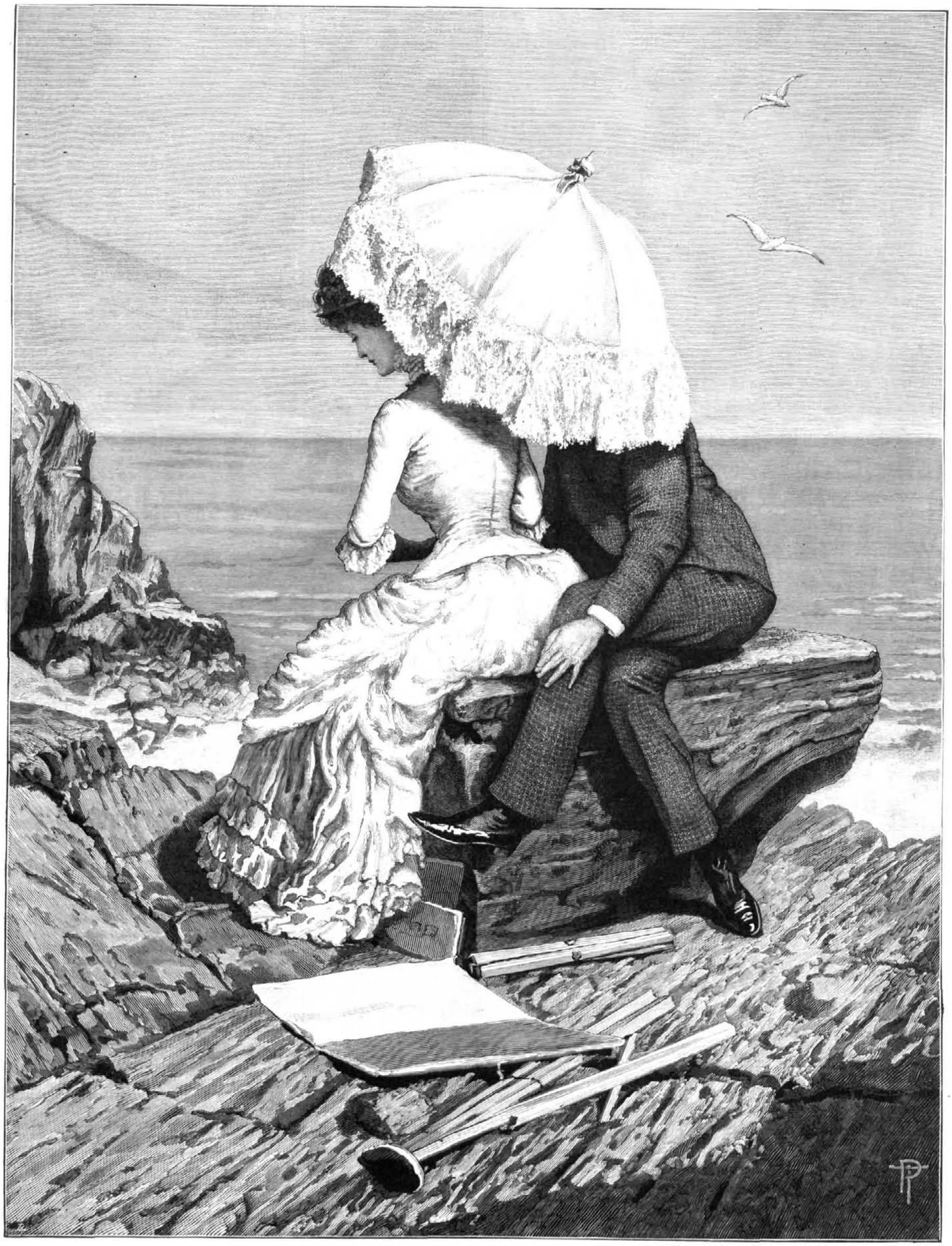
LAS MEDALLAS DE LA CREACIÓN

Expresivo y por todo extremo apropiado título, que un famoso geólogo del reino unido, el docto y religioso señor Bukland, dió por primera vez con harto sentido práctico en una obra por muchos conceptos estimable, á los que en términos hoy ya casi vulgares, se llaman fósiles, palabra que según su propia etimología, del verbo latino *fodere*, cavar, supino *fossum*, se aplicaba antes del inmortal Linneo á toda sustancia que se extraía del seno de la tierra, cualesquiera que fuese su naturaleza; pero desde que el insigne naturalista sueco hizo la distinción muy oportuna entre *fossilia nativa* y *fossilia petrificata*, generalmente se aplica tan sólo á los seres que corresponden á la última categoría, reservando el nombre de minerales y rocas á los que aquel llamaba *fossilia nativa*. Conviene, sin embargo, tener presente que no siempre es exacto el llamar petrificados á los fósiles verdaderos según la acepción corriente, pues muchos en realidad no experimentaron en su larga y misteriosa génesis la susodicha transformación pétrea; así como á juzgar tan sólo por su aspecto exterior, se dan casos en que á pesar de su aparente petrificación, no debe llamarse fósiles á los que ofrecen semejante aspecto, como se observa en las llamadas incrustaciones, las cuales sólo representan una cubierta ó revestimiento de caliza, sílice ó de otra cualquier sustancia lapídea, que en nada ó en muy poco afecta al cuerpo que la ofrece.

En rigor de verdad, la idea que debe ir unida á la palabra fósil, ó lo que real y positivamente significa, es todo ser ó parte de él y aun la huella impresa en el suelo, que habiendo permanecido enterrado naturalmente en el seno de las capas terrestres, conservóse por modo maravilloso, para representar los imperecederos monumentos de la terrestre historia, ó como quería Bukland, para convertirse en las verdaderas medallas de la creación, refiriéndose, como es fácil advertir, á la del planeta que habitamos, ya que las medallas de la universal creación hay que ir á buscarlas en los espacios celestes.

Mas no se crea por ello que este concepto científico y hasta vulgar que se tiene hoy de la tal palabra, ya que figura y con sobrada razon en el Diccionario de la lengua, haya sido siempre el mismo, pues dejando aparte la distinción que el gran Linneo se creyó en la necesidad de establecer para no confundir una simple piedra ó un metal con un fósil, en tiempos anteriores se profesaron acerca de la materia las ideas más extravagantes y hasta invero-

© Biblioteca Nacional de España



ESTUDIANTES DE GEOLOGÍA, dibujo de Percy Tarrant

© Biblioteca Nacional de España

LA FIESTA DE LAS FLORES EN VENECIA, cuadro de A. Opolli

© Biblioteca Nacional de España

símiles, aplicándoles, á tenor de las que á la sazón reinaban, los nombres más exóticos é impropios.

Simples caprichos ó juegos de la naturaleza, *ludus naturæ*, los llamaban unos; resultado, querían otros, de una fuerza plástica y oculta de que suponían dotada á la madre tierra; obra, en sentir de muchos, de las estrellas, y por último, para no abusar de la paciencia del benévolo lector, meras ilusiones de los sentidos, como estampó en un libro cierto escritor italiano; tales son las extravagancias que llegaron á profesarse en los siglos anteriores al XVI, en el que dos insignes varones, combatiendo todos estos errores, echaron, por decirlo así, las bases firmísimas sobre que andando el tiempo había de levantarse el templo dedicado á la verdadera ciencia de la vida de otros tiempos, ó sea de la Paleontología. Estos genios extraordinarios fueron Leonardo de Vinci, pintor admirable á la par que experto ingeniero, y el danés Nicolás Stenon, genuino fundador de la historia verdadera de la tierra: aquel retaba á sus contemporáneos con singular donaire á que le señalaran las estrellas encargadas por entonces de fabricar fósiles, y como quiera por otra parte que en las muchas obras de canalización que dirigió en territorio toscano, especialmente en los bellísimos alrededores de Florencia, encontrara gran cantidad de conchas y otros verdaderos fósiles, hizo ver por método comparativo, el más eficaz de todos, la analogía y hasta en muchos casos la perfecta identidad con las especies que viven aún hoy en el Mediterráneo, de cuya circunstancia no era difícil inferir que el hecho evidenciado por las excavaciones significaba que el mar había ocupado en otros tiempos aquella parte del territorio italiano, siendo las conchas marinas y demás restos fósiles que allí existen, el testimonio más evidente é indisputable de los cambios en lo físico allí experimentados. Esto es lo lógico y natural, no acertando á comprender cómo Leonardo y después el insigne Stenon tuvieron que luchar contra errores tan crasos como los que en su época y aun en tiempos posteriores fueron bastante generales, por efecto de la escasa cultura de la época, cuando no sólo Ovidio en sus Metamorfosis dió claras muestras de conocer las que la tierra había sufrido, según se desprende de aquellos conocidos versos

Vidi factas ex æquore terras
Et procul a pelago conchæ iacuere marinæ
Et vetus inventus est in montibus anchoræ sumnis

sino que muchos escritores de la antigüedad clásica griega y egipcia, entre los cuales debe citarse á Eratóstenes, Xanto de Lidia, Herodoto, Aristóteles y muchos sacerdotes de los que sintetizaban en el Egipto el saber de su tiempo, habían ya expresado esta misma idea, considerando á las conchas, peces y otros seres que se encuentran en las piedras de construcción, por ejemplo, como otros tantos y auténticos documentos que acreditaban las transformaciones que con el tiempo había experimentado la superficie y aun el fondo de la tierra. Estos cambios verifícanse, sin embargo, con tan extremada lentitud, que pasan totalmente desapercibidos por el hombre, á no fijar su atención en los efectos producidos; pero como prueba evidente de que los sabios de la antigüedad no sólo los conocían, sino que adivinaron hasta la naturaleza especial de su procedimiento, debe citarse la ingeniosa fábula ó cuento que inventaron como para sintetizarla en estilo elegante y atractivo. Supónese una especie de judío errante que en su continua é incesante peregrinación por la tierra, acierta á pasar por el mismo punto cada cinco mil años, observando y anotando, siquiera sin acertar á explicarse satisfactoriamente los cambios allí ocurridos, pues los habitantes de la villa, del campo y del puerto que alternativamente ocupan la localidad, unánimemente le contestaban que nada sabían acerca de lo que se les preguntaba, ya que para ellos aquel sitio siempre ha sido lo que en el momento de pasar el curioso viajero es, ó en otros términos, el puerto siempre puerto, el campo siempre campo y la población siempre lo mismo.

Verdaderamente causa maravilla el que en el período de la historia de la ciencia llamado antiguo por la edad á que corresponde, y de observación por su especial carácter, historiadores, geógrafos, poetas y viajeros adelantándose á su tiempo en algunos siglos profesaran ideas tan exactas acerca de la naturaleza de las medallas de la creación del planeta y de su peregrina historia, y que durante los tiempos medios que yo suelo llamar de controversia, la humanidad en este punto concreto en vez de progresar marchando con paso firme hacia el descubrimiento de la verdad, retrocediera hasta un punto tal, que no sólo dejó de reconocerse la verdadera y genuina natura orgánica de aquellos seres, sino que desconociendo por completo su legítima significación, se creía por entonces, y aun hoy lo creen no pocas personas, que los fósiles lejos de pertenecer y caracterizar los diferentes períodos de la historia de nuestro globo, como así es con efecto, según quiso probar Bukland aplicándoles el nombre colectivo que llevan, eran todos ellos resultado de la acción del diluvio.

Mas así como en Italia fueron los insignes Vinci y Stenon los encargados de combatir en el siglo XVI y XVII los falsos conceptos sobrado generalizados á la sazón respecto de la verdadera naturaleza de las plantas y animales fósiles; en nuestra querida patria también hubo defensores de la buena doctrina así por lo que respecta á dicho concepto, como á la diferente edad á que deben referirse. Y ¡cosa al parecer extraña! el campeón de estas ideas fué un fraile benedictino, el inmortal Feijoo, quien en la noble y generosa tarea por su superior talento y amor patrio impuesta, de combatir los infinitos errores y preocupaciones que en su tiempo reinaban en España, no dejó pasar desapercibidos los falsos conceptos que en la obra de otro fraile, el Padre Torrubia, titulada «Aparato para la Historia Natural,» estampó su autor. Distinguían á éste más bien laudable celo y entusiasmo por la ciencia y sus progresos que vasta y sólida instrucción; de donde resulta que si bien llevado de aquellos generosos estímulos viajó mucho y consignó en su libro no pocas observaciones y descubrimientos por él realizados, ilustrándolo todo con muy bonitas láminas de objetos y especialmente fósiles encontrados en distintas comarcas de España y América, cuando trata de discurrir acerca del significado y valor que entrañan los hallazgos hechos, incurre en no escasos é imperdonables errores, dura y categóricamente combatidos por el benedictino gallego en el «Teatro crítico» y en las «Cartas eruditas.»

La escasa cultura, ó tal vez la sobrada credulidad hija sin duda de aquella, motivó el capítulo 5.° del Aparato de Torrubia que este llama Gigantología española, por suponer que los huesos fósiles de mamíferos que en gran copia se encuentran en el barranco de las Calaveras en territorio de Concud cerca de Teruel, acreditaban haberse librado allí una gran batalla entre hombres de colosal talla; y el caso es que en dicha localidad explorada por mí un siglo más tarde en 1860 y 61, no se encuentra ni un solo hueso humano, perteneciendo todos, según demuestran las dos láminas primeras de la Memoria que publiqué sobre dicha provincia, á diferentes especies de cuadrúpedos característicos del período llamado terciario por los geólogos.

A propósito de la existencia de gigantes, he aquí cómo se expresa Feijoo en el título 1.°, discurso 12, que titula «de la senectud del mundo:» El exceso, dice, de los antiguos en la corpulencia es otro capítulo por donde pretenden algunos convencer la decadencia del género humano en los modernos. Pero ese exceso no está bastantemente comprobado, por más que nos citen varias historias de cadáveres de prodigiosa estatura... Los sabios casi todos convienen en que unos son de elefantes, otros de ballenas ó de materias petrificadas.

Mas en donde se evidencia con cuánta claridad se presentaban estos asuntos al claro talento del insigne benedictino, es en lo referente á la verdadera naturaleza orgánica de los fósiles y modo cómo se estamparon en la piedra las plantas y los animales de otros tiempos, cuyo procedimiento explica de un modo sencillísimo y natural, y también en lo de combatir el error de que fueran obra exclusiva de las aguas del Diluvio, no alcanzando, decía, á comprender cómo la fuerza de dicho agente fuera capaz de arrancar y transportar á grandes distancias nada menos que bancos enteros de ostras y de otras conchas que en condiciones normales viven adheridas al fondo del mar ó sobre los materiales de la costa.

Pero dejando ya estas disquisiciones históricas, cuyo único y exclusivo objeto ha sido demostrar cuántos esfuerzos ha tenido que hacer el hombre del siglo XIX, sobre todo, para sobreponerse á tantas causas de error que á modo de verdaderos obstáculos entorpecieron especialmente durante los siglos medios la marcha tranquila del progreso científico verdadero, veamos qué significado tienen en la historia del planeta que nos sirve de morada los fósiles, y si realmente de este estudio podemos sacar la consecuencia de la exactitud que entraña la frase medallas de la creación que encabeza este artículo.

Por de pronto es ya casi axiomático entre los dedicados á este linaje de disquisiciones, que no hay problema alguno de Biología general ó sea de los que se refieren á la vida que en diferentes épocas hermoseó la superficie terrestre, que pueda dilucidarse nada más que medianamente sin la intervención de esos restos de animales y plantas, grandiosos y extraordinarios á las veces, pobres y miserables al parecer otras, que encierran los estratos terrestres que como resultado de operaciones más ó menos complejas se depositaron en el seno de las aguas dulces ó saladas.

Con efecto, en el terreno puramente científico, sería de todo punto imposible en primer término pretender averiguar sin el auxilio de los fósiles, el cómo y en cierto modo el cuándo, apareció la vida en el globo allá en remotísimas edades, cuya distancia de nosotros es harto difícil, por no decir de todo punto imposible precisar; y menos aún, comprender de qué manera brusca ó lenta, hubo de realizarse el ulterior y maravilloso desarrollo de los diferentes grupos de seres que constituyen la serie vegetal y animal, y el carácter permanente ó transitorio de los diferentes términos de las mencionadas series. Verdad inconcusa, aceptada por todos los naturalistas, es ya hoy, el que en el concepto del plan que ha presidido á la organización tan admirable como misteriosa é incomprensible de los representantes de la vida en el globo, no hay un reino antiguo diferente del actual ó moderno, sino que resultado ambos de un mismo ideal, diríase preexistente en la mente del Supremo Hacedor, antes de su material realización, los seres actuales pueden considerarse como la continuación de los anteriores, formando unos y otros como dos mitades de un todo armónico, á la manera de un árbol cuyas raíces y parte del tronco corresponden á los seres de otros tiempos y lo restante á los actuales. Ahora bien, este conocimiento lo debemos sin género alguno de duda al hallazgo y detenido estudio de los fósiles, los cuales según la feliz expresión de un eminente naturalista, el Sr. Flourens, representan las piezas perdidas de un mosaico, cuya reconstrucción ha venido á probar del modo más sorprendente, la encantadora armonía de las obras del Creador, ya que aquellas completando la parte conocida del incompleto mosaico, han demostrado que pertenecían al mismo, ilustrando por modo curiosísimo y hasta en sus menores detalles, el dibujo de todas las figuras que de una manera asaz deficiente lo representaban antes.

La consecuencia ineludible del principio que acabamos de sentar tiene bastante mayor alcance de lo que á primera vista pudiera creerse, pues de que en la parte estática, ó en la referente á los elementos materiales de su constitución no haya distinción alguna entre los seres actuales y los de otras edades, dedúcese lógicamente que tampoco la hubo en lo dinámico ó fisiológico, es decir, en los principios que rigen la vida, de donde lógica y naturalmente se deduce que en todos tiempos ha sido un gran axioma el expresado por la ley de la adaptación, pues los seres á no encontrar en el medio ambiente las condiciones biológicas requeridas por el estado particular del organismo para su existencia, hubieran forzosamente perecido. Precisamente en este orden de consideraciones fundábase Cuvier haciendo aplicación de estos conocimientos á la historia terrestre, para sentar el principio de que sin la intervención de los fósiles hubiera sido harto difícil y hasta quizás imposible de todo punto llegar á conocer las infinitas fases y modificaciones por que ha pasado nuestro planeta por lo menos desde que la vida apareció en su seno. Con efecto, sólo las plantas y los animales sujetos á la enunciada ley pueden dar una idea exacta en sus continuos cambios y en el orden con que se han ido sucediendo, de las vicisitudes que experimentaron las condiciones biológicas terrestres, de cuya armonía con los seres que habían de desarrollarse bajo su dominio é influencia, depende su vida. Y como quiera que entre dichas condiciones biológicas figuraba en lugar preferente y continúa siendo el clima uno de los principales y más decisivos factores, de aquí el que indirectamente puedan semejantes datos contribuir á la reconstrucción de una Meteorología retrospectiva sumamente curiosa y tanto más interesante cuanto que esta fué una de esas conquistas inesperadas conseguida precisamente por el estudio del reino vegetal y animal de otros tiempos. Complétase este conocimiento con el de la naturaleza y especial estructura del suelo y más especialmente del fondo del mar y de los lagos, á tenor de cuyas modificaciones de carácter topográfico, hubo de cambiar y cambió, con efecto, repetidas veces la naturaleza y aspecto de la vegetación y del reino animal en la por demás peregrina historia terrestre.

De todos cuyos antecedentes, así como del orden con que sin repetirse en dos períodos sucesivos han ido sucediéndose las Faunas y las Floras ó en otros términos el conjunto de representantes de uno y otro reino, y de mil otras circunstancias que el estudio paleontológico pone fuera de toda duda, sacamos la consecuencia final de que con efecto, lejos de ir desencaminado, estuvo por todo extremo feliz el insigne Bukland al aplicar á los fósiles el nombre de medallas de la creación, ya que sabiendo interpretar por medio del estudio de ellos mismos y de sus condiciones de yacimiento el valor que entrañan, han contribuído más que otro dato cualquiera, á esclarecer y evidenciar todos los encantos de la historia de nuestro planeta. Y adviértase de paso y para concluir, que á todas cuantas ventajas acaban de indicarse, tiene esta clase de documentos la incomparable sobre los que sirven para la historia terrestre, de ser infinitamente menos ocasionados y susceptibles de falsificarse, en razón á que por lo común alcanzan por su misma abundancia y por la dificultad suma de reproducirlos precios tan bajos, que apenas si en determinados casos pudiera el especulador prometerse en esta no iniciada industria algún resultado práctico que le moviera á emplear tiempo é ingenio en la fabricación fraudulenta de fósiles. Son estos, pues, los verdaderos monumentos de la historia no sólo del planeta, sino también del más egregio de sus moradores, sirviendo el hallazgo reciente de restos humanos fósiles y de los más auténticos testimonios de su tosca é incipiente industria, para la reconstrucción de las diferentes razas, así como para trazar la marcha que estas siguieron en las grandes emigraciones, á favor de las cuales, partiendo de la unidad de especie y de cuna, se esparcieron y ocuparon la extensión de la superficie del planeta.

Ahora lo que realmente causa maravilla, es la sagacidad con que el hombre ha sabido interpretar todos estos hechos sacando las consecuencias más trascendentales de la mera inspección ó hallazgo de un resto á veces informe de planta ó animal, reducido á menudo á una simple huella dejada en el terreno blando por donde caminara el ave, reptil ó mamífero. Hoy se sabe casi con entera certidumbre, cómo se formó por ejemplo el carbon mineral, y de qué naturaleza fueron las plantas que le dieron existencia, á favor de conocidas metamorfosis; basta para ello fijar por un momento la atención en las numerosas y bellísimas impresiones de hojas, frondes, frutos, etc., que suelen encontrarse en las rocas que acompañan al combustible, ó en los troncos que con frecuencia se ven en la posición misma que tenían en vida. Merced á recientes investigaciones paleontológicas, se ha puesto en claro el risueño aspecto que en los tiempos llamados terciarios por los geólogos ofrecían aquellas regiones polares ocupadas por la Groenlandia, Spitzberg, etc., hoy cubiertas de eternas nieves y de seculares hielos, y á la sazón hermoseado el suelo por una Flora rica y exuberante, cuyos interesantes despojos fielmente interpretados por los hombres de ciencia, han contribuído de un modo decisivo á ilustrar este período de la historia terrestre,

© Biblioteca Nacional de España

LOS PERIODISTAS ITALIANOS EN BARCELONA

EXPEDICIÓN Á VALLVIDRERA, dibujo de J. L. Pellicer

uno de los más curiosos por cuanto sirve como de introducción al en que sin género alguno de duda hizo nuestra especie su primera aparición en el globo.

Sin necesidad de entrar en mayores detalles, creo bastan los expuestos y las reflexiones que los acompañan, para que el lector se persuada de la exactitud con que el geólogo inglés llamó á los fósiles verdaderas medallas de la creación.

J. VILANOVA.

EL DOGAL DE PIEDRA

Es una tradición terrible la del castillo de Belver; no el Belver de las islas Baleares, sino esa antiquísima fortaleza cuyas ruinas se admiraban no hace muchos años todavía en la campiña de Zamora.

En la comarca de esta ciudad, así como en la de Toro, en las largas noches del invierno, cuando los labriegos de las aldeas y de los campos se reunen en torno de la lumbre del hogar, recuerdan siempre la historia de los castellanos de Belver al par de la de *Los doce Pares de Francia*, escrita por el arzobispo Turpín.

Oid la tradición y admiraréis uno de los más extraños castigos de la Providencia.

Don Alonso de Stúñiga y Dávaloz, el buen caballero, descansaba de las fatigas de la guerra en su castillo de Belver. Había tomado parte en el sitio de Gibraltar; había visto morir al Rey D. Alfonso XI, y léjos de la corte, esperaba á que el nuevo Rey necesitase de su brazo y de su mesnada.

Vivía dichoso; su esposa y prima doña Brianda Stúñiga y Conil era un modelo de hermosura y de virtudes, y sólo atenuaba su felicidad la falta de sucesión, aunque confiaba en tenerla.

El castellano de Belver era un gran cazador, y casi todos los días, acompañado algunas veces de su mujer, y siempre por su fiel Vivaldo, hijo de un antiguo servidor, gallardo é inteligente mancebo, intendente de sus haciendas, soltaba D. Alonso su jauría ó sus halcones en los campos de Zamora ó en los breñales de Toro.

II

Una mañana, antes de romper el alba, mientras el castellano se apercibía en su aposento para la caza de montería, D.ª Brianda y el joven intendente hablaban en la sala de armas del castillo, medio ocultos en la penumbra de una ventana.

—Hoy es el día,—dijo Vivaldo.—Todo está preparado.

—Ya era tiempo... ¿Dónde?

—En la entrada del bosque.

—¿Has cubierto bien la sima?

—Perfectamente. Además, la he llenado de guijarros y de pedernales.

—¿Crees infalible el golpe?

—Infalible.

—¿No sospecharán?

—No lo supongo. La cosa tiene el aspecto de una trampa para animales dañinos. Por otra parte, ¿quién puede imaginar nuestro interés? Hemos sido tan cautos, que no debemos abrigar recelo alguno.

—Es verdad.

—Y después de todo, son imposibles la vacilación y la demora.

—Imposibles, tú lo has dicho. Dentro de pocos días, no tendría medio de ocultar mi falta; á mi marido le extraña ya que no le acompañe en sus cacerías.

—Pues bien; hoy cesará nuestra inquietud.

—¡Esa maldita guerra de Gibraltar, esa ausencia de un año, nos precipita!

—No hablemos del pasado; aprovechemos el presente; pensemos en el porvenir.

—Vivaldo...

—Adiós, oigo su voz... prepárate para cuando volvamos al castillo.

III

¡Qué día aquél tan aciago para el señorío de Belver!

El castellano, corriendo un ciervo, había caído en una sima llena de malezas y pedernales. Apenas pudo llegar con vida cuando le trasladaron á su castillo, deshecha la cabeza y herido todo su cuerpo.

Murió el buen caballero, el leal vasallo, el tierno esposo, el noble y caritativo señor. Su muerte fué sentida y llorada en ambos reinos. Hasta el joven monarca D. Pedro, al saber la infausta nueva, exhaló un suspiro diciendo: *¡De mala guisa comienza mi reinado!*

¡Y la castellana, y la infeliz viuda!... ¿Cómo sería posible expresar su dolor?

Encerrada en su castillo, sólo salía de su aposento para asomarse algunas veces á la plataforma.

Veíasela allí, envuelta en sus tocas de luto, suelto el cabello y marcado el rostro con una extraña expresión.

Algunos días después de la muerte del castellano, fueron llegando al castillo artífices y menestrales, y se supo que D.ª Brianda había mandado labrar un sepulcro en la capilla de la fortaleza, para que sirviese de enterramiento á su marido. Vivaldo, el fiel intendente, cuidaba de activar la obra; corría á las canteras, é iba y venía incesantemente á Toro, á Zamora y á Valladolid, en busca de operarios y de materiales.

Todas las tardes, á la hora del crepúsculo, veíase pasear por los alrededores del castillo á un anciano de luenga barba y vestido á usanza extranjera, que era el famoso escultor y cincelador que tallaba y dirigía los trabajos.

IV

Trascurrieron cerca de tres años.

La castellana había dado á luz una hermosa niña; pero continuaba casi siempre encerrada en su solitaria mansión. Decíase que no vivía ni sosegaba hasta ver terminado el sepulcro de su inolvidable esposo. Dos veces al mes trasladábase á Zamora, acompañada de su intendente, y allí, arrodillados ambos en la cripta de la iglesia de San Juan, donde se hallaban depositados interinamente los restos mortales del señor de Belver, oraban por el buen caballero.

Por fin acabóse la obra del sarcófago.

La castellana, rindiendo el último homenaje de su dolor, quiso que las cenizas mortuorias del noble finado fuesen trasladadas á la capilla del castillo con inusitada pompa.

El día de la fúnebre ceremonia, desde la explanada hasta el santuario de la fortaleza, los muros estaban cubiertos de paños funerales; la servidumbre, enlutada, esperando el lúgubre cortejo, y hasta la jauría y los halcones que habían pertenecido al malogrado señor, llevaban enlutadas mantillas y capirotes.

V

El entierro, presidido por el arcipreste de Toro y por el alcaide de Zamora, y en el que venía toda la nobleza de los contornos, salió de esta última ciudad al romper el día, y llegó al castillo al ponerse el sol.

Detrás del ataúd, conducido en hombros por los escuderos y mesnaderos del castellano de Belver, venían sus cuatro caballos de batalla encaparazonados de negro; todo aquello era imponente y magnífico.

La capilla del castillo era como una catedral en pequeño; tenía aislados el retablo mayor y el crucero; es de lamentar que la acción de los siglos y la incuria, hayan destruído una de las joyas más preciadas del arte gótico-bizantino.

El templo estaba lleno de gente; la clerecía ocupaba el centro, rodeando el recién construído sepulcro, y el artífice constructor, recostado en un pilar, esperaba el momento de sellarle.

La tumba destinada al señor de Belver era un prodigio del arte. Estaba á la derecha del retablo, y se abría y cerraba por uno de sus lados. Sobre la losa superior veíase la estatua yacente de aquél, revestida de su arnés y cruzadas las manos sobre la empuñadura de su mandoble.

El escultor, con rara habilidad, había reproducido en la piedra, copiando uno de los retratos del castillo, las nobles y enérgicas facciones del castellano; y las piadosas mujeres allí reunidas, lloraban al contemplarlas.

© Biblioteca Nacional de España

El sarcófago estaba maravillosamente cincelado; á ser posible, diríase que allí habían golpeado las manos de Cellini, de Guirlandajo, ó de Borgoña.

VI

Cuando el fúnebre cortejo entró en la capilla, comenzaba el crepúsculo nocturno. La luz de los blandones se confundía con la que provenía del exterior, temblando caprichosamente en los pintados vidrios de los ajimeces y de los rosetones.

Colocóse el ataúd en el suelo sobre un paño de brocado.

Los sacerdotes entonaron el oficio de difuntos; en todo el ámbito del templo se oían sollozos comprimidos.

Vivaldo, el fiel intendente, oculto en la sombra de un arco y cubierto el rostro de mortal palidez, se apoyaba en el fuste de una columna, como abrumado por el peso de su dolor.

Cesaron los cantos.

Cuatro caballeros ricoshomes, deudos del finado, alzando el ataúd, le colocaron dentro del sepulcro; pero antes de haber acabado de cerrarle, se oyó un gemido y alzóse en la capilla un ligero rumor.

Doña Brianda Stúñiga, la viuda del castellano de Belver, se presentó de súbito en una de las puertas del retablo mayor, y lívido el semblante, fija la mirada, andando con una lentitud espectral, se dirigió hacia la tumba.

VII

Vivaldo, el leal servidor, quiso detenerla; pero ella, rechazándole suavemente, se aproximó al sarcófago y se arrodilló, de suerte que su rostro casi tocaba con el de la estatua yacente de su marido.

Todos los presentes estaban sobrecogidos.

La castellana de Belver contempló durante un momento la imagen de su esposo, y luego, con indefinible acento, exclamó entre sollozos:

«Mi noble esposo y señor, amado compañero de mi vida; tú que eras mi única felicidad en la tierra; si tu espíritu ha acudido á este lugar, si puedes oirme, atiende á mi voz, y perdóname la sola falta que he cometido...

»Yo creía amarte como no ha amado jamás esposa alguna; pero ahora comprendo que este amor no era digno de tí, puesto que he podido sobrevivirte. Quizá el Señor, en sus altos juicios, me da la existencia por purgatorio; tal vez es necesaria en el mundo, no solamente una alma que viva con tu recuerdo, sino que también una voz que repita al vástago de tu amor: «¡Hija mía! ama siempre la memoria de tu padre y ruega incesantemente por él; si es que el más bueno, el más perfecto de los hombres necesita de oraciones.»

Hubo una larga pausa.

Doña Brianda alzó algún tanto la cabeza y volvió á contemplar el rostro de piedra.

Después, como vencida de nuevo por el dolor, tomó su primitiva actitud, diciendo:

– Noble esposo y señor, ¡descansa en paz!

VIII

Los circunstantes estaban inmóviles y silenciosos, penetrados de aquella inmensa pena; á todos los ojos asomaban las lágrimas.

Entonces sucedió una cosa espantosa é inaudita.

Las manos de la estatua yacente se desprendieron de la empuñadura del mandoble en que se cruzaban, y con un movimiento rápido, ciñeron el cuello de la castellana; se oyó un grito de dolor exhalado por ésta, después un ruido semejante al que pudieran producir huesos triturados, y el cuerpo de la adúltera cayó desplomado al suelo, con la cabeza casi separada de su tronco.

Casi al mismo tiempo un hombre se abrió paso por entre la aterrada multitud, y salió precipitadamente de la capilla. En sus ojos brillaba el fuego de la juventud; pero su cabello estaba enteramente blanco.

Era Vivaldo; los que se hallaban en la parte exterior del castillo, le vieron alejarse en carrera desalada.

Nadie, desde entonces, supo lo que había sido de él.

LUIS CARRILLO

LOS PERIODISTAS ITALIANOS EN BARCELONA

EN EL CAFÉ DEL CIRCO ECUESTRE.—Vermouth ofrecido por los obreros italianos á sus compatriotas, dibujo de J. L. Pellicer

UN INVENTO PRODIGIOSO

I

LA MULTIPLICACIÓN DEL CALOR

Un día de invierno.—Palacio maravilloso.—Los prodigios de Mister Koppel.—Calefacción sin gasto de combustibles.—Dónde están las chimeneas.—La multiplicación del calor.

En una ciudad norte-americana, situada á la parte oriental de las vertientes de las grandes Cordilleras del Oeste, pero cuyo nombre no hace al caso, unos viajeros, europeos á juzgar por su aspecto que no tiene nada del tipo yankee, se detienen ante un soberbio edificio de recientísima construcción. Han oído contar de él maravillas y quieren conocerlas. Con ser Norte-América el país de los descubrimientos prodigiosos, de las empresas atrevidas y de las más audaces inventivas, donde nadie es capaz de admirarse de nada y sí de emprenderlo todo, han oído hacerse lenguas á todo el mundo de los prodigios en aquel palacio acumulados, del ingenio y ciencia infinita de su dueño, de los asombrosos inventos allí en ensayo para derramarlos después por el mundo entero.

Es natural, pues, que los expedicionarios sientan vivísimos deseos de conocer aquel palacio, superior en todos conceptos á los encantados de las Mil y una noches. El dueño, Mister Koppel, es amabilísima persona y les franquea en seguida de muy buena voluntad las puertas de su casa.

La temperatura en el exterior es muy cruda.

Es invierno y el aire sopla del Noroeste con gran fuerza, haciendo sentir en la ciudad los efectos de las nevadas de la sierra. Los viajeros, que, á pesar de sus abrigos, sienten mucho frio al aire libre, experimentan grata sensación de bienestar al penetrar en el edificio y empiezan á recorrer, en pos del dueño, sus anchas galerías.

Pronto las pieles se hacen insoportables y los gabanes pesadísimos; Mister Koppel invita á los viajeros á dejarlos para proseguir con más comodidad su inspección por todo el interior del edificio.

En este igualan el gusto á la magnificencia, los prodigios del arte á las maravillas científicas; cuadros y esculturas de grandes maestros; micrófonos y teléfonos por todas partes, que permiten desde el más apartado gabinete oir lo que en todas las habitaciones sucede y con todas comunicarse; muebles y tapices de gran mérito; lámparas fotofónicas que al par que alumbran producen suaves armonías; pianos en los que el músico puede tocar en secreto, ó sea para sí solo sin que nadie más perciba sonido alguno, gran invento para los vecinos de los principiantes; rarísimas antigüedades que harían la delicia de cualquier aficionado; fuentes caprichosas que al mismo tiempo que la vista, recrean el olfato; todo esto y otras muchas cosas contemplan admirados los viajeros, que á cada momento se hacen lenguas de las preciosidades que allí se encuentran y se felicitan de haber atravesado los extensos territorios del Oeste para visitar aquel palacio.

***

Pero á todo esto, mientras los visitantes, en pos del dueño cruzan galerías y salones, el frio se hace al exterior cada vez más intenso, la nieve cubre las calles, y la ventisca azota con furia las dobles vidrieras del edificio. Algún aterido transeunte envuelto en pieles cruza rápidamente calles y plazas esquivando el helado soplo de la sierra; por todas partes se perciben las muestras de un día crudísimo de invierno.

En cambio, en el interior del palacio la temperatura no puede ser más agradable. Los viajeros, ya despojados de sus abrigos, empiezan á considerar muy pesados los trajes de invierno que llevan y ven correr las fuentes en los salones con igual placer que se contemplan los juegos y saltos de agua fresca en los camarines de los palacios orientales en las horas más calurosas del estío.

Fuera, pues, el invierno con todos sus rigores; dentro la grata primavera de los países meridionales.

***

Pero lo extraño es que ni estufas, ni chimeneas, ni braseros se ven por ninguna parte. Así lo hacen notar los viajeros al elogiar la suave temperatura de que disfrutan y admirarse de los medios para conseguirla.

– Nos servimos de corrientes de aire caliente; – dice Mister Koppel, – de este modo no hay que temer ni que el aire que haya de respirarse se vicíe por los gases de la combustión, ni hay peligro de incendio y el calor es más igual al repartirse la atmósfera caliente por todo el edificio.

– Efectivamente, – replica entonces uno de los extranjeros, – todas esas ventajas tiene la calefacción por aire caliente y allá en Europa se emplea también. En lo que no estoy muy conforme, es en lo del peligro de incendio, que no deja de haberlo por los grandes hogares de combustión que hay que tener para calentar el aire. Además, este método de calefacción, aunque excelente, es sumamente caro, y sólo puede aplicarse á grandes establecimientos como hoteles y hospitales ó á edificios de cierta clase, como los de los Parlamentos, Universidades, etc. ¿A V. le costará un dineral todo esto?

– Al contrario, muy poco. ¡Si es el procedimiento más económico de calefacción! – dice sonriendo el norte-americano.

– Eso no, – contesta el viajero que antes habló. – En los hogares donde el aire, que ha de utilizarse, se calienta, se pierde la mayor parte del calor por radiación, y el aire caliente obtenido deja después otra gran parte de calor perdida por conductibilidad antes de llegar á la atmósfera que ha de calentar.

– ¿Y qué me importan todas esas pérdidas, – replicó Mister Koppel, – si multiplico el calor obtenido?

– ¿Cómo? ¿Qué dice V.? – exclaman al mismo tiempo todos los viajeros llenos de asombro.

– Repito que efectivamente hay muchas pérdidas en el calor producido en los hogares de que el señor nos habla, pero el que queda utilizable *se puede multiplicar* de modo que se obtenga al fin y al cabo más calor que el producido en los fogones; además de que yo no necesito de estos para nada; y por eso persisto en que el inconveniente del peligro de incendio no se conoce aquí en mi casa.

– *¡Multiplicar el calor!* – contestan á coro. – ¿Pero será con nuevo gasto de combustible?

– Nada de eso; entonces no sería verdadera multiplicación del calor primitivo.

– ¿De modo, que con mil unidades de calor útiles en los hogares, V. consigue después tener dos ó tres mil; es decir, más de lo producido? eso es imposible.

– No lo es, y aquí, en mi casa, tienen Vds. la prueba.

—Pero, ¿cómo puede multiplicarse el calor?

– Lo explicaré en pocas palabras.

DOCTOR HISPANUS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

© Biblioteca Nacional de España

EL BANQUETE DE HEROES, CUADRO DE PEDRO PABLO RUBENS

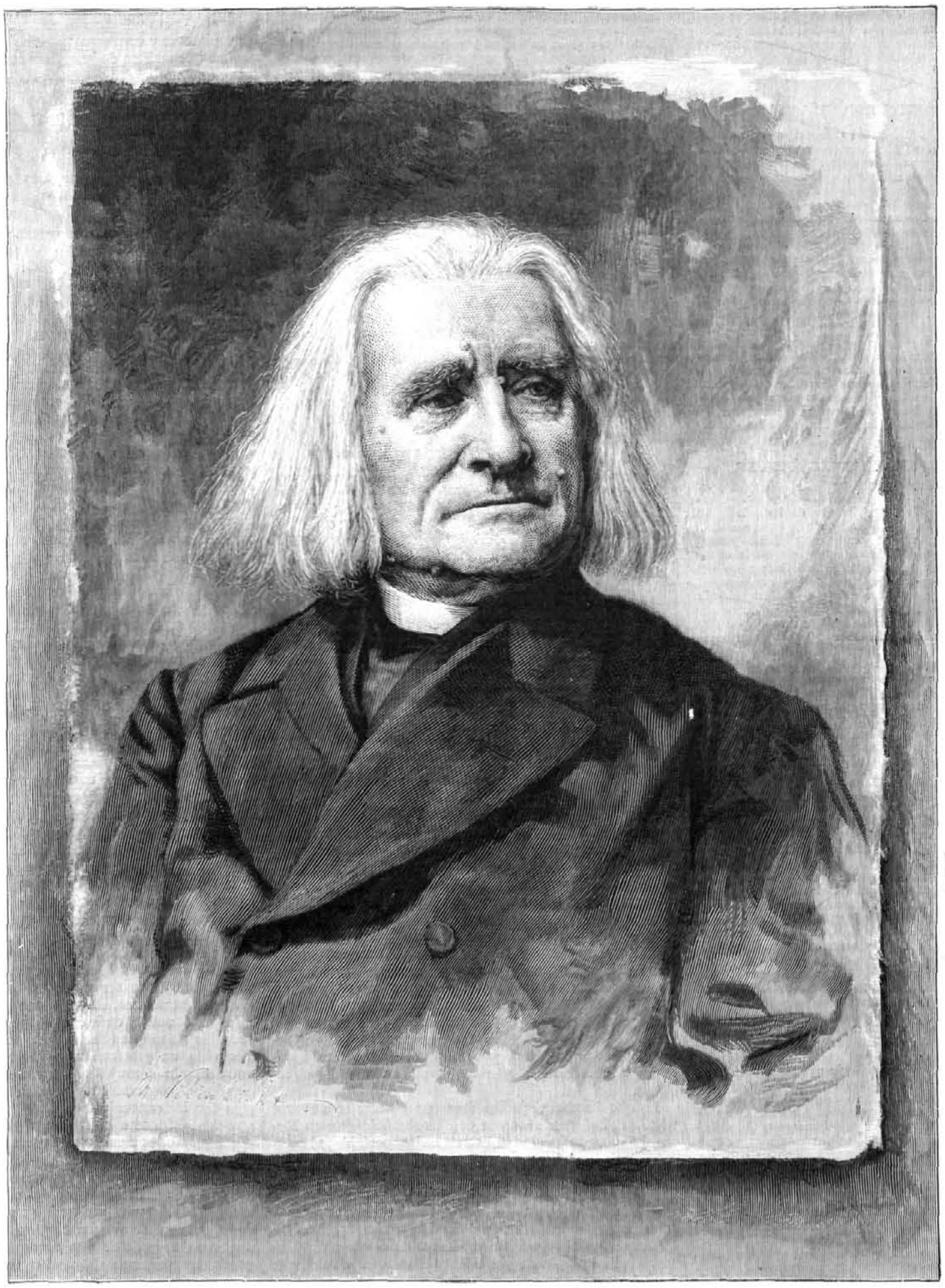
© Biblioteca Nacional de España

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 27 DE SETIEMBRE DE 1886 — NUM. 248

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

CELEBRIDADES EUROPEAS



FRANZ LISZT, eminente pianista y compositor musical, † el día 31 de julio de 1886

protector de Wagner

© Biblioteca Nacional de España

SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.* – *Desde Roma*, por don A. Fernández Merino.—*El brujo de Alcornocal* (continuación), por don Juan Tomás y Salvany.—*Un invento prodigioso*, por el Doctor Hispanus.

GRABADOS.—*Franz Liszt.*— *Tipo de un berberisco*, cabeza de estudio de W. Genz.—*El viajero Succi en su 28.º día de ayuno.*—*Marcha de Wallenstein á Eger*, cuadro de Piloty.—*Barqueros del puerto de Barcelona*, cuadro de Dionisio Baixeras.—*Torpederos aerostáticos.*—*Miguel Eugenio Chevreul*, eminente químico, nacido en Angers el 31 de agosto de 1786.—*Vía libre*, dibujo de J. Echena.

NUESTROS GRABADOS

FRANZ LISZT

En el núm. 227 de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos un sencillo retrato de este eminente compositor-pianista, acompañado de algunas notas biográficas. A la sazón el arte no tenía aún que lamentar su pérdida; mas hoy, que ha pagado su tributo á la naturaleza, nos consideramos en el deber de publicar otro retrato mucho más parecido y mejor ejecutado del célebre pianista, como justo homenaje de respetuosa memoria y entusiasta admiración al hombre que ha bajado al sepulcro rodeado del aplauso y estimación de cuantos por el divino arte de la música sienten predilección especial.

UN BERBERISCO, cabeza de estudio de W. Genz

Dibujo vigoroso, conocimiento del claro-oscuro y facilidad en trasladar gráficamente al papel la expresión del rostro, por más que esa expresión sea tan dudosa como la del berberisco que ha servido de tipo: tales son las condiciones que resaltan en este estudio y que demuestran en M. Genz una aptitud envidiable para esta clase de trabajos.

EL VIAJERO SUCCI EN SU 28. DÍA DE AYUNO

Llama la atención de toda Europa en los actuales momentos el experimento voluntario á que se ha sometido un émulo del doctor Tanner, el conocido viajero y explorador de algunas regiones del Africa, M. Succi. Habiendo sostenido éste que, mediante la absorción de un líquido inventado ó descubierto por él, podía pasar treinta ó más días sin tomar alimento sólido de ninguna clase, y sin que su estado físico se resintiera de tan prolongada abstinencia, se halla haciendo esta prueba, que seguramente habrá terminado ya, vigilado sin cesar por una comisión de médicos milaneses.

Y en efecto, Succi soporta victoriosamente el absoluto ayuno que se ha impuesto, sin perder nada de su energía, de su jovialidad y buen humor; su inteligencia continúa tan despejada como antes de empezar el ayuno, ejerce normalmente todas sus funciones, y la única diferencia que en él se observa es la de haber disminuido doce kilogramos de peso en los 28 días de experimento.

Excitada, como es natural, la curiosidad de sus compatriotas, Succi se ve diariamente asediado de visitas, que si en los primeros días sólo ascendían á cincuenta ó sesenta, en los últimos han pasado de trescientas. Nuestro grabado representa la escena que se podía contemplar diariamente en la sala de las escuelas municipales de la calle Bassano Porrone, donde ha tenido lugar el experimento, y en la cual se ve á Succi, sentado en su lecho, prestándose á las observaciones de la comisión médica.

MARCHA DE WALLENSTEIN Á EGER, cuadro de Piloty

G. Wallenstein, duque de Friedland, es una de las principales figuras de la guerra de los Treinta años. Dotado de tanta ambición y codicia, como de genio organizador para levantar ejércitos y mantenerlos á costa de las desgraciadas comarcas que recorría en sus expediciones militares, si en un principio se hizo bienquisto del emperador Fernando III por sus brillantes victorias y atrevidos golpes de mano, acabó por serle repulsivo á causa de su desapoderada ambición, de su rapacidad y de sus aires de independencia. Acusado de alta traición por su soberano, quien eximió á los oficiales de Wallenstein de la obediencia y fidelidad debidas á su jefe, pereció éste á manos de aquéllos en la ciudad de Eger.

El malogrado Piloty, director de la Academia de Munich, cuya reciente muerte deploran las artes, ha representado en el cuadro que hoy reproducimos el momento en que el duque de Friedland, acompañado de parte de su ejército, se encamina en una litera á aquella ciudad, que había de ser su tumba. Como en más de una ocasión nos hemos ocupado de las condiciones artísticas de dicho profesor, no tenemos para qué reproducir nuestros juicios, y únicamente haremos observar que el presente cuadro es digno del renombre que Piloty supo adquirir en el dominio pictórico.

BARQUEROS DEL PUERTO DE BARCELONA, cuadro de Dionisio Baixeras

No somos nosotros, sino los críticos extranjeros los que se han encargado de hacer una brillante apología del magnífico cuadro del aventajado artista barcelonés. Lo que en nosotros pudiera parecer apasionado, es en aquéllos verdadera expresión de asombro causado por las admirables condiciones de dicho lienzo. Expuesto éste en el último *Salón* de París, «se impuso desde luego á las miradas, porque en medio de las cosas artificiales que le rodean, es como una ventana abierta bruscamente á la luz de la verdad.» «Comparado este cuadro con los que tiene á su lado, hay entre uno y otros la misma distancia que la que separa el *chic* de la observación reflexiva y de la facilidad de la fuerza.» «El cuadro del Sr. Baixeras ha sido premiado con mención honorífica, pero era acreedor de mucho más.»

A las frases encomiásticas, que hemos copiado entre comillas, de críticos tan competentes como M. Mantz, del *Temps*, M. Girard, del *Phare* de Dunkerque, y Pierre Verón, del *Charivari*, pudiéramos añadir otras muchas tomadas de varias revistas artísticas; pero creemos que basta con ellas, y con manifestar que el lienzo en cuestión ha sido adquirido por M. Knoedler, representante de la casa Goupil de Nueva York, tan severamente escrupulosa en esta clase de adquisiciones, para que se avalore todo el mérito de una obra de arte con la que se ha dado á conocer ventajosísimamente el Sr. Baixeras, tan distinguido pintor como amante de su patria, cuyos tipos y costumbres reproduce en sus lienzos con afán digno de encomio.

TORPEDEROS AEROSTÁTICOS

El aeronauta alemán Jorge Rodeck ha inventado recientemente un nuevo aparato de destrucción al que ha dado el nombre de columna flotante de torpederos aéreos. Esta columna consiste en un globo principal acompañado de cierto número de torpederos aerostáticos. El primero, tripulado por el aeronauta director y dos auxiliares, cubica 1,200 metros, y los torpederos, hechos de material barato, por ejemplo, percal, pues no sirven más que una vez, miden 500 metros cúbicos. La columna destructora aérea de nuestro grabado se compone de un globo principal y de cuatro torpederos aerostáticos, uno de los cuales acaba de soltar su torpedo en forma de bomba explosiva de metal, cargada con 50 á 75 kilogramos de dinamita ó pólvora de algodón y además, de 100 cartuchos de dinamita que estallan en todas direcciones cuando la bomba choca con el primer objeto duro que encuentra en su caída. Los globos torpederos están unidos con el principal por un cable en cuyo interior hay dos alambres aislados de cobre para cerrar el circuito de una batería eléctrica colocada en la barquilla del globo principal, y que se hace funcionar por medio de un mecanismo adaptado á cada globo torpedero. Tan luego como uno de éstos recibe la corriente, despréndese de él el torpedo ó bomba explosiva; en el mismo instante uno de los tripulantes del globo principal ha de cortar el cable que lo une al torpedero, para que éste, una vez libre de su peso, desaparezca á merced del viento: al propio tiempo, ha de abrir una válvula de dicho globo, á fin de dar salida al gas y de evitar que el globo principal, unido todavía á los demás, suba con vertiginosa rapidez á demasiada altura á consecuencia de la ruptura de equilibrio que en todo el sistema ocasiona el desprendimiento del torpedero soltado. Aun así suben, mas para bajar otra vez y quedarse á la altura conveniente. A voluntad del jefe pueden soltarse todos los torpedos simultáneamente, ó uno á uno.

Como el uso de estas baterías aéreas depende de la marcha de las corrientes atmosféricas, es preciso tenerlas preparadas y á punto de ascender, bajo espaciosos tinglados, en diferentes puntos del cerco formado al rededor de la plaza sitiada. Un mecanismo automático regulador hace que todos los globos se sostengan á una misma altura cuando se hallan estacionados en el punto donde han de funcionar, hasta que vayan soltando sus proyectiles. La altura de la operación se calcula aproximadamente en 1,000 metros, pues se ha observado que los tiros de los cañones construídos por Krupp con el exclusivo objeto de destruir los globos aerostáticos que en el sitio de París remontaban los franceses sitiados, no alcanzaban á 900 metros de altura; que á la de 400 metros sólo dieron en el blanco, es decir, en el globo, once tiros de diez y ocho, y á la de 500 metros ninguno.

Excusamos enumerar todas las precauciones que deben tomarse en las maniobras así como las eventualidades que pueden ocurrir y que son, como comprenderán nuestros lectores, numerosísimas.

Hasta ahora no se ha inventado todavía ningún medio protector contra estas nuevas y terribles máquinas de destrucción, de innegable trascendencia, y que vienen á anular todas las leyes de la guerra hasta hace poco admitidas.

MIGUEL EUGENIO CHEVREUL, eminente químico, nacido en Angers el 31 de agosto de 1786

El ilustre centenario, con cuyo retrato honramos las páginas de nuestra publicación, es un verdadero sabio. Modesto á fuer de tal, laboriosísimo, hoy lo mismo que en su edad juvenil, afable, y sobre todo entregado por completo á la ciencia, el *decano de los estudiantes de Francia*, como á sí mismo se titula, ha hecho en su larga carrera importantísimos descubrimientos, como el de las bujías esteáricas, que han proporcionado al mundo entero grandes rendimientos, los cuales, según el famoso químico J. B. Dumas, deben valuarse en centenares de millones. Profesor de química desde 1824, fué elegido individuo de la Academia de Ciencias en 1826; de 1836 á 1879 puede decirse que ha sido sin interrupción director del Museo de Historia Natural y del Jardín de Plantas de París y hoy lo es honorario. Las recompensas que ha obtenido M. Chevreul, por parte del gobierno francés, por sus trabajos, son numerosas; pero la más preciada de cuantas en su prolongada vida ha recibido acaba de proporcionársela el pueblo parisiense, celebrando en su honor una serie de públicos festejos y erigiéndole una estatua el mismo día en que cumplía los cien años de una existencia consagrada constantemente al estudio y al trabajo.

VÍA LIBRE, dibujo de J. Echena

Por sencillos que sean los asuntos en que se inspiran nuestros modernos artistas para sus obras, nunca dejan de tener importancia, sobre todo desde el punto de vista histórico, y á mayor abundamiento si están trazados con el acierto y naturalidad que distinguen á nuestro aventajado compatriota. Si los pintores y dibujantes de anteriores épocas nos hubieran legado tipos tan exactos como la pobre guarda-aguja italiana que señala «vía libre» al tren que se aproxima, ¡cuánto hubieran allanado la prolija tarea de los arqueólogos modernos! ¡cuánto les hubieran agradecido las personas que al estudio de la indumentaria se dedican la representación de los antiguos trajes y atributos de esos modestos hijos del pueblo, trajes y atributos que hoy son objeto de laboriosas investigaciones y de incesantes controversias! Por esto decimos que los asuntos, al parecer más insignificantes, tienen grande interés, y creemos que los artistas que, como el Sr. Echena, aprovechan los momentos que les dejan libres otros trabajos de mayor importancia para trazar esas figuras populares, prestan un verdadero servicio que, si hoy les aplaude la generación presente, artísticamente considerado, mañana les agradecerá la posteridad.

DESDE ROMA

¡Pobre Italia! Por mucho que se afanen en ocultarlo, es de todos bien sabido que el cólera invade sus mejores y más ricas provincias: las ciudades de más recuerdos, los más fértiles campos, las más salubres alturas como los más risueños planos, todos tienen que lamentar la visita del odioso huésped que hace dos años abandonó su temido retiro en las orillas del Ganges, para venir á pasearse entre nosotros, mal cubierto con su pestilencial sudario. Los poéticos pueblos que parecen arrellanados indolentemente en las nunca bien ponderadas playas del golfo de Nápoles, son los más castigados ahora, y la ciudad coronada por el Vesubio, la ciudad donde todo ríe y todo grita, aquella población que jamás descansa, recuerda horrorizada sus pasados quebrantos y sus habitantes acobardados huyen despavoridos en todas direcciones.

Lo que á unos perjudica favorece á otros: esta es una triste verdad que ahora se comprueba fielmente en Roma. El calor en la ciudad Eterna es insoportable; al acercarse julio, la gente emigra buscando fresco, los unos en las costas, los otros en las montañas. Cuando los rayos del sol pierden fuerza y aquella atmósfera deja de ser abrasado horno, un nuevo peligro mantiene separadas á las gentes que no vuelven á la antigua metrópoli de los Césares sino bien entrado ya el mes de octubre. Setiembre, según la opinión general, es el mes de la *Malaria;* las fiebres que engendra la insalubre campiña romana son tremendas; contra ellas lucha dificultosamente la salud más fuerte y ha sido necesario todo el valor que inspira el sentimiento religioso llevado hasta el fanatismo, para que los trapenses, á costa de vidas y trabajos inauditos, arranquen á una pequeña porción de aquel suelo sus deletéreas condiciones. Estas causas dan lugar á que en los meses de estío, Roma pueda hacer competencia á Siena y Pisa, las ciudades de pasadas grandezas, muertas años há, en cuyas calles apenas si se ve gente y cuyos paseos parecen las anchas avenidas de bien cuidado cementerio. Roma deja de ser la populosa capital del reino de Italia; el mayor número de los establecimientos públicos se cierran, las tiendas no se abren, los paseos carecen de concurrencia y salvo la escasa animación que mantienen los centros oficiales, la Roma de hoy no difiere mucho de la Roma de otros tiempos; por sus calles en julio y agosto no transitan más que los perros y algún inglés más inglés que todos sus compatriotas.

Este año Roma en sus días de gran calor sorprende por la mucha gente que discurre por las calles. Huídos del cólera, acuden á la capital, indemne aún en los días en que podía darse por más segura una invasión. Aunque de una manera ficticia, la ciudad está animada, la gente que le es propia se encuentra ausente como siempre y entre ella no pocos artistas, pues de éstos también, y no en corto número, salen á veranear, esto es, á trabajar donde el calor no se sienta tanto. No por vana figura retórica se llama Italia cuna del arte: apenas si en esta tierra de tan clásicos recuerdos se da un paso sin que se encuentren graves testimonios de la justicia de aquel apelativo. La Romagna y la Toscana, la Emilia y el Napolitano, el Veneto y la Lombardía son focos de inspiración para pintores y escultores, y como es justo, no podemos ocultar que artistas de grandísima reputación y acrisolada fama, que no habían venido á Italia, se encuentran aquí sorprendidos por revelaciones que no esperaban.

Una prolongada estancia en Roma sirve menos á un artista que un largo viaje por Italia y más aconsejaríamos esto último que lo primero, á los que sienten verdadero deseo de estudiar: el movimiento activa las facultades, el cambio frecuente despierta ideas de las que antes no se había uno dado cuenta, y la conciencia de que no se ha de hechar raíces en ningún punto, aleja ó separa al menos de relaciones que dañan siempre. Es triste ver á muchos de los jóvenes que vienen á ésta caer en la inacción por no hallar los horizontes que deseaban y más triste aun verlos descender por una pendiente que lleva á fatalísimos términos. Por fortuna éstos son los menos; el mayor número estudía y queriendo aprovechar los días en que no sería posible hacer nada en Roma, salen á los distintos puntos en que pueden conseguir opimos frutos y justo es que vayamos tras de ellos.

La Romagna no presenta ciertamente campo á propósito para el estudio de ninguno de los grandes maestros que se han inmortalizado en el arte, pero en cambio tiene detalles pictóricos de grandísimo valor en la composición de los cuadros. En toda la provincia así llamada, montañosa en su mayor parte, se alzan pueblecillos que, considerados desde lejos, más parecen nidos de aves que moradas de hombres: extendidos en la cima de los montes se llega á ellos con trabajo, se discurre por sus calles con fatiga y se les abandona con satisfacción; mas antes de llegar á este extremo pueden aprovecharse elementos de cuantiosa valía; las construcciones no han cambiado nada desde la época de su fundación, así es que la Edad media puede estudiarse del natural sin ficción alguna; las gentes contribuyen á que la ilusión sea más completa, su vestuario no ha sufrido alteración ninguna y cada lugar tiene su pintoresco traje que cuida con esmero, para diferenciarse de los demás. Las condiciones económicas no pueden ser más aceptables, pero tampoco más pésimas las materiales de la vida. En Italia á cualquier cosa se llama Hotel y de aquí que ningún pueblo, por mezquino que sea, deje de tener uno ó dos que no pasan de ser pobres hosterías con pocas vituallas y muchas moscas. La llegada de forasteros constituye un acontecimiento: son seguidos á todas partes, constituyendo objetos de la mayor curiosidad, pero justo es decirlo sin que se les dirija ni una burla, ni una palabra ofensiva: en cambio todos piden, pero poco, el que más cinco céntimos. Los muchachos procuran ganarlos, y uno se apodera de la caja de colores, otro de la silla, otro del caballete, y siguen y escoltan al pintor como si fueran su sombra.

No tarda mucho en encontrarse un precioso fondo que en el día de mañana servirá para formar un cuadro de mérito; se busca punto de vista, se escoge asiento, si no se lleva, en lo cual hace falta gran cuidado, pues las distracciones suelen ser fatales, se olvidan los olores que vicían la atmósfera, se prescinde de todos los ruidos, se hace caso omiso de la gente que circunda y manos á la obra. En tanto que el artista la ejecuta el espectador tiene á la vista un graciosísimo cuadro. El pintor desaparece entre hombres, mujeres y muchachos, que lo rodean haciendo mil comentarios y sosteniendo animada conversación con los convecinos que pueblan ventanas y agujeros, atraídos allí como si fuera á darse el más divertido espectáculo; todos manifiestan sustos y sobresaltos pensando que van á ser retratados: hay carreras y atropellos, los niños se caen y lloran con voces que serían envidiadas por muchos artistas líricos, las madres gritan, y todo es confusión y barullo motivado por el artista. Éste, entretanto, prosigue su obra, si es que no ha venido á terminarla un jarro de agua ó de otra cosa peor, sin que su atención pueda concentrarse sin embargo: á uno y otro lado le acechan chicos de mirada traviesa que esperan la ocasión para meter un dedo en la paleta y lleno de color correr tras sus semejantes para pintarles la cara, lo cual produce nuevas escenas; el pintado llora, su madre acude y todos reniegan del pintor que á tales cosas dió lugar.

© Biblioteca Nacional de España

Así, los que por cualquier causa no pueden salir de la provincia romana, estudian y realizan trabajos de los que pueden conseguir buenos resultados, según la habilidad con que vean aquellos sitios y aquellos personajes que sólo allí pueden ser estudiados.

No faltan tampoco en algunos de ellos monumentos dignos de un detenido estudio, monumentos que sólo por ellos se podría hacer el viaje. Aparte de los antiguos castillos baroniales que tan perfectamente conservan el recuerdo de agitados tiempos, aparte de alguna que otra iglesia en que pueden estudiarse importantes frescos, la provincia romana tiene uno de los principales monasterios de la cristiandad primitiva, sede de uno de los descubrimientos de que más orgullosa puede mostrarse la humanidad.

Sobre Subiaco, más arriba de las antiguas termas de Nerón, de las que aun se conservan ruinas, se alza el primer monasterio fundado por San Benito, fundador de una orden á la que las letras deben mucho y no poco las ciencias. En este convento, edificado casi en la cumbre de abrupta montaña, allí donde se llega con trabajo, se estableció la primera imprenta de Italia y sus primitivas prensas dieron á luz la notable y estimada edición del Lactancio que se remonta al año 1456. Allí, donde á una han trabajado la naturaleza y el arte, se ven importantes frescos lo mismo por la época á que se refieren que por los asuntos que representan; obras de una edad en la que el arte moderno se hallaba en su infancia, no hay en ellas ni perspectiva, ni dibujo, ni perfecto conocimiento de la paleta, y sin embargo, se deducen de ellas estimadísimas enseñanzas que ningún artista puede dar al olvido.

Más que la Romagna se presta la Toscana para realizar estudios artísticos, que, francamente hablando, sólo allí pueden llevarse á cabo. Las obras inmortales que tanto abundan en aquella parte del suelo italiano, harán eterno el nombre de los Médicis. Lo más extraordinario es que apenas si hay en toda ella una ciudad que deje de tener elementos para que un artista consuma en ella bastante tiempo dedicado al estudio. No hablaremos nada de Florencia, pues es mucho lo que acerca de ella se ha escrito; sus inmensas galerías han sido perfectamente estudiadas lo mismo que sus numerosos frescos, su esplendente arquitectura y su clásica estatuaria. Serán pocos los que no hayan leído prolijas descripciones de aquella admirable galería Pitti, cuya tribuna contiene lo que en todo el mundo no podría encontrarse; allí hay una de las dos Venus que se dividen el imperio del mundo artístico; allí están los clásicos luchadores, el afilador inimitable y el sátiro danzante: todos los muros se ven tapizados de cuadros que son verdaderas joyas, las mejores obras del Tiziano y de Rafael, los cuadros que á tantos y tantos han hecho inmortales.

TIPO DE UN BERBERISCO, cabeza de estudio de W. Genz

La Piazza della Signoria en Florencia es un verdadero museo: á un lado el Palazzo Vechio, suntuoso monumento, testigo de la grandeza de la República florentina, al otro la tan celebrada logia de Orgagna, curiosísima arca donde se conservan entre joyas de grandísimo valor las inapreciables *El rapto de las Sabinas*, de Juan de Bologna, y *el Perseo*, de Benvenuto Cellini. Acá y allá, en distintos monumentos, hay frescos que siempre se estudiarán con fruto, debidos á Boticelli, Andrea del Sarto y otros maestros que nunca dejarán de ser modelos. En aquella Galería de Bellas Artes hay una verdadera historia de la pintura: allí se ve lo mejor de Cimabúe y Giotto, lo más notable de Fra Angélico y Filippo Lippi; allí campea también la admirable academia que se llama el David de Miguel Angel, artista gigante que en Florencia puede estudiarse mejor que en ningún otro lado, que allí están las tumbas de los Médicis, obra gigantesca para la cual puso á contribución su genio, hallando seguramente que los medios eran superiores á las exigencias.

La torre inclinada de Pisa, ha dado á la república rival de Génova un nombre que nadie olvida. Ciudad duramente vituperada por Dante que la hizo responsable de la inaudita desgracia del Conde Ugolino, puede formar escuela con los monumentos que atesora. En la misma plaza donde se halla la famosísima torre que sirvió á Galileo para sus experimentos, se encuentra el Duomo con sus ricos mosaicos, el Baptisterio con su atrevida cúpula y su filigranado púlpito, uno de los tres que han contribuído á la celebridad de Giovanni il Pisano y el célebre Campo Santo, museo de pinturas y esculturas, archivo de tradiciones y centro de recuerdos.

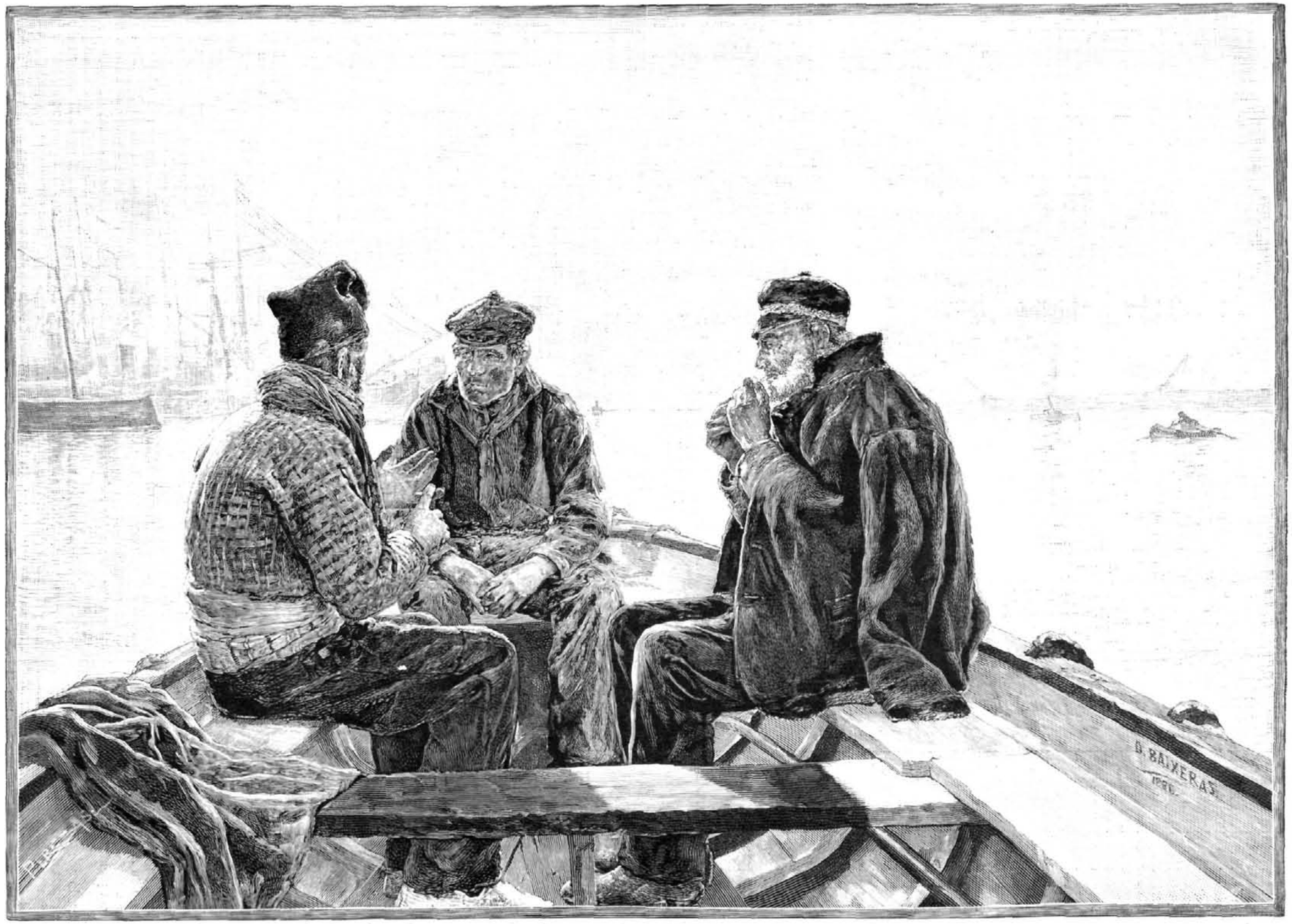
Menos nombradas, pero relativamente de tanta importancia artística, son Orvieto y Siena, cuyas catedrales son famosas en todo al mundo: en la primera está la célebre

EL VIAJERO G. SUCCI EN LA SALA DE EXPERIMENTO EN SU 28.° DÍA DE AYUNO

© Biblioteca Nacional de España

MARCHA DE WALLENSTEIN Á EGER, cuadro de Piloty

© Biblioteca Nacional de España



BARQUEROS DEL PUERTO DE BARCELONA, copia del cuadro de Dionisio Baixeras (Premiado con mención honorífica en el último *Salón* de París)

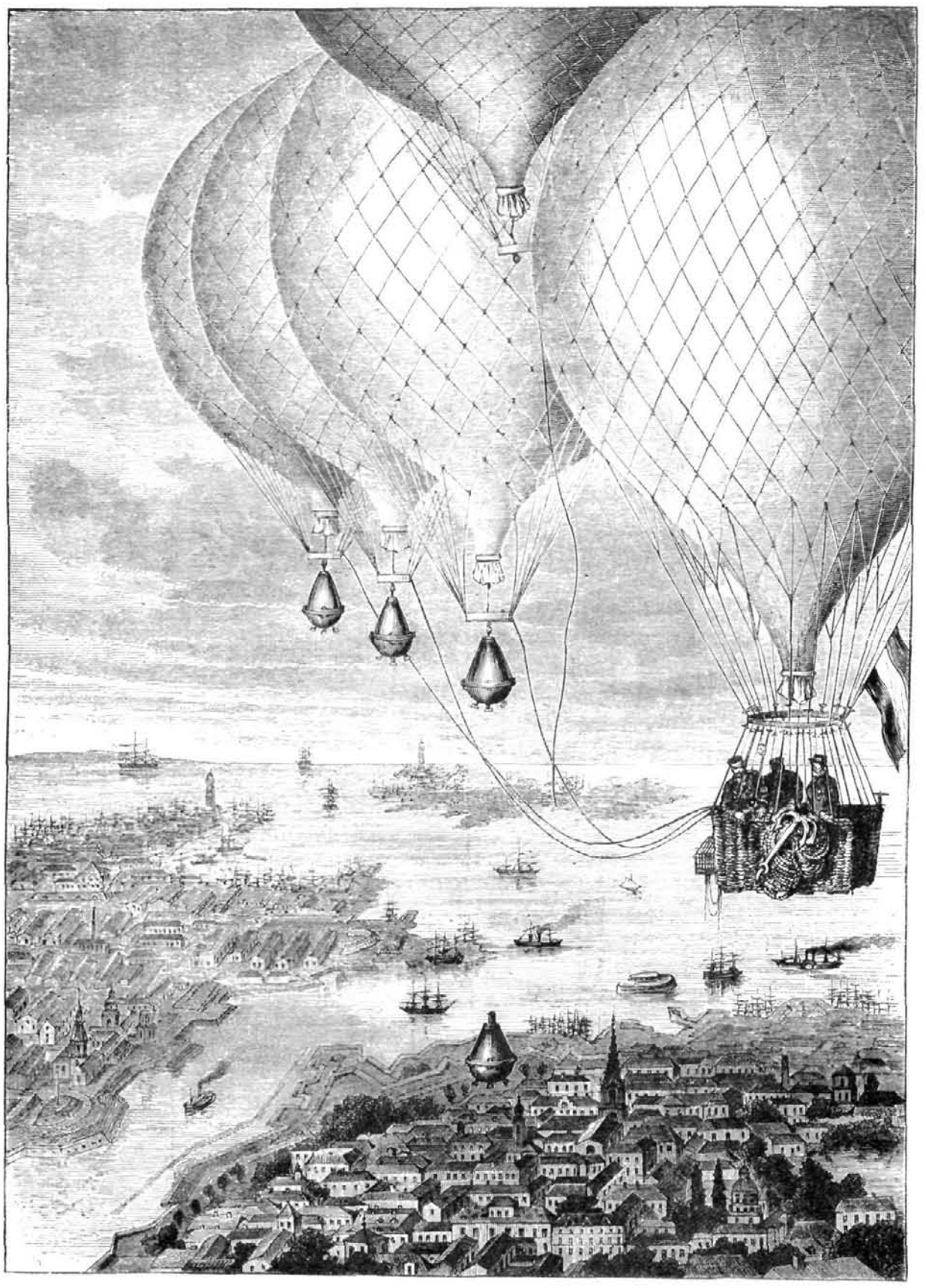
© Biblioteca Nacional de España

capilla llamada de Signorelli, donde hay frescos que pueden ser citados como precedentes de los de Miguel Angel. El Duomo de Siena es célebre por todo, hasta por su pavimento que es un preciadísimo mosaico: allí se encuentran las mejores obras del Pinturichio, importantes obras del Donatello y el más completo de los púlpitos ideados por Juan de Pisa.

Si el temor á los fuertes calores que se dejan sentir en la Toscana, aleja de ella al artista, haciéndole buscar costa fresca, allá está la del risueño Adriático, sobre el que se alza la sin par Venecia. Su Basílica de San Marcos es un museo; sus calles y sus canales son admirables, sus iglesias suntuosas. Allí el Carpacio y Tiepolo han dejado sus mejores producciones, y estos recuerdos artísticos, al par que los tradicionales que se avivan en la mente viendo el Palazzo de la Signoria, las Prisiones y el Puente de los Suspiros, mueven la mente del artista y le llevan á la creación de notables obras.

En casi todos los puntos que hemos enumerado, se hallan hoy artistas españoles: allá fueron guiados por las mejores intenciones y con toda el alma les auguramos los más plausibles resultados.

A. FERNÁNDEZ MERINO



TORPEDEROS AEROSTÁTICOS, inventados por el aeronauta alemán Jorge Rodek

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR D. J. TOMÁS SALVANY

(Continuación)

Ahora bien, si el diablo, como aseguran, saltó, con alguien más, por la ventana, debió de ser en el momento de yo bajar y de llamar á nuestra puerta. ¿Le viste tú?

– Ni en sueños.

– Vamos á ver, ¿por qué te encerraste?

– Ya te lo dije, hombre, porque tenía miedo.

– ¿Y por qué no abriste en seguida?

– También te lo he dicho, estaba dormida y no te oí. ¿No me encontraste recogida?

– ¿Sola?

– ¡Qué cosas tienes! ¡Vaya una pregunta!

– Es singular...

Don Ramón permaneció meditabundo, sin que pudiera asegurarse si había notado ó no la turbación de su mujer. Sólo más tarde, en sueños, pudo oírsele esta frase:

– ¿Se habrá realmente metido algún diablo aquí?

A la mañana siguiente, obedeciendo á una de sus mil genialidades, manifestó deseos de testar.

– ¿Estás loco? – le dijo su mujer.

– Nada de eso; anoche contraje una deuda sagrada con el doctor y quiero pagársela como Dios manda. Ya llevo á la cola medio siglo, podría morirme...

– ¡Si no hay notario en Alcornocal!

Iremos á Peñalta.

– Pero ¿á qué tanta premura? Dentro de un mes estaremos en Madrid.

– ¿Tú sabes, chica, lo que puede ocurrir en un mes?

– ¡Dios mío, me asustas!

– Lo dicho, mañana veré al notario de Peñalta; no se hable más del asunto.

Y dicho y hecho: al otro día D. Ramón se dispuso al corto y penoso viaje por aquellos vericuetos. Su esposa, por razones fáciles de adivinar, quiso acompañarle. En cuanto al gomoso, prefirió quedarse en Alcornocal cortejando á las palurdas, semejante al gastrónomo hambriento que, no pudiendo comer faisán, se resigna á comer gallina.

La villa de Peñalta, cabeza del partido, contaba cien fuegos y estaba situada á una legua de Alcornocal, al otro lado de las montañas. Allí, acompañado de Rosario, fué don Ramón á otorgar su testamento. Como no tenía hijos dejó heredera universal á su mujer, excepto algunas mandas de más ó menos cuantía á sus amigos y parientes, entre los cuales se contaba Enrique. El testamento, entre otras, contenía la cláusula siguiente:

«Profundamente agradecido á la cariñosa solicitud de don Benito Portela, médico de Alcornocal, quien por salvar mis días tuvo la abnegación de sacrificar el soberbio orangután, llamado con notable acierto la perla de su colección zoológica, lego á dicho señor médico, cuantos muebles, útiles y ejemplares de los tres reinos naturales se contienen en el desván número dos de mi casa, nombrada el palacio, en el susodicho lugar de Alcornocal. Item más: si yo falleciere en el dicho pueblo de Alcornocal, durante la presente temporada, es mi voluntad que el dicho señor médico D. Benito Portela, no entre en posesión de este legado hasta el año preciso de mi fallecimiento, sin quitar ni poner día, y que esta toma de posesión se verifique con toda solemnidad en presencia del señor alcalde, del padre cura y demás personas de viso y de no viso del dicho Alcornocal, con asistencia de mi esposa y heredera universal doña Rosario Ortega del Soto y demás parientes y amigos sobrevivientes que gustaren concurrir al solemne acto, para que así el dicho don Benito Portela, mi heredero, pueda rendir á todos ellos, si otra vez se la exigieren, cuenta exacta del diablo. Item más: es también mi voluntad que el desván arriba dicho permanezca cerrado precisamente hasta el día y hora en que la toma de posesión se verifique, á cuyo efecto nombro custodio de su llave á D. Dimas Lobezno, notario de Peñalta, redactor, autorizador y depositario legal del presente documento.»

—Lo dicho, está loco mi marido, – pensó Rosario al enterarse de esta cláusula.

VIII

No volvieron á oirse voces ni ruidos extraños en el desván de D. Ramón. Este último, lejos de encerrarse en él, concurrió todas las noches á la tertulia del médico, se hizo un tresillista consumado, ocupóse del rendimiento y mejora de sus fincas rústicas, perdonó á sus colonos una buena parte del arrendamiento, cosa que, siendo D. Ramón el primer terrateniente de Alcornocal, sirvió de gran alivio á la población, y por último, para convencerles de que nada sobrenatural existía en el palacio, dió en el salón del mismo un opíparo banquete á cuantos alcornocaleños quisieron asistir, con gran escándalo de Rosario, que seguía tildando de loco á su marido, y del gomoso, que amenazó con regresar á Madrid, si le obligaban á codearse con aquellos palurdos.

Después del banquete, que él en persona había presidido en señal de gratitud por haberle sus comensales libertado del espíritu maligno, el señor de Soto, llamando aparte al labriego Cosme, le dijo estas palabras:

– Tú fuiste quien me tiró la piedra desde el almezo.

– No, á V. no, se la tiré al diablo.

– Muy bien hecho. Ya te he perdonado la mitad del arrendamiento de este año.

– El señor es tan bueno...

– Te perdono la otra mitad si me contestas á una pregunta. ¿Nos viste saltar al espíritu y á mí por la ventana?

– Sí, señor, estos lo miraron; que no vuelvan á ver la luz si miento.

– ¿Por qué ventana saltamos?

– Por la del piso principal.

– ¿La que está debajo del desván?

– No señor, la otra, la primera á mano derecha, conforme mira V. al barranco.

– ¿Estás seguro?

– Como de que estos ojos se los ha de comer la tierra.

¿Pero V., que fué quien saltó, no lo recuerda?

– Ni una palabra; entonces yo estaba poseído del diablo, y al volver á ser quien soy, lo he olvidado todo.

El labriego abrió unos ojos como puños.

– Está bien, – concluyó D. Ramón, – lo prometido es deuda, sólo te encargo el secreto.

Cosme se frotó las manos de gusto.

Así que el señor de Soto se vió á solas, meditó un momento.

– Es indudable, – dijo, – no pudo suceder otra cosa. ¿Me creen brujo? Mejor que mejor, lo soy y lo seré... ¡Ah, qué idea! Sí, será una venganza póstuma... Pero ¿y mi honor?... ¡Bah! no tengo hijos, entonces habré muerto, ¿qué importa lo demás?

Aquella noche subió al desván breves momentos y volvió á bajar, guardándose la llave. En seguida llamó al gomoso, habló con él durante media hora, de cuya conversación resultó que á la mañana siguiente el pisaverde, pretextando la urgente necesidad de apercibirse para las próximas carreras de caballos, á las cuales no podía faltar en modo alguno, ensilló el mejor caballo de su primo y montado en él se dirigió á Peñalta, donde tomó la diligencia de la tarde hasta la próxima estación de la vía férrea, esperando en ella el tren que había de conducirle á Madrid.

A los ocho días en Alcornocal ya nadie daba el menor crédito á las supuestas brujerías de D. Ramón, y si se lo daban, ó no se atrevían á manifestarlo ó lo habían olvidado por completo. Sólo el cabezudo Blas decía de cuando en cuando á sus amigos:

– Apostaría mi vaca contra un mal carnero; aquel novillo no pudo matarlo hombre nacido de madre cristiana.

– Pues ¿quién crees tú que lo mató?

– El brujo ó el diablo, que viene á ser lo mismo.

© Biblioteca Nacional de España

Mas entonces saltaba Cosme con estas palabras:

– Desengáñate, Blas, somos unos palurdos; nunca ha habido brujo ni diablo en Alcornocal, lo sé de buena tinta.

– ¡Cómo! ¿No los viste tú desde el almezo?

– Ví visiones; era D. Ramón, hecho un herbolario.

– ¿No saltaron los dos por la ventana? ¿No les dimos á los dos una paliza?

– Cayeron hierbas y trapos inútiles, apaleamos á la luna.

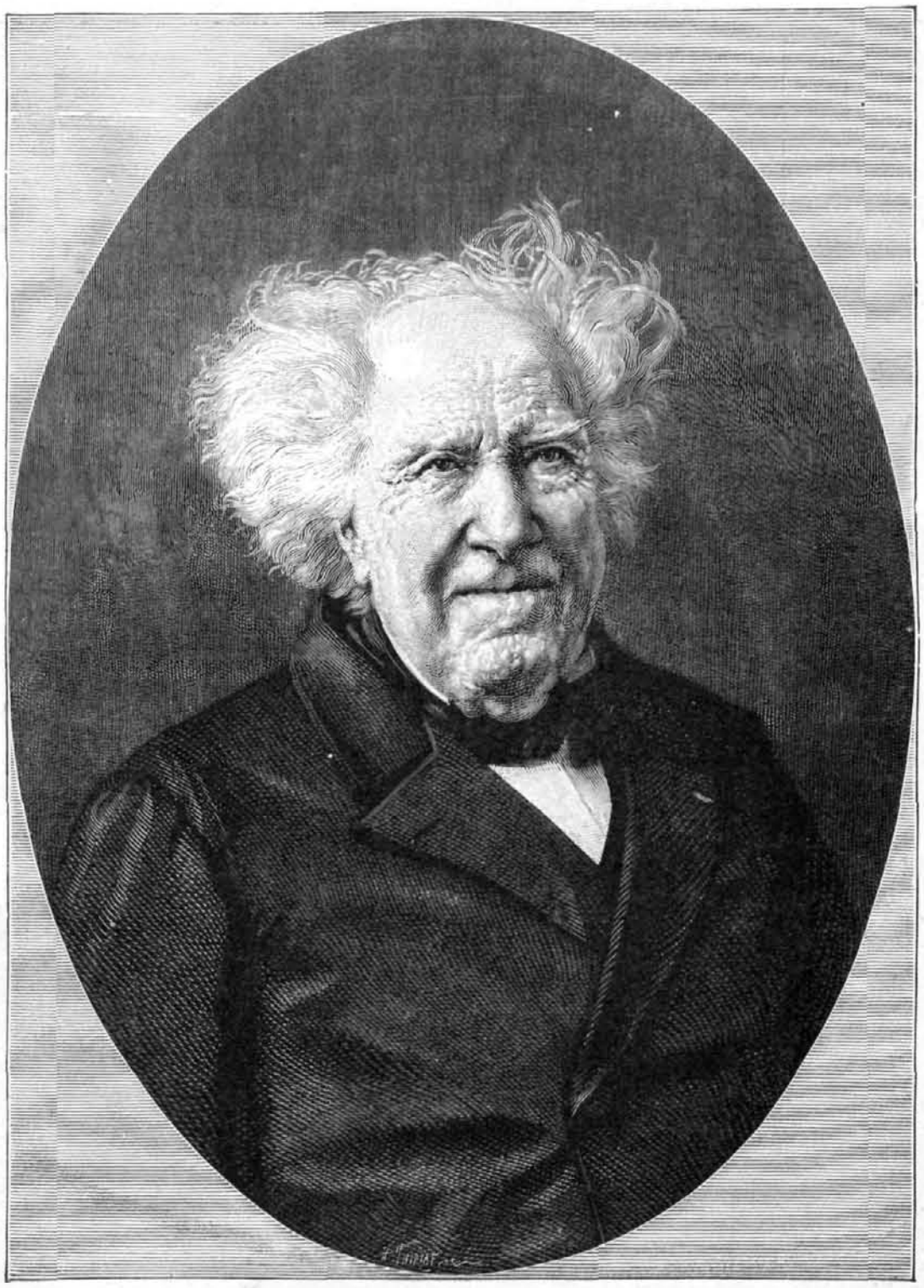
– Y ¿lo que el doctor nos arrojó á la plaza?

– Fué un diablo de mentirijillas para reirse de nuestra buena fe.

Y Blas y Cosme callaban, y los dos permanecían pensativos, y ni uno ni otro quedaba convencido ni de lo que decía ni de lo que escuchaba.

IX

Llegó el día de San Cosme y San Damián, patrones de Alcornocal, cuyos vecinos estaban dispuestos á celebrar la fiesta con la solemnidad y el esplendor que sus recursos permitían. D. Ramón, si antes había echado al diablo esta vez echó la casa, el palacio, mejor dicho, por la ventana, proporcionando á los alcornocaleños toda suerte de recursos para el mayor lucimiento de la gran festividad del pueblo, y sobre todo para hacer en lo posible la debida competencia á los de Peñalta, los cuales les tiraban siempre al degüello en materia de festejos y diversiones. El alcalde, por su parte, había puesto en juego todos los resortes sometidos á su autoridad, contratando, además, con cargo á los fondos del municipio, un brillante ramillete de fuegos artificiales, obra no del pirotécnico de Peñalta, cuyas pretensiones eran insolentes, sino del de Riaclara, otra importante villa de las cercanías, el cual sobre exceder en mérito al primero, no trataba de exprimirles el jugo como á un limón. El señor cura, celoso como nadie del culto debido á los santísimos patronos del lugar, ya llevaba muchos días ocupados en dar felices disposiciones, con objeto de que el templo y las ceremonias religiosas fuesen dignas de aquellos moradores celestiales. No sólo la plana mayor del pueblo, sino hasta sus vecinos más humildes, todos habían hecho un esfuerzo con el mismo objeto, cada cual según su esfera y sus posibles. El albéitar, amén del sacrificio metálico de rúbrica, habíase brindado á redactar el programa de los festejos, que era de lo más variado y escogido que en Alcornocal se conocía. Véase si no en extracto.



MIGUEL EUGENIO CHEVREUL, eminente químico, nacido en Angers el 31 de agosto de 1786

Desde la víspera quedaba terminantemente prohibido trabajar, ni armar quimera, ni entregarse á ninguna ocupación que no fuese el esparcimiento y la alegría; por la tarde, al son de gaitas y tamboriles, recorrería la plaza y calles de Alcornocal una tarasca, restaurada al efecto, que se guardaba en los sótanos de la casa Consistorial; á primera hora de la noche, se cantarían solemnes vísperas, con asistencia de todo el vecindario, por el cura del lugar y otros dos que, acompañados del debido servicio y personal, vendrían de Riaclara; después de vísperas se encenderían hogueras, disparándose algunos cohetes y bailándose en la plaza á la luz de los hachones. Durante el día de la gran festividad, al rayar el alba, gaitas, tamboriles y tarasca empezarían á recorrer la población, despertando á los vecinos; á las diez de la mañana, celebración y audición de la misa mayor, cantada con solemnidad digna de los santísimos patronos; á mediodía ruidosa salva de morteretes en la plaza pública; á las tres de la tarde cucañas en el mismo punto, á las cinco una lucida procesión sirviendo de acompañamiento á las benditas imágenes de San Cosme y San Damián, cuyo curso sería el siguiente: salida de la iglesia á la plaza, calle Mayor hasta el final, torciendo luego á la izquierda, por la ronda del barranco, y regreso á la plaza y templo por la calle del Alcornoque. A las ocho de la noche disparo y quema del consabido ramillete de fuegos artificiales; á las diez gran baile en el lujoso entoldado dispuesto al efecto en el ancho baldío situado á la salida del pueblo, junto á la embocadura de la calle Mayor. En cuanto al tercero y último día, continuarían los festejos bajo igual ó parecido pie, excepto la procesión y la misa mayor, con cucañas, bailes y otras diversiones á juicio, discreción y posibles de los vecinos.

Este programa se cumplió en todas sus partes con algunas adiciones: las ventanas amanecieron colgadas desde muy temprano con el damasco y la percalina que sirvieran, si no de hecho de intención, para capear al novillo que matara Enrique; cubrió el piso de las calles una alfombra de hierbas aromáticas y floridas, tales como retama, jeringuilla, tomillo y orégano, y en más de dos portales viéronse improvisadas capillas, adornadas de ramas de boj y de alcornoque, en honor de San Cosme y San Damián. Durante las primeras horas de la tarde del gran día hasta la de la procesión, ni la gaita ni el tamboril, ni los ligeros pies de los jóvenes aldeanos de ambos sexos tuvieron punto de reposo en la vecina era, debiéndose añadir á esto que muchos pollos y conejos, acompañados de alguno que otro corderillo, corrieron y triscaron con gran susto á lo largo de la calle Mayor, huyendo del cuchillo y de la olla en que trataban de enterrarles, y al fin les enterraron, las desalmadas comadres. De la procesión dijeron los ancianos más autorizados no haber visto ni oído de otra igual en los días de su vida. Los fuegos quemados en la plaza poco antes de las ánimas, con sus caprichosas combinaciones de colores, con sus voladores cohetes elevados á considerable altura á manera de gigantescos surtidores de fuego, despertando con sus detonaciones aéreas los dormidos ecos de aquellas montañas y deshaciéndose en grupos de luces ó en cascadas de centellas, arrancaron tantos y tan diversos gritos de entusiástica sorpresa, que no parecía sino que rayaba en tormento el inefable placer de cuantos los presenciaban.

Con tales antecedentes no será maravilla decir que cada vecino de Alcornocal rebosaba en felicidad por sus cuatro costados, al acercarse la hora del gran baile que iba á darse en el lujoso entoldado, para competir con el cual ni los de Peñalta, ni los de Riaclara, ni los de población alguna de las cercanías se verían con alientos. Este entoldado era no sólo la obra maestra, sino la piedra angular de los castillos que en el aire levantaba la soberbia de aquellos aldeanos. Situado en un extenso terreno baldío, á la derecha del pueblo conforme se salía de él por la calle Mayor, medía un espacio de cien metros en cuadro por diez de altura, siendo capaz para toda la población de Alcornocal, sin distinción de sexos, ni aun de especies. Cerrábanlo por todos lados anchos lienzos de tela de cáñamo, sujetos á formidables mástiles por medio de argollas y cuerdas; por fuera remataba en ángulo diedro sobre cuya arista central, como sobre las laterales, ondeaba al viento un bosque de gallardetes; por dentro cubría el techo un cielo raso de blanco lino, del cual pendían muchas y cristalinas arañas pobladas de bujías entre un mar de tules ondulantes, en tal disposición, que recordaban las bambalinas de un teatro; las paredes, tapizadas de la misma tela adornada con simétrica profusión de hojas de laurel prendidas con alfileres, parecían abrir á los concurrentes los brazos de muchos y muy luminosos candelabros entre los cuales veíanse espejos, multitud de cuadros con estampas de gran tamaño, representando en revuelta confusión al general Espartero y al conde de Montemolín, á Cabrera y á Riego, en compañía de muchos otros varones por diferentes conceptos más ó menos populares. Alrededor del salón, desde el suelo hasta el techo, veíanse bancos dispuestos á manera de gradas con sus correspondientes pasillos; al pie de ellos, palcos con flamantes sillas de pino y enea, y delante de los palcos largos y estrechos divanes, forrados ora de percalina, ora de damasco de algodón. En un ángulo, entre unas y otras gradas, dominándolo todo, alzábase una desahogada tribuna con atriles y colgaduras, destinada á los músicos, á la cual se subía á derecha é izquierda por sendas escaleras de palo con alfombrillas. Por último, entrábase en el salón por una ancha puerta de madera vestida de papel pintado, ceñido el marco de vasos de colores que relumbraban á lo lejos entre la oscuridad del campo y sobre cuyo dintel destacábase, entre un grupo de banderas y gallardetes, el escudo del lugar, cuyas armas se componían de un gorro colorado sobre cuatro varas de alcornoque en sentido horizontal, y al pie de ellas una reja y un rastrillo cruzados en forma de aspa. Al entrar, los pies se hundían en la abigarrada alfombra que cubría el piso del salón, adquirida á costa de grandes sacrificios en el mejor y más acreditado almacén de Riaclara.

Al contemplar, radiante de júbilo, el salón en todo su esplendor:

– Muchas arrobas de pan han de comer los de Peñalta si quieren presentar otro entoldado como éste, – había dicho Blas á cuantos quisieron oirle.

Y todos, inclusos el alcalde y el albéitar, habían opinado que, á pesar de su ignorancia, Blas era un hombre de muy buen sentido.

Mediaba la noche. La luna, ya metida en su menguante, no brillaba en el cielo; empero, como si San Cosme y San Damián, sin contravenir á las leyes que rigen los mundos, hubiesen querido hacer algo en pro de sus patrocinados, la bóveda celeste estaba tachonada de estrellas, como las paredes del entoldado de hojas de laurel. En los alrededores de éste reinaba gran animación, sostenida por los concurrentes á varios puestos de bebidas, consistentes en otras tantas mesas con blancos manteles sobre los cuales se veían, á la luz de sendos faroles, en fuentes, potes, vasos y botellas, fiambres, pastas, dulces secos, aguardiente, vinos y licores, que á precios módicos expendían sus respectivos industriales. La plaza y la calle Mayor, sumamente concurridas ambas, en ausencia de la luna, se hallaban alumbradas aquella noche con espléndidos hachones, colocados á distancia conveniente unos de otros, cuya disposición venía á ser la de varios rústicos braseros fijos en lo alto de unos mástiles embutidos en el suelo. Los acordes de la orquesta, numerosa y escogida, sonaban á gran distancia, confundiéndose con el canto de los grillos.

En el salón se bailaba con la frenética impaciencia de quien sabe por instinto que no dura en la vida el tiempo alegre. Aquellas rústicas parejas de morenos semblantes manando sudor como botijos traídos de la fuente, luciendo sus abigarrados trajes de seda, crespón y terciopelo, saltando confusamente en todas direcciones, semejaban un inmenso mosaico en movimiento. Las gradas y divanes se hallaban en su mayor parte llenas de curiosos espectadores ó de bailadores fatigados. En un palco veíase á D. Ramón, con tranquilo continente, acompañado de Rosario y del médico; en otro estaban el albéitar, el boticario y el alcalde, rodeados de sus respectivas familias, haciendo animados comentarios relativos á tan brillante fiesta; hasta el mismo señor cura, vestido de paisano y

© Biblioteca Nacional de España

conversando á intervalos con el maestro de escuela, modestamente sentado en un rincón, con bondadosa sonrisa, parecía gozarse en la contemplación del honesto esparcimiento á que se entregaban sus feligreses. En el centro del salón, luciendo sus mejores ropas, cubiertos de sudor, brillándoles el cabello cuidadosamente peinado, con rojos claveles detrás de la oreja y entregados á un momento de reposo, conversaban con desusada animación Blas, Isidro, Cosme y otros compañeros.

–¿Dónde se ha visto un baile como éste? – preguntaba Isidro.

– En ninguna parte, ni en Peñalta, – respondía Blas.

– Me río yo de los de Peñalta, que vengan y verán, – añadía otro.

– Pues ¿y los fuegos?

– ¿Y la procesión?

– ¿Y las cucañas?

– El señor alcalde, eso sí, tiene gusto para estas cosas.

– Gusto y voluntad, porque sin ella no se hace nada.

– ¿Creéis que los señorones de la corte, de quienes nos hablaba tanto el petimetre, armarán un entoldado mejor, ni se divertirán como nosotros?

(Continuará)

UN INVENTO PRODIGIOSO

II

LA MULTIPLICACIÓN DEL CALOR

Cómo se multiplica el calor.—Calor sin combustible.—Los torrentes y ventiscas; medios de calefacción.—Los fogones de las ciudades del porvenir.

Prestaron atención los europeos á la relación del norteamericano, anhelantes por descifrar el extraordinario enigma que sus palabras envolvían.

Mister Koppel, con gran calma y aplomo habló de esta manera:

– Sabido es, señores, que el calor que generalmente obtiene el hombre y el que aprovecha, es el producido por los cuerpos combustibles al arder; y de todos los cuerpos combustibles el carbón es el más conocido y empleado. Un kilogramo de carbón produce al quemarse unas siete mil unidades de calor ó calorías; de modo que el procedimiento de calefacción más económico y más cómodo sería aquel por el que se consiguiese que las siete mil calorías producidas pasasen al ambiente que se trate de calentar sin que experimentasen la pérdida más insignificante.

– Es evidente, – dijeron á *una voz los extranjeros.*

– Pues no, señores, – replicó en seguida el norte-americano, – hay otro procedimiento más perfecto y económico todavía, con el cual se consigue que por cada kilogramo de carbón que se queme produciendo siete mil calorías, pasen al aire ambiente que se trata de calentar, no sólo las siete mil calorías íntegras, sino ocho ó diez veces esas siete mil calorías.

– Pero es asombroso, sino fuera imposible, – manifestaron los interlocutores de Mister Koppel.

– Asombroso, sí, – contestó éste, – imposible no. Y ustedes se convencerán. Figúrense que á un depósito A se hace llegar aire ambiente y que allí se enrarezca dilatándose mucho. A medida que vaya ocupando cada vez espacio, el aire se irá enfriando porque tiene que absorber el calórico necesario para efectuar el trabajo de la dilatación. Pero este enfriamiento es pasajero, porque el aire frío contenido en el depósito A, va poco á poco tomando la temperatura del depósito y demás objetos que le rodean, hasta tener la misma temperatura que todos ellos.

Si entonces, por medio de una bomba aspirante-impelente, se absorbe el aire enrarecido del depósito A, y se hace pasar á otro depósito B, y en éste se comprime, desprenderá dicho aire el calor antes absorbido. Se ha efectuado, pues, un trasporte de calor de A á B, habiéndose empleado para ello el trabajo mecánico que representa el funcionar de la bomba. Esta cantidad de trabajo depende de la diferencia de temperatura que haya de existir entre los dos depósitos A y B. Si el exceso de temperatura que el segundo ha de tener sobre el primero es de 15°, la cantidad de calor trasportada es próximamente *veinte veces mayor* que la cantidad de calor equivalente al trabajo necesario gastado. Si, pues, se supone que el aire que entra en el depósito A, es el aire ambiente y que el referido depósito A está sumergido en el agua de un río á temperatura de 15°, por ejemplo, sucederá que el aire al dilatarse y enfriarse se empezará después á calentar á expensas del calor del río que rodea al depósito, hasta ponerse á la misma temperatura que éste (ó sean los 15°); y si después, por medio de una bomba aspirante-impelente se recoge el aire dilatado pero ya á los 15° de temperatura, y se inyecta y se comprime en B hasta que adquiere 15° más de temperatura, resultará dicho aire á 30°; de modo que si se inyecta en un edificio se tendrán en éste corrientes de aire caliente á 30° ó poco menos. ¿Y qué combustible se habrá consumido para lograrlo? pues simplemente el que se necesite gastar para mover á vapor la bomba que efectúe el trabajo de aspiración é impulsión del aire.

Y como el trabajo que se necesita absorber es $^1/_{20}$ de la cantidad de calor trasportado, resulta que no es menester emplear más que $^1/_{20}$ de la cantidad de carbón que se necesitaría consumir para obtener la misma cantidad de calor por combustión directa. Es claro que las máquinas de vapor no trasforman en trabajo más que la décima parte del calor que reciben; pero así y todo, como esta décima parte es el doble de un veinteavo se advierte que por este procedimiento se utiliza doble cantidad de calor que la que se obtendría quemando simplemente el carbón dentro de la atmósfera que se trata de calentar y aprovechando absolutamente todo el calor producido; y como todo esto en la práctica no se consigue, sino que, por el contrario, sólo puede utilizarse una fracción del dicho calor trasportado desde el depósito A al interior del edificio que se trata de caldear, será cuatro ó seis veces mayor cuando menos que la que se obtendría quemando en el interior del edificio todo el carbón que se gastara en hacer funcionar la bomba.

Al acabar de hablar Mister Koppel, los viajeros no saben qué decir y se miran unos á otros con gran sorpresa. La explicación del norte-americano les ha dejado completamente satisfechos y asombrados á la par. El razonamiento no tenía vuelta de hoja. El misterio quedaba claro como la luz del día.

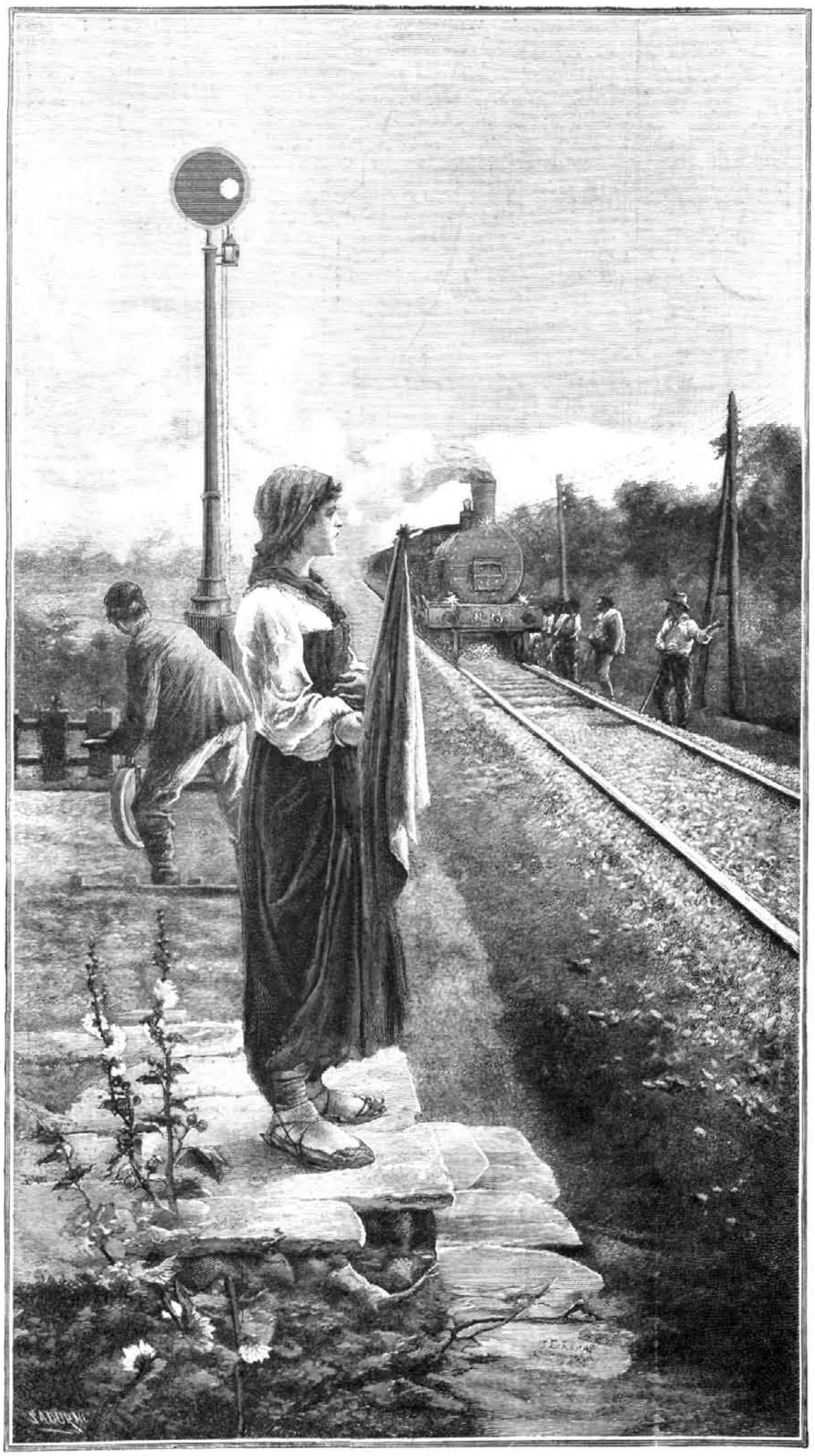
– Pero aún hay más, – añadió en seguida el dueño del maravilloso palacio. – Como la bomba que aspira el aire no necesita ser movida á vapor, sino que puede serlo por otra fuerza cualquiera, yo no necesito ni un gramo de combustible para caldear mi casa con el aire caliente, que tan grato nos es en este momento, en este crudo día de invierno.

– ¿Pero cómo es que no gasta V. nada de combustible? – preguntaron los visitantes.

—Nada absolutamente. En la cercana sierra hay grandes saltos de agua que representan gran cantidad de fuerza útil; esta fuerza la hago obrar sobre máquinas dinamo-eléctricas reversibles y la trasformo en corriente eléctrica y la trasporto, como los partes telegráficos, hasta mi casa. Esa corriente eléctrica, vuelta á trasformar en fuerza en mi domicilio por medio de otra máquina dinamo-eléctrica, es la que hago actuar sobre las bombas, y éstas efectúan así su trabajo sin gasto alguno de combustible. Es verdad que el trasporte eléctrico consume la mitad de la fuerza útil que el agua desenvuelve al caer ó el viento al soplar, pero esto no me importa, porque esta fuerza abunda y la encuentro gratis. También utilizo como primera fuerza motriz, trasportándola igualmente, la fuerza impulsiva del viento que sobre aquellas altas mesetas siempre sopla. De modo que ahora mismo, esas ventiscas de aire frío que azotan las ventanas y hielan al transeunte por la calle, son las que producen el trabajo que origina el calor que por estas galerías circula.

Vean Vds., pues, si es cierto todo lo que decía. Ni gases deletéreos, ni peligros de incendio, ni gasto de combustible. Y en cuanto á economía, no es posible más; la naturaleza lo suministra todo; el viento y el agua corriente me dan el calor necesario sin gasto de combustible y el trabajo necesario para efectuar su trasporte hasta estas galerías y salones. Mis fogones están, pues, en las fragosidades de la sierra!

DOCTOR HISPANUS



VÍA LIBRE, dibujo de J. Echena, grabado por Sadurní

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

© Biblioteca Nacional de España